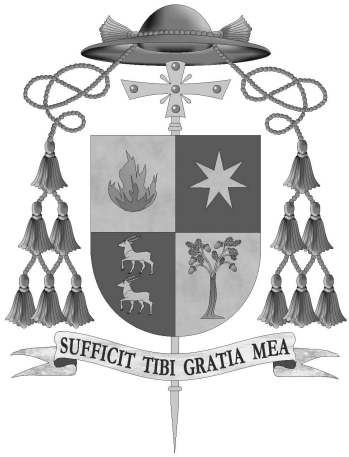
Diócesis de Osma-Soria



BOLETÍN OFICIAL

AÑO CLIII (153) Nº 2

| marzo - abril 2012 |

Edita: **OBISPADO DE OSMA-SORIA**

C/ Mayor, 52
42300 EL BURGO DE OSMA

C/ San Juan, 5
42002 SORIA

Imprime: GRAFICAL, S.L. Soria

D. Legal: SO-25/1959

Sumario

IGLESIA DIOCESANA 103

Obispo diocesano 105

Homilías 105
Aniversario de la fundación de la Obra de las Marías de los Sagrarios 105
Consagración del nuevo altar dedicado al Beato Juan de Palafox y Mendoza 106
Día del Seminario 109
Centenario de la muerte de la fundadora de las Siervas de Jesús, Santa María Josefa del Corazón de Jesús 111
Apertura de los actos del V Centenario del nacimiento del P. Diego Laínez 114

Radiomensajes Cadena COPE 116
Convivencia para matrimonios 116
El Año de la fe 118
El sacerdote, pasión por el Evangelio 119
La Semana Santa: Semana del amor entregado 121
El Señor ha resucitado ¡Aleluya! 123
La clase de Religión Católica y el Sacramento de la Confirmación 124
En el III Domingo de Pascua: Nuestras comunidades y la primitiva comunidad cristiana 125
En la XLIX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones: *"Las vocaciones, don de la caridad de Dios"* 126

Vicaría General 129

Cartas 129
Santa Misa Crismal 129
Para preparar el Consejo presbiteral 130

Secretaría General 131
Fe de erratas 131
In memoriam: Sor Mª Jesús Yagüe Herrero, clarisa 131

Vida diocesana 132
Familia y vocación 132
Mons. Melgar Viciosa clausura el triduo de la UNER 132
Consagrado el altar del beato Palafox 132
Crónica de la Semana de pastoral vocacional 133
Osma-Soria celebró el Día del Seminario 2012 134
Celebrado el encuentro de matrimonios jóvenes en El Burgo de Osma (Soria) 135
Celebrada el Asamblea diocesana de ANFE 135

Bendición de mujeres embarazadas 136
Jornada de oración y convivencia 136
Convivencia de adolescentes y jóvenes en el pórtico de la Semana Santa 136
Ochenta presbíteros renuevan sus promesas sacerdotales en la Misa Crismal 137
Profesión temporal en el Monasterio carmelitano de San José de El Burgo de Osma 137
Inicio de la Visita Pastoral de Mons. Melgar Viciosa a las UAPs de Berlanga de Duero y Bayubas de Abajo 138
Presentación de la campaña *I go to Seminary* y del Preseminario 139
V Centenario del nacimiento de Diego Laínez 140
Continuación de la visita pastoral del Obispo 140
Crónica del Encuentro diocesano de catequistas 140

IGLESIA EN ESPAÑA 143

Oficina de información de la CEE 145
Nota final de la CCXXIII reunión de la Comisión Permanente de la CEE 145
Consejo de economía 147
Nota explicativa sobre los presupuestos de la Conferencia Episcopal Española y del Fondo Común Interdiocesano 147
Oficina de información de la CEE 150
Campaña del Seminario 150
Comisión episcopal para la doctrina de la fe 150
Notificación sobre algunas obras del Prof. Andrés Torres Queiruga 150
Secretaría General 162
Nota sobre una Resolución del Tribunal Europeo de Derechos Humanos 162
Oficina de información de la CEE 163
Nota de prensa final de la XCIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española 163
XCIX Asamblea Plenaria de la CEE. 166
Mensaje con motivo de la Declaración de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal 166

IGLESIA UNIVERSAL 169

Santo Padre 171
Discurso en la ceremonia de bienvenida con motivo del viaje apostólico a México 171
Homilía con motivo de la celebración de vísperas con los obispos de México, América Latina y Caribe 173
Discurso en la ceremonia de bienvenida con motivo del viaje apostólico a Cuba .. 175
Homilía en la Misa con motivo del 400º aniversario del hallazgo de la Virgen de la Caridad del cobre 177
Homilía con motivo de la Santa Misa concelebrada con los obispos cubanos .. 179
Mensaje con motivo de la XXVII Jornada Mundial de la Juventud 182
Homilía en la Misa Crismal 189
Mensaje pascual y bendición "Urbi et orbi" 192

Iglesia Diocesana

OBISPO DIOCESANO

HOMILÍAS

Homilía en la Misa con motivo del aniversario de la fundación de la Obra de las Marías de los Sagrarios

Residencia de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret (Soria), 3 de marzo de 2012

Hace dos años celebrábamos el centenario de la Fundación de la obra las Marías de los sagrarios por el Beato Manuel González. El nombre de Marías de los sagrarios, como sabéis, responde a que ellas, las tres Marías, María la Madre Jesús, María la de Cleofás y María Magdalena, supieron estar junto a la cruz en el calvario.

Os llaman Marías porque tratáis de revivir e imitar cerca del Corazón Eucarístico abandonado, el ejemplo de María Inmaculada y las otras piadosas mujeres del Calvario, que acompañaron a Jesús en aquellos momentos tan cruciales para Él. A esta obra de las Marías de los Sagrarios se unió posteriormente la de los "discípulos de San Juan" solicitado por un piadoso novicio que entusiasmado por la obra de las Marías de los Sagrarios, pidió que se instituyera el puesto de San Juan Evangelista y comenzó a funcionar la obra de los Juanes de los Sagrarios-Calvarios.

Mañana, 4 de marzo, celebramos el 102 aniversario de la fundición de esta obra.

La finalidad fundamental de las Marías de los Sagrarios es acompañar y reparar a Jesús sacramentado en la soledad de sus sagrarios, amarle por los que no le aman y reparar por los que le ofenden. Con vuestro acompañamiento a Jesús sacramentado estáis glorificándole, dándole gracias por todo lo que ha hecho por los hombres, agradeciéndole su cercanía quedándose en el sagrario, para que podamos encontrarlo siempre que queramos

Glorificamos a Dios no sólo con nuestra oración ante el sagrario, sino también a través de algo que debe ser el compromiso que saquemos de ese estar ante el sagrario. Es glorificar a Dios con nuestra vida. El Señor sacramentado nos quiere y pide de nosotros que amoldemos nuestra vida a los planes de Dios, que encarnemos en nosotros su estilo propio de vivir, sus valores. Pide de nosotros que vivamos de acuerdo con lo que Él nos pide en cada momento y con cada persona, de tal manera que nuestra oración, nuestro contacto con él nos lleve siempre a vivir como El quiere y espera de nosotros. Así estaremos glorificándole a El, que es el primer fin de esta obra.

Fruto de este acompañar al Señor, reparar los pecados de los hombres y ajustar nuestra vida a los planes de Dios, es nuestra propia santificación, que es otro de los fines de esta obra de las Marías de los sagrarios. El contacto con el Señor en el sagrario nos tiene que transformar el corazón, acercarnos cada día más a la santidad a la que nos llama, vivir lo fundamental del evangelio. Si estuviéramos mucho tiempo ante el Señor y eso no cuestionase nuestra vida, resultaría que nuestra presencia ante el Señor no habría

sido auténtica. La presencia nuestra ante el Señor debe producir como primer fruto nuestra conversión, nuestro vivir de acuerdo con lo que vemos que él nos pide. El acompañamiento a Jesús Sacramentado tiene que cuestionar nuestra vida, nuestra vida de fe, nuestra vida de relación con los demás, nuestra vida familiar, nuestras relaciones humanas y nuestro perdón a los demás, y nos tiene que llevar a ser cada día que pasa mejores discípulos suyos.

Otra de las finalidades de esta obra de las Marías de los Sagrarios es que nos comprometamos en un apostolado activo y de compromiso de atraer a otras personas hacia la Eucaristía, y a vivir el estilo de vida que nosotros tratamos de encarnar. Esta finalidad específica de esta obra nos urge a comunicar a los demás la Buena Noticia del Evangelio. Como dice Benedicto XVI, la fe no nos la podemos guardar para nosotros solos, hemos de comunicarla a los demás, siguiendo las palabras de Jesús: *"Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos".* Debemos, por tanto, ser apóstoles, misioneros, evangelizadores en medio de nuestro mundo. Cristo nos dijo a todos *"id por el mundo entero y predicad el evangelio"*. Y como decía el Beato Juan Pablo II, el único evangelio que muchos de los cristianos del siglo XXI van a leer es el testimonio de los cristianos.

Esto es lo que el Papa Benedicto XVI nos transmite cuando nos dice que la fe no podemos guardarla para nosotros mismos sino que hemos de comunicarla a los demás, para que ellos también puedan descubrir que merece la pena ser creyente. En nuestra Diócesis hemos inaugurado ese proyecto evangelizador y misionero, por el que queremos suscitar la fe en los que no la tienen, reavivarla en quienes la han dejado casi morir y renovarla en los que creemos. Es también el objetivo principal de este año de la fe, proclamado por el Papa Benedicto XVI: renovar la fe de los creyentes. Es decir, tanto desde los fines de la obra de las Marías de los Sagrarios, como desde la nueva evangelización, como desde el año de la fe y la misión evangelizadora de la diócesis, se nos urge a: que lo que vivimos no nos lo guardemos; que lo comuniquemos a los demás (familia, amigos, vecinos, personas con las que tratamos); que seamos verdaderos apóstoles en medio del mundo; que llevemos a Cristo al corazón del mundo para que otros se encuentren con él y lo amen.

Vamos a pedirle hoy al Señor para que seamos conscientes y vivamos estos tres aspectos de los fines principales de nuestra obra de las Marías de los sagrarios: que glorifiquemos a Dios con nuestra alabanza y con nuestras obras; que seamos verdaderos y auténticos discípulos que siguen a Jesús y configuran su vida desde el Evangelio; que seamos buenos misioneros, apóstoles y propagandistas de nuestra fe, para que otros puedan descubrir que merece la pena seguir a Jesús, se encuentren con El y se salven.

Homilía en la Santa Misa de consagración del nuevo altar dedicado al Beato Juan de Palafox y Mendoza

Catedral de El Burgo de Osma, 4 de marzo de 2012

En esta celebración de la consagración del altar dedicado al Beato Juan de Palafox, que contiene sus reliquias, quiero saludaros a todos cuantos habéis querido acudir para

participar en este rito cargado de simbolismos. Saludo con especial afecto al Excelentísimo Cabildo de esta Catedral de El Burgo de Osma. Dirijo igualmente un saludo especial al Ilmo. Sr. D. Enrique Saiz, Director de Patrimonio de la Junta de Castlla y León, a D. Francisco Yusta, arquitecto del Plan Director de la catedral, a D. Juan Carlos Arnuncio y D. José Ramón Galache, arquitecto y aparejador respectivamente, que han llevado a cabo la restauración de esta capilla, a D. Juan Manuel Tabeada, representante de Arte Granda, que ha confeccionado el arca que contiene los restos del Beato Palafox y al representante de la empresa que ha sido la artífice de este magnífico altar. Gracias a todos ellos podemos hoy consagrar este altar que contiene los restos de nuestro Beato, Juan De Palafox. Saludo igualmente al Ilmo. Sr. alcalde y presidente de la Diputación, D. Antonio Pardo, y a toda la Corporación municipal.

La celebración de hoy es muy rica en símbolos y la palabra que hemos proclamado nos ayuda a comprender el significado y el valor de lo que estamos realizando.

Nos llena de alegría consagrar este altar en el que se ofrecerá cada día el sacrificio de Cristo. Sobre el altar, Cristo se seguirá inmolando en el sacramento de la Eucaristía por nuestra salvación y la de todo el mundo. En el misterio eucarístico Cristo se hace realmente presente. Su presencia es dinámica; nos abraza a todos y cada uno de nosotros, para hacernos suyos, para configurarnos con Él, nos atrae con la fuerza de su amor, haciéndonos salir de nosotros mismos para unirnos a él y hacernos uno con él. Es el misterio ante el que nuestro Beato Palafox se sentía tan extraordinariamente conmovido que no podía menos de llorar, expresando con su llanto la grandeza y la generosidad de Cristo, que entrega hasta la última gota de su sangre por nuestros pecados y por nuestra salvación.

En la contemplación de Cristo crucificado, que se inmola por nosotros en cada Eucaristía sentía en su corazón el Beato Palafox la prueba suprema de amor de Cristo a los hombres. Solamente cuando se ama a una persona es cuando se es capaz de entregar algo de nosotros mismos por ella, pero sólo cuando se la ama plenamente, uno es capaz de hacer este gesto de entrega total, de morir por la persona amada para que ella viva. Entiende así perfectamente aquellas palabras de Cristo que narra el evangelista San Juan: *"Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos"*, realidad ésta, que le hace quedar extasiado y emocionado ante tanto amor.

La inmolación de Cristo en la cruz, que se repite en cada Eucaristía, es para él la manifestación más plena de la misericordia de Dios con los hombres, que sin mérito alguno por nuestra parte envía su Hijo al mundo para que entregando su vida nos obtenga el perdón de nuestros pecados. Esta contemplación de Cristo en la cruz, que muere para que nosotros tengamos vida y obtenernos el perdón de nuestros pecados, mueve a nuestro Beato a sentir verdadero dolor de sus pecados y a llorar por ellos, consciente de que nuestro rescate ha sido un rescate realmente costoso y valioso, pues hemos sido rescatados no a precio de oro ni de plata, sino a precio de la sangre de Cristo que él ha derramado para perdón de nuestros pecados. Cada vez que celebraba la Eucaristía le afloraban continuamente estos sentimientos que le hacían llorar de dolor por sus pecados y le emocionaba plenamente tanta entrega por parte de Cristo que había sido capaz entregar su vida por nosotros, y agradecía al Padre su plan de salvación de los hombres y su cumplimiento por parte de Cristo. Por eso, su verdadero y único amor es ese Cristo crucificado, ese Cristo que

se inmola en cada Eucaristía y del que él se ha enamorado lleno de gratitud por tanto amor, hasta exclamar y elegir como lema de su episcopado ese *Amor meus crucifixus est,* mi amor está crucificado.

La Presencia real de Cristo en la Eucaristía hace de cada uno de nosotros su "casa" y todos juntos formamos su Iglesia, el edificio espiritual. El es la piedra angular desechada por los arquitectos y nosotros acercándonos a El somos constituidos piedras vivas, espirituales, que formamos parte de ese edificio espiritual que es la Iglesia y sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por mediación de Jesucristo, como dice San Pedro en su primer carta (Cfr. 1P 2, 4-5).

Nosotros por el bautismo, la catequesis y la predicación somos tallados, labrados y escuadrados, pero sólo nos constituimos en casa de Dios, en morada de Dios, cuando nos unimos a otros mediante la caridad. El amor de Cristo, la caridad que no acaba nunca (1 Cor13, 8) es la energía espiritual que une a todos los que participamos en el mismo sacrificio y nos alimenta con el único pan, pan partido para la salvación del mundo. Por eso no podemos presentarnos ante el altar de Dios divididos, separados unos de otros. Este altar sobre el que dentro de unos minutos se renovará el sacrificio del Señor, ha de ser para todos nosotros una invitación constante al amor, a tener el corazón dispuesto a acoger el amor y a difundirlo, a recibir el perdón y a concederlo a los hermanos.

Cristo inmolado por nosotros en el altar de la cruz, cuya inmolación se renueva en cada eucaristía, nos invita como miembros del Cuerpo místico, como pueblo sacerdotal de la Nueva alianza, como piedras vivas de la Iglesia, a ofrecer en unión con él nuestras vidas y sacrificios de cada día por la salvación del mundo. Como decía el Beato Juan Pablo II, la "Eucaristía hace a la Iglesia" y de este modo se convierte en la mesa del Banquete en torno al cual nos reunimos todos los hijos de Dios. Por eso, este rito de la consagración del altar nos invita a revivir nuestra propia consagración bautismal, rechazando el pecado y sus seducciones y bebiendo cada vez más profundamente del manantial vivificante de la gracia de Dios.

El altar es la mesa del Banquete que el Padre de familia ofrece al hijo pródigo, por el que es recibido con un abrazo lleno de amor en su casa. El altar es la mesa de la familia de Dios de la que los hijos tomamos el alimento de vida que nos reconforta y da la gracia, que fortalece nuestro espíritu para vivir nuestra condición de hijos y hermanos. El rito de consagración del altar debe suscitar en nosotros el compromiso de crecer en el amor, en el discipulado y en nuestra entrega misionera y apostólica, de llenarnos de la vida de Cristo para ser testigos de nuestra fe en medio de nuestro mundo.

Que nuestro Beato, cuyos restos contiene este altar, nos ayude a vivir y valorar la Eucaristía como la vivió él y a renovar nuestra vida cristiana cada día, comprometiéndonos en compartir con los más pobres y necesitados todo cuanto somos y tenemos lo mismo que él lo vivió, haciendo de los pobres la razón de su vida, porque sabía que en su entrega a los necesitados socorría al mismo Dios.

Que María inmaculada nos ayude siempre a acercarnos al altar con el gozo y la esperanza de quien sabe que en él se va a encontrar con el Señor, que va a alimentar su fe y le va a dar fuerzas para ser su testigo de su mensaje y de su vida en medio del mundo.

Homilía en la Santa Misa con motivo del Día del Seminario

Parroquia de Santa Bárbara (Soria), 18 de marzo de 2012

"El sacerdote, pasión por el Evangelio". Con este lema celebramos este año el Día del Seminario; un lema que expresa con toda claridad la realidad primordial del sacerdote.

Querido D. Manuel, párroco de esta comunidad; queridos Sr. Rector y Formadores de nuestro Seminario; queridísimos seminaristas; especialmente, querido Pedro, nuestro seminarista mayor, que pronto vas a recibir el ministerio del lectorado, comenzando así a dar públicamente pasos importantes hacia el sacerdocio.

Queridos hermanos y hermanas: el sacerdote debe ser alguien realmente enamorado de Cristo y de su Evangelio, de tal manera que este enamoramiento le lleve a no vivir para otra cosa que no sea la Persona de Jesús y la misión recibida de Él: llevar a Dios y su Buena Nueva a la vida misma del hombre actual, al corazón del mundo, para que la humanidad se encuentre con el Señor de la Historia, oriente su vida hacia Él, se convierta y se salve.

El sacerdote es alguien que ha ido poco a poco descubriendo a Jesucristo y su Evangelio como la perla de gran valor de la que habla la Escritura y, para adquirirla, ha vendido todo lo que tiene; o como el tesoro escondido que encuentra el labrador en su campo: cuando lo descubre, no le importa dejar todo lo que tiene con tal de lograrlo. Así sucede con el sacerdote y Cristo: ha reconocido en Él al único que llena todas sus ansias, sus inspiraciones, sus deseos, su vida. *"Para mí la vida es Cristo"* dirá San Pablo (Flp 1, 21); su historia personal no es sino la historia de alguien que un día, de aquella forma tan estrepitosa -siendo tirado del caballo- se encontró con Cristo para nunca más alejarse de Él. Pablo se entregará totalmente a Jesús de Nazaret y le servirá con toda su alma y con todo su ser; es más, no concibe ya su existencia sin Él. De la misma manera y con la misma pasión con que antes se había dedicado a perseguir a los cristianos, desde el encuentro con Jesús su pasión va a consistir en seguirle, en amarle, en servirle y en darlo a conocer con verdadera pasión.

Del mismo modo ha de ser el encuentro del sacerdote con Jesús y del mismo modo deberá hacer de la vida de Cristo su misma vida. Ahora bien, este deseo de ser totalmente de Cristo no surge en nadie, por así decir, por generación espontánea. La vocación al sacerdocio puede germinar cuando se vive en un clima propicio que facilite al joven el encuentro con Jesucristo, que le ayude a enamorarse de Él y que le lleve a decirle al Señor: *"aquí estoy, cuenta conmigo"*.

Este clima debe encontrarlo el joven en su familia: en una familia cristiana que valore la fe, la viva y la trasmita a los hijos para que todos ellos vivan desde la voluntad de Dios; una familia, además, que valore el sacerdocio y anime a sus hijos a que se planteen si su vocación no puede ser tal vez la del sacerdocio; una familia, en definitiva, en la que se cultiven los valores cristianos desde los que los hijos puedan descubrir la llamada de Dios a servirle en la vida sacerdotal.

Al joven que encuentra este clima creyente en su familia se le puede pedir que sea generoso a la hora de responder al Señor, porque sólo como queda dicho va a entender lo que se le pide y va a ser capaz de responder con altura de miras.

La pasión por Jesucristo y por el Evangelio es el fundamento de la vocación sacerdotal. Por eso, a la vocación sacerdotal sólo se puede responder si se siente auténtica pasión por extender la Palabra, por dedicarse a dar a conocer a Cristo a tantos que actualmente o no le conocen o se muestran indiferentes o, sencillamente, desprecian la fe. A Pablo no hay nada que le pueda apartar del amor de Cristo por fuerte o duro que sea (Rom 8, 35-39) Es tal la pasión con la que ama y se entrega a difundir el Evangelio a todas las gentes que nadie ni nada puede detenerlo ni apartarlo de Cristo. De igual modo, al sacerdote que vive apasionadamente su vocación sacerdotal, entregando plenamente su vida al servicio de Jesucristo y su mensaje, las dificultades para anunciarlo de ningún modo lograrán paralizarlo.

En este Día del Seminario pidamos por las familias, para que se (re)plateen la vivencia de su fe, la importancia de la presencia de Dios en sus hogares, la importancia del testimonio cristiano de los padres para los hijos y la necesidad de transmitir los valores cristianos a las generaciones venideras; así, estarán creando el clima propicio desde el que lograrán que los hijos descubran a Cristo como lo más valioso de su vida, se encuentren con Él, se enamoren de su Persona y, así, hagan de la vida de fe algo fundamental.

Pero queremos pedir, además, por los jóvenes: por nuestros jóvenes de hoy, a los que les interesa Jesucristo y su Evangelio, pues cuando se acercan a Él quedan deslumbrados y descubren a ese Amigo que puede dar sentido a toda su vida, a todas sus preguntas e interrogantes más importantes; para verificar esto, hermanos, tan sólo debemos recordar la reciente Jornada Mundial de la Juventud en Madrid.

Sí, al joven le interesa Dios, quiere encontrar a Dios; pero tenemos que acompañarlo desde la familia, desde la parroquia, desde el apoyo de todos los demás cristianos, desde todas las comunidades cristianas. Los jóvenes están hastiados de esta sociedad sin valores y buscan a alguien que llene realmente sus aspiraciones más profundas; por eso, cuando se encuentran con Jesús, están dispuestos a decirle*: "Señor, cuenta conmigo"*.

Junto a las familias y los jóvenes, encomendemos en esta Santa Misa a todas nuestras comunidades cristianas, para que sean fermento de vocaciones sacerdotales desde su valoración y aprecio por los sacerdotes, gracias a su oración continuada y ferviente por ellos. Es de nuestras comunidades cristianas desde donde deben salir los futuros sacerdotes, siendo ellas semilleros de discipulado y seguimiento de Jesús; si no fuera así, deberíamos decir con dolor que se habrían convertido en comunidades estériles.

Sabemos que hoy nuestros jóvenes pueden encontrar dificultades -más o menos grandes- para seguir el camino del sacerdocio; sin embargo, en un ambiente auténticamente cristiano, de valoración real de la fe en las familias, con el aprecio y apoyo de las comunidades cristianas y su oración perseverante, lograremos ayudarles a que se encuentren con el Señor y se dejen ganar por Él. Seguro que así podrán descubrir que Dios les puede llamar a entregarle su vida en el servicio del Evangelio.

Hemos comenzado en la Diócesis el impulso de un proyecto misionero para despertar a la fe. Tal vez nuestro primer esfuerzo debe ir dirigido a despertar la fe de cada uno de nosotros, para ser verdaderos discípulos y misioneros; despertar la fe de nuestras propias familias, que se han descristianizado, para que sean verdaderos lugares de encuentro con el Señor y de maduración de la fe; despertar la fe de nuestras comunidades cristianas, para que sean realmente comunidades vivas, lugares en los que alimentemos nuestra fe y fuente fresca en la que puedan saciar su sed de Dios todos cuantos le buscan aún sin saberlo. Éste

es nuestro reto; un reto que se entronca perfectamente en el lema del Día del Seminario de este año porque a donde queremos llegar es a encontrarnos con Jesús, a ayudar a que otros logren ese encuentro, a entusiasmarnos con el Evangelio y a ayudar a otros a entusiasmarse con él. Sabemos que sólo si logramos lo anteriormente dicho seguirá habiendo jóvenes que, deslumbrados por la belleza del Evangelio, quieran entregar su vida al servicio de Cristo y de su Iglesia para bien de los hermanos.

Al Dueño de la mies le suplicamos esta mañana que siga 'tocando' con su gracia el corazón de muchos jóvenes verdaderamente apasionados por el Señor que quieran entregar su vida a fondo perdido por Él y por la salvación de todos los hombres. Que así sea.

Homilía en la Santa Misa con motivo de la clausura del Año jubilar proclamado en el centenario de la muerte de la fundadora de las Siervas de Jesús, Santa María Josefa del Corazón de Jesús

Capilla de la comunidad de la Siervas (Soria), 20 de marzo de 2012

Queridos sacerdotes;

Muy queridas superiora y comunidad de Siervas de Jesús;

Hermanos todos:

Durante todo un año hemos disfrutado del privilegio de celebrarlo como Año jubilar proclamado por la Santa Sede al cumplirse el centenario de la muerte de Santa María Josefa del Corazón de Jesús. Estoy seguro que durante todo este tiempo han sido muchas las personas que se han acercado, queridas hermanas, a vuestras casas o a las parroquias puestas bajo el patrocinio de Santa María Josefa del Corazón de Jesús para ganar la Indulgencia Plenaria concedida benignamente por el Papa Benedicto XVI.

Este Año que hoy clausuramos ha sido un tiempo propicio para acercar la vida y las virtudes de vuestra fundadora a tantas personas: a las que ya la conocían y, especialmente, a las que no la conocían, y estoy firmemente persuadido de que han quedado admirados de su existencia tan evangélica y han sentido en su corazón el deseo de imitarla.

Amor, sacrificio y oración. Esta 'trilogía' resume perfectamente la espiritualidad de esta gran mujer.

En efecto, el amor brilla como el sol en la vida de Santa María Josefa. El Beato Juan Pablo II afirmó de ella en la homilía de la Ceremonia de Beatificación: *"encarna el amor preferencial de Cristo y de la Iglesia por los que sufren en el cuerpo o en el espíritu. Amor preferencial que ella dejó como carisma a las Siervas de Jesús y a cuantos quieran enjugar las lágrimas de nuestros hermanos más necesitados"*.

A sus hermanas les decía siempre: *"pónganse siempre de parte del que sufre"*; y a las hermanas que se dirigían a la asistencia a los enfermos les solía decir: *"no crean, hermanas, que la asistencia consiste sólo en dar las medicinas y la alimentación al enfermo; hay otra clase de asistencia que nunca deben olvidar y es la del corazón, procurando acomodarse a la persona que sufre, saliendo al encuentro de sus necesidades"*.

A su muerte dejó fundadas cuarenta y una casas en España y América, que siguen fundamentalmente su regla de vida: estar al servicio de los enfermos y de todos los que sufren en el cuerpo y en el alma.

El amor que profesaba a los enfermos y que infundió en toda la Orden como carisma distintivo nacía precisamente de otro amor aún mayor: del amor de Dios que sentía intensamente y de su necesidad de amar al Señor. Ella tenía un profundísimo amor al Señor y desde ese amor se siente impulsada a imitarle en su predilección por los enfermos, por los que sufren en el cuerpo o en el alma. Este amor a Dios le hará poder decir con todo el convencimiento: *"mi vida está en Dios y es para Dios, no la deseo para nada más"*.

Santa María Josefa fue verdaderamente una gran enamorada de Dios. En Cristo había encontrado la perla preciosa, el tesoro escondido ante el cual todo lo demás perdía su valor. El vivir conforme el Señor le pedía sería lo que llenaría toda su alma y toda su vida. Y esto lo inculcará con gran fuerza a sus hermanas: *"no quieran más que lo que Dios quiera: que se haga la voluntad de Dios"*. Es en el amor de Dios, y en el amor a Dios y a su santa voluntad, donde va a encontrar la fuente que le lleva necesariamente al amor a los hermanos, sobre todo a aquellos que sufren, a los enfermos y necesitados de ayuda, de amor, de cariño.

En el amor a Dios y a los enfermos del cuerpo o del alma encuentra, además, la fuente de donde brota el auténtico consuelo, la autentica alegría; por eso, quiere que lo sea también para sus hermanas llegando a decirles: *"nada consuela tanto al corazón como los sufrimientos y privaciones que ofrecemos a Dios cuando se hacen sólo por amor; el alma que más ama a Dios es la que vive más contenta"*.

Santa María Josefa del Corazón de Jesús es un verdadero testimonio de amor a los hermanos necesitados de amor y de cariño, de amor a los enfermos. Un amor a los enfermos que brota del amor a Dios como consecuencia del mismo pues, como decía el Apóstol San Juan, *"no podemos amar a Dios al que no vemos si no amamos al hermano que vemos"* (1 Jn 4, 16)

Al clausurar este Año jubilar recibimos una vez más la llamada a mirar el modelo de amor y entrega de esta gran santa, y a tratar de imitarla en todas las situaciones de la vida en las que nos encontremos con personas que sufren: en nuestras propias familias, entre nuestras amistades, en nuestros conocidos, etc. Ojalá seamos capaces de entregarles todo nuestro amor porque lo que hagamos con cada uno de esos hermanos nuestros se lo hacemos al mismo Cristo.

Una segunda clave de esa 'trilogía' enunciada anteriormente es el sacrificio. Palabra, actitud que tanto nos cuesta vivir y aceptar a las personas hoy, precisamente porque nos hemos dejado conquistar por la vida cómoda, por la sociedad del bienestar como norma suprema. En este sentido, nuestra santa fue una auténtica heroína del sacrificio.

El amor a Dios como el mayor bien de su vida le suponía el sacrificio de otras muchas cosas que a ella le costó poco dejar, precisamente porque había encontrado al amor de su vida, el Señor; Santa María Josefa se había enamorado de Él y sólo vivía para Él y su divina voluntad. El amor a los demás, especialmente a los enfermos, le exigía sacrificios, renuncias, abnegación. Sí, sacrificio y renuncia a su comodidad para poder estar siempre al servicio de quien la necesitaba; sacrificio y renuncia que ella cultivaba como virtudes fundamentales para poder estar siempre disponible para los enfermos y sus necesidades. Sacrificio y renuncia, además, que tuvo que vivir y asumir, de una manera especial, durante su

larga enfermedad, viviéndola en todo momento con autentica alegría, con verdadera elegancia, sabiéndola ofrecer por los enfermos y por el trabajo fructuoso de la Congregación (Congregación que, enferma como estaba, dirigió durante los doce años de su enfermedad a través de cartas, con un profundo amor a todas las hermanas, con muchos sacrificios y con su oración)

Nosotros, hermanos, encontramos en la vida multitud de ocasiones de servir, de ayudar a personas que -por una circunstancia o por otra- nos necesitan y, a veces, sentimos que nuestra respuesta es raquítica pues exige un sacrificio y algunas renuncias (a nuestro dinero, a nuestra comodidad, a nuestra tiempo) que quizá no estamos dispuestos a hacer.

En Santa María Josefa encontramos un verdadero modelo de la persona que se entrega a fondo perdido a Dios y a los hermanos que sufren, aunque le suponga sacrificios y renuncias. Por otra parte, su capacidad de renuncia a sí misma para entregarse a los demás es la mayor de sus compensaciones personales porque, al hacerlo, se sentía mucho más plena aunque le costase trabajo. De este modo, con su experiencia nos ha mostrado un camino seguro para llenar nuestras vidas, para sentirnos realmente satisfechos y profundamente realizados; sí, su vida es una invitación a que nos convenzamos de que en la medida en que nos entreguemos a los demás, especialmente a los que más nos necesitan, nos sentiremos realizados y felices.

Finalmente, la tercera palabra de la 'trilogía' es la oración: constante, ungida, sin escatimar tiempo. La oración para ella fue en todo momento el alimento y la fuerza para amar a Dios y a los hermanos, para ser capaz de sacrificarse por todo y por todos. Decía ella que *"la oración es el alimento del alma y la presencia de Dios bien llevada es una oración continua"*. En la oración encontró nuestra santa la fuerza necesaria para sobrellevar y vivir su enfermedad con alegría. En la oración y por la oración fue capaz de cumplir con lo que Roma le había ordenado: ser hasta la muerte la superiora general y animar a toda la Congregación a vivir con total exigencia el carisma propio.

Es ésta una lección más de Santa María Josefa del Corazón de Jesús que nos invita a vivir con verdadero aprecio la oración, como la fuente autentica de donde sacamos la fuerza necesaria para seguir los imperativos del Señor y para poder hacer todo con verdadero fruto. Nosotros, a veces, tenemos tantas actividades que nos puede ocurrir lo que a aquel bombero que, ante la urgencia del incendio, cogió el camión anti-incendios pero se olvidó llenarlo de agua; así que, cuando llegó al incendio, no pudo apagar nada porque no tenía con qué hacerlo. ¡Cuántas veces se nos olvida el agua, se nos olvida la oración! Queremos hacer las cosas bien y las hacemos mal o las dejamos inconclusas o no llegamos porque nos encontramos sin fuerzas, sin 'agua' con la que refrescar nuestros cansancios.

La oración, hermanas y hermanos, es fundamental en nuestra vida; en la de todos: en la mía, en la vuestra, mis queridas religiosas, y en la de todos como seguidores de Jesús. Solos no podemos nada; necesitamos la oración que alimenta y refresca nuestra fe para caminar por la vida con alegría, siendo testigos del Señor donde quiera que nos encontremos.

Al clausurar esta Año jubilar debemos fijar bien nuestra mirada en Santa María Josefa para aprender de ella la vivencia auténtica de las virtudes que vivió de manera heroica; así, nosotros avanzaremos cada día un poco más en el camino de la santidad a la que Dios nos llama y de la que ella es modelo y ejemplo para todos. Que así sea.

Homilía en la Santa Misa con motivo de la apertura de los actos del V Centenario del nacimiento del P. Diego Laínez

Parroquia de San Pedro (Almazán), 21 de abril de 2012

Ilmos. Sres. Vicario General y Vicario de patrimonio de la Diócesis;

Rvdo. P. Asistente del P. General para Europa Meridional de la Compañía de Jesús, P. Joaquín Barrero Díaz;

Rvdo. P. Provincial de la provincia de Castilla, P. Juan Antonio Guerrero;

Queridos sacerdotes de la parroquia de esta Villa de Almazán y demás sacerdotes seculares y religiosos, especialmente queridos jesuitas concelebrantes;

Ilustrísimas autoridades nacionales, autonómicas, provinciales y locales;

Mis queridos hermanos todos:

La celebración de fechas significativas, como el cumplimiento de un determinado centenario del nacimiento de un personaje, nos ayuda a recordarlo, conocerlo profundamente y acercarnos un poco más a él para rendirle el homenaje de nuestra más considerada admiración por su vida y la vivencia de sus virtudes. Éste es el caso del P. Diego Laínez cuyo quinto centenario de su nacimiento celebramos en este año en esta Villa, su Villa natal, su casa.

Nació Diego Lainez aquí, en Almazán, en 1512; sus padres, conociendo su inclinación por el estudio, lo enviaron a la Universidad de Alcalá donde se graduó como maestro en Filosofía, dedicándose posteriormente a la Sagrada Teología. Cuando estaba preparándose para el sacerdocio llegó a sus oídos la fama que San Ignacio de Loyola estaba adquiriendo en la Universidad de París, tanto en las letras como en la virtud. Impulsado por el atractivo de esta fama y con verdaderas ganas de comprobarlo personalmente, determinó ir a encontrarse con el santo en París, entablando con él una profunda relación y una amistad personal.

A los 22 años, acompañado de San Ignacio, marchó a Roma, donde -a pesar de su juventud- desempeñó cargos realmente importantes. El Papa Paulo III, conocedor del celo y sabiduría de Diego Laínez, le confió la cátedra de Teología Escolástica en uno de los más prestigiosos colegios. El 22 de abril de 1545, es decir, a los 35 años, hizo su Profesión Solemne en la Compañía de Jesús y, al año siguiente, el Papa lo envió a Venecia a combatir la herejía. Diego Laínez, con celo evangélico, elocuencia y con sus conocimientos, combatió brillantemente la herejía y fue tal la fama como orador que una auténtica muchedumbre se pasaba las noches a las puertas de los templos para oír sus sermones al día siguiente.

Terminada su misión en Venecia pasó a Breschia, donde se encontró con un fraile apóstata que, lleno de envidia hacia él y su sabiduría, propagó por todas las partes que iba a ponerle toda clase de objeciones y que le haría callar e incluso que le haría luterano. Aquel fraile apóstata se presentó ante él, le expuso sus objeciones y el P. Laínez -después de haberlo escuchado- le replicó con tanta sabiduría, refutando toda su argumentación, que el fraile apóstata confesó su error y volvió a entrar en la Iglesia.

Pero la etapa y el momento realmente más relevante de su vida, en el que manifestó su gran talento, su elocuencia y su viva oratoria, su brillante imaginación y su prodigiosa memoria fue en el Concilio de Trento al que asistió como enviado del Papa Paulo III en calidad de teólogo. Se le encargó que formulase el elenco o lista de errores de los que habían de ocuparse los teólogos, tras lo cual pronuncia un discurso en latín tan perfecto que -por unanimidad- toda la asamblea exige su publicación. En las discusiones, los oradores disponían de una hora para su exposición; sin embargo, los padres conciliares hicieron una excepción con el P. Laínez autorizándole el uso de la palabra durante tres horas seguidas, recibiendo la orden de poner por escrito cuanto había dicho porque su opinión iba a ser la base de los Decretos conciliares.

Muerto el Papa Paulo III, su sucesor Lucio III confirmó a Diego Laínez en los poderes que le había otorgado su antecesor. Se discutía la cuestión sobre la Eucaristía y la aportación del brillante adnamantino fue tan nítida y contundente que quedó aceptada por todos los teólogos. Tanto trabajo en el Concilio tridentino quebrantó su salud, siendo atacado por unas fiebres que le obligaron a ausentarse del mismo. Ante dicha eventualidad se acordó suspender las sesiones solemnes hasta que él pudiese estar presente. El Concilio fue nuevamente convocado por el Papa Paulo IV en enero de 1562, reclamando todos los padres conciliares la presencia del P. Laínez que estaba en Francia; ante esta petición, abandonó Francia y se hizo presente en Roma para ofrecer su exposición sobre la Santa Misa. También en este momento se produjo una excepción con respecto a los demás oradores: todos los demás hacían uso de la palabra desde su puesto mientras que al P. Laínez se le erigió una tribuna desde donde hablaba; desde allí, sus discursos llegaban a todos los doctores y prelados, estando dos horas y media hablando sobre la Eucaristía y resolviendo todas las cuestiones que se le presentaban. Todo esto le dio una fama de orador y controversista, siendo reconocido como una de las lumbreras más importantes del Concilio.

Dentro de la Orden ejerció los cargos de Provincial y Vicario General y, cuando falleció San Ignacio de Loyola, le sucedió como P. General de la Compañía de Jesús. Además, el Papa Paulo IV quiso otorgarle el cardenalato pero él no aceptó. Al morir Paulo IV, algunos cardenales le propusieron como sucesor del Pontífice y solamente no fue elegido por existir la antiquísima costumbre de que el electo debía pertenecer al Colegio cardenalicio.

El 19 de enero de 1565 moría, minada su naturaleza por el estudio, la predicación y la caridad.

Ahora bien, casi cinco siglos después de su vida terrena, ¿qué virtudes encontramos en el P. Laínez? ¿Qué puede decirnos a nosotros hoy? Hagamos un breve elenco.

La primera virtud es la humildad. Fue una persona profundamente humilde. Dicha humildad le llevó a desechar todo cuanto ansiaba el mundo de su tiempo: renunció a ser Obispo de varias Diócesis para las que fue propuesto; renunció al capelo cardenalicio; como jesuita, por obediencia, tuvo que aceptar varios cargos importantes aunque él nunca quisiera tenerlos.

Fue, también, un modelo de obediencia. Él en su interior tenía las cosas muy claras; sin embargo, cuando el resto de su Orden le eligió para ser General de la misma, aceptó por obediencia aunque dirá en repetidas ocasiones: *"si me queréis, dejadme soltar esta carga que aflige mi espíritu"*.

Fue, en tercer lugar, un modelo de predicador incansable: en África, aprovechando las interrupciones del Concilio; en Italia, especialmente en Venecia y Roma donde tenía tal fama de orador que, a las puertas de las iglesias, se agolpaban multitudes para poder entrar y escucharlo.

Además, fue un excepcional teólogo y un profundo sabio de la ciencia de Dios. ¡Su palabra y su sabiduría hicieron tanto bien en la clarificación y la formulación de los Decretos y Dogmas del Concilio tridentino!

El P. Laínez, queridos hermanos, es hoy para nosotros un modelo de quien vivió estas virtudes de manera excepcional y un acicate que nos lleva a poner todo nuestro esfuerzo en encarnarlas en nuestra propia vida: encarnar la humildad en medio de un ambiente en el que se vive de la fachada, de la buena imagen, de la apariencia, del 'pasar por encima' de los demás; un modelo de obediencia, especialmente para nosotros, consagrados a Dios, a nuestros superiores, en un ambiente en el que parece que sólo existen derechos y ninguna obligación; en un ambiente en el que el individualismo y el egoísmo nos hacen pensar que lo único válido, la norma suprema e incontestable, es lo que cada uno piensa. El P. Laínez es para todos, además, un ejemplo de predicador incansable del Evangelio, en medio de una sociedad descristianizada en la que se necesitan valentía y firme compromiso para llevar el mensaje cristiano al corazón de un mundo laicista, más necesitado que nunca de la luz del mensaje divino; un modelo, en fin, de teólogo y de entendido en ciencias sagradas, en este ambiente en el que falta tanta formación cristiana y gusto por el conocimiento de la ciencia de Dios.

Pidamos en esta mañana al Señor que sepamos encarnar estas virtudes que vemos que vivió tan magistralmente este excelso adnamantino, el P. Laínez; ellas nos van a ayudar a vivir con más exigencia y autenticidad nuestra fe, y nos van a impulsar a ser verdaderos discípulos y misioneros en medio de nuestro mundo tan necesitado de testigos y portadores del mensaje salvador de Cristo. Que así sea.

RADIOMENSAJES CADENA COPE

Convivencia para matrimonios

4 marzo 2012

Queridos diocesanos:

En esta carta quiero anunciaros la convocatoria de una convivencia para matrimonios, que tendrá lugar en el Seminario diocesano "Santo Domingo de Guzmán", de El Burgo de Osma, el sábado 24 de marzo. Este encuentro está preparado por mí, vuestro Obispo, y por la Delegación diocesana de familia y vida.

Ya es el segundo año que hacemos una convivencia para matrimonios. El año pasado, casi por estas mismas fechas, tuvimos este encuentro que, ciertamente, resultó muy bien; los matrimonios que asistieron terminaron encantados de haber participado.

La convivencia comenzará a las 10 de la mañana y terminaremos en torno a las 7 de la tarde; a lo largo del día, trabajaremos en dos bloques: la mañana estará dedicada a la oración, a la fe, al cultivo de lo espiritual; por la tarde, cada matrimonio tendrá la oportunidad de revisar su vida matrimonial y familiar, y podrá elaborar un sencillo proyecto para el futuro, en orden a mejorar aquellos aspectos que -en el diálogo que mantendrá cada pareja- hayan visto como susceptibles de cambio. La jornada terminará con la Eucaristía.

Pretendemos que sea un día muy importante para todos los que participen. Todos, especialmente hoy, necesitamos hacer un alto en el camino para ver cómo estamos; cuál es el rumbo que marca la brújula de nuestra vida como personas, como familias cristianas. Y hacerlo no para desanimarnos sino para conocer nuestras situaciones concretas y rectificar aquellos aspectos que sean necesarios, apoyados mutuamente; en definitiva, queremos dar la oportunidad de reflexionar, de pensar, de dialogar, de mejorar. Ahora bien, sabed que en la convivencia no tendréis que hablar en público, sólo con Dios y entre cada matrimonio; así podréis, como os decía, revisar la fe y el talante cristiano de la pareja y de la familia.

Estamos convencidos que puede ser un precioso día de fraternidad, de compartir, de comunión. Todos compartiremos la comida que el Seminario nos prepare, con lo que no tenemos que preocuparnos de este aspecto. Además, tendremos a disposición de los matrimonios con hijos pequeños un servicio de guardería, con personas que cuiden a los pequeños, para que los padres puedan aprovechar la convivencia totalmente para ellos (con vuestros hijos compartiremos dos momentos especialmente bonitos: la comida y la Eucaristía, al final de la tarde).

La experiencia del año pasado fue realmente rica e intensa; espero que este año no lo sea menos. Eso sí, aunque son unas cuantas horas juntos, os garantizo -permitidme que os hable con esta franqueza- que no resultará pesada y que os servirá de gran ayuda. Sí, os ofrecemos una oportunidad de poner a punto vuestra fe, vuestra familia y vuestro matrimonio; no la desaprovechéis pues seguro que -al terminar la convivencia- no sólo no os pesará el haber participado sino que os sentiréis realmente contentos pues os habrá sido de enorme ayuda.

Desde aquí quiero animaros a todos los matrimonios, especialmente a los jóvenes, a los que tenéis entre 30 y 55 años, a que os intereséis por este encuentro y os animéis a participar. No tengáis miedo; nadie -permitidme la expresión- os va a *'comer el coco'* ni os va a llevar por donde no queráis ir. Sólo vamos a ofreceros la ayuda, la posibilidad de poner al día vuestra fe, de reavivar y fortalecer los compromisos y promesas que os hicisteis el día que mutuamente os dijisteis *"sí, quiero"* ante el altar del Señor, y de renovar en vosotros el deseo y el compromiso de ir construyendo una familia realmente cristiana.

¡Os esperamos! Preguntad en vuestras parroquias y participad. Sabed que vuestro Obispo pide por vosotros, por todos los que van a participar en la convivencia así como por todos los matrimonios y familias de nuestra Iglesia particular.

Que el Señor os conceda su gracia y os colme de sus bendiciones. ¡Que Dios os bendiga a todos!

El Año de la fe

11 marzo 2012

Queridos diocesanos:

Su Santidad el Papa Benedicto XVI, con motivo del 50 aniversario de la inauguración del Concilio Vaticano II, ha convocado el "Año de la fe", que arrancará el 11 de octubre de 2012 y concluirá el 24 de noviembre de 2013, Solemnidad de Cristo Rey.

No es la primera vez que un Papa convoca un año de estas características; ya Pablo VI lo hizo en 1967. Ahora bien, tanto en un caso como en otro el Sucesor de Pedro busca un mismo objetivo: hacer una llamada a todos los cristianos a profundizar y afianzarse en la fe; una invitación a una auténtica y renovada conversión por medio de una renovación verdadera de nuestra fe.

Esto significa que los cristianos somos llamados a hacer una revisión verdadera de la vivencia de nuestra fe, en orden a renovarla para que sea cada día más auténtica, sobre todo en estos momentos de cambios profundos que estamos viviendo en nuestro mundo. Y es que el "Año de la fe" es una invitación y una llamada a todos a confesar nuestra fe en medio de un mundo que se muestra tantas veces increyente y laicista; por eso, porque hemos de hacerlo en medio de un mundo que no desprecia o menosprecia la fe, hemos de ser auténticos y verdaderos creyentes, capaces de transformar nuestra vida desde la fe y desde el mensaje salvador de Jesucristo. Sólo así seremos creíbles ante los que no creen o se muestran indiferentes respecto a la fe, a Dios y a cuanto tenga relación con Él.

El "Año de la fe" es, también, una llamada urgente a los padres cristianos, como máximos y primeros responsables de la transmisión de la fe a los hijos, para que lo hagan con toda fuerza y convencimiento; sólo así lograrán construir un hogar en el que Dios tenga el lugar que le corresponde como familia cristiana y donde los hijos vivan los valores del Evangelio. La tarea no es sencilla pues los padres necesariamente van a tener que poner un gran esfuerzo para que la vivencia de la fe en su familia sea una realidad y la transmisión de la fe a los hijos ocupe un puesto prioritario en sus preocupaciones como padres cristianos.

Esta transmisión de la fe de padres a hijos, como la mejor herencia creyente que pueden dejarles, exige el compromiso por parte de los padres de valorar y vivir ellos mismos las exigencias de la fe, para ser modelo, ejemplo y testimonio en su familia. Si tantas veces decimos que *"nadie da lo que no tiene"* en ningún aspecto de la vida, lo mismo podemos afirmar en lo que se refiere a la fe: nadie puede ser transmisor de la misma si no la vive personalmente, lleno de compromiso y autenticidad.

El "Año de la fe" nos urge a una revisión profunda y seria de nuestra vida creyente, tanto a nivel personal, familiar y como comunidad cristiana; sin embargo, no debe serlo para desanimarnos ante los fallos sino para conocer donde en qué situación espiritual estamos y, desde ahí, emprender un camino de conversión a lo que Dios y los hermanos esperan de nosotros. El Señor nos lo pide y la sociedad actual nos lo reclama; el mundo tiene puestos sus ojos en nuestras vidas para comprobar si realmente se corresponde lo que decimos con lo que somos y vivimos. No podemos defraudarlos y, mucho menos, permitir que -por nuestra vivencia defectuosa de la fe- aquellos que no creen o son indiferentes, en vez de animarse a buscar a Dios, reavivar su fe y plantearse su vida como seguidores de Jesús, lleguen a la conclusión de que para vivir como nosotros, no merece la pena descubrir a Jesucristo.

El laicismo reinante en nuestra sociedad ha hecho verdaderos estragos en la vida de muchas personas y ha producido las más diversas situaciones en lo que se refiere a la fe. Así, descubrimos muchas personas que no creen porque no han vivido ya un ambiente creyente en sus familias, ni han encontrado nada ni nadie que les ayude a preguntarse por Dios y por la fe; comprobamos, también, que muchos creyeron en un momento de su vida pero han dejado languidecer la fe; finalmente, nos encontramos con quienes no sólo siguen siendo creyentes sino que incluso las dificultades del momento actual les han fortalecido en su relación con el Señor, ayudándoles a madurar verdaderamente como creyentes.

En este tiempo de gracia que será el "Año de la fe" se nos llama a todos a que revisemos nuestra vida creyente. Lo que de ninguna manera podemos es hacer de la fe, por así decir, algo 'descafeinado', que cada uno acomoda a sus circunstancias, subiendo o bajando de exigencias según el estado de ánimo en que se encuentre.

El Señor nos llama a que seamos sus verdaderos discípulos y seguidores; y, al mismo tiempo que nos conmina a manifestar con alegría la fe, nos exhorta a ser testigos, misioneros y apóstoles intrépidos en nuestros ambientes y con nuestra gente, para que desde nuestro testimonio puedan descubrir que merece la pena creer en Cristo y su Evangelio; que la fe en el Señor da respuesta a todos los interrogantes más profundos; y que la fe nos hace vivir la vida con alegría y con otras perspectivas mucho más amplias y plenas.

El "Año de la fe" nos anima a todos los diocesanos de Osma-Soria a colaborar activamente en la puesta en marcha y en la realización del ilusionante proyecto misionero para despertar a la fe, como concreción de la nueva evangelización que nos hemos propuesto como Iglesia particular. Queremos, así, salir al encuentro de los alejados de la fe y de la comunidad cristiana desde una doble perspectiva: reforzando y fortaleciendo nuestra condición de discípulos y seguidores de Jesús, por medio de nuestra propia y auténtica conversión de vida según el Evangelio; y, en segundo lugar, poniendo en práctica nuestra condición de misioneros y testigos, en virtud de la cual no queremos ni podemos guardarnos para nosotros la fe sino que nos comprometemos a ser portadores de la misma para los demás, llevándola al corazón del mundo y siendo llamada a encontrarse con el Señor para los que no creen.

Aprovechemos este "Año de la fe" y entremos de lleno -como discípulos y misioneros- en el proyecto de la Misión diocesana; de este modo, viviendo el espíritu de ambos, no sólo estaremos viviendo mejor y con más autenticidad nuestra realidad de cristianos sino que, al mismo tiempo, estaremos ayudando a otros -especialmente a los indiferentes e incrementes- siendo *'evangelios vivos'* en los que ellos puedan 'leer' el Amor incondicional del Señor, animándose a salir al encuentro de Cristo que les espera.

¡Que Dios os bendiga a todos!

El sacerdote, pasión por el Evangelio

18 marzo 2012

Queridos diocesanos:

"El sacerdote, pasión por el Evangelio". Difícilmente en menos palabras se puede definir mejor la esencia del ministerio sacerdotal, lo fundamental y lo imprescindible que debe ser y vivir el sacerdote.

El sacerdote debe ser un apasionado del Evangelio porque es al servicio del Evangelio al que va a entregar su vida entera, y sólo se puede entregar la vida por algo o por alguien si realmente se le ama con pasión. Resuenan en nuestro corazón ahora las palabras del Señor: *"Nadie tiene amor más grande que aquél que da la vida por sus amigos"* (Jn 15, 13) En efecto, nadie puede dar la vida por nadie ni por nada si no está realmente enamorado, en este caso de Él.

El sacerdote es alguien que se ha encontrado con Cristo, ha quedado fascinado por su Persona y por su mensaje, y se ha enamorado de Él; Jesucristo y su Evangelio son el único y el más grande amor de su vida, de tal manera que no se entiende si no es desde ese amor apasionado.

El sacerdote es la persona que descubre a Jesucristo y su mensaje como la perla preciosa por la que vender todo para adquirirla (cfr. Mt 13, 44-46), como el tesoro escondido por el que -tras encontrarlo- no le importa abandonar todo lo que tiene para conseguirlo. Así, Cristo, 'perla preciosa', 'tesoro escondido', es el Único que llena todas las ansias, aspiraciones, deseos y -en definitiva- la vida del sacerdote.

"Para mí la vida es Cristo" (Flp 1, 21) afirmaba San Pablo. Su historia no es sino la historia de alguien que un día, de forma estrepitosa (cfr. Hch 9), se encuentra con Cristo; desde aquel día ya nunca más va a alejarse de Él y le va a servir con toda su alma y con todo su ser. Pablo ya no concibe su existencia ni su vida sin Él; tanto es así que con la misma pasión con que antes se había dedicado a perseguir a los cristianos, desde el encuentro con Jesús su pasión auténtica va a consistir en seguirle a Él, amarle a Él y servirle a Él, dándolo a conocer con verdadera pasión.

A Pablo no hay nada que le pueda apartar del amor de Cristo por fuerte o duro que sea (cfr. Rom 8, 35-39). Es tal la pasión con la que ama y se entrega a difundir el Evangelio a todas las gentes que nadie ni nada puede detenerlo ni apartarlo de su único Señor. Del mismo modo, el sacerdote que vive apasionadamente su vocación sacerdotal, entregando plenamente su vida al servicio de Cristo y su Evangelio, tendrá que superar algunas dificultades para anunciarlo a los hombres de cada momento pero de ningún modo serán dificultades que le paralicen a la hora de cumplir su misión evangelizadora, en el momento de llevar el mensaje salvador de Cristo al corazón de nuestro mundo, como afirmaba el beato Juan Pablo II.

Si Cristo y su Evangelio lo son todo en la vida de un sacerdote -lo más importante, lo fundamental- éste se dejará ganar nunca el corazón por otros criterios y valores que poco tienen que ver con el sacerdocio ordenado. El sacerdote ha recibido de Cristo su misma misión: ofrecer a toda criatura -con su palabra y con su testimonio- al Señor y su mensaje salvador, en orden a que todos se conviertan, orienten su vida hacia Él y se salven.

Cristo realizó su misión hasta entregar 'la última gota de su Sangre' por cumplirla. El sacerdote que vive su vocación con pasión por el Evangelio está dispuesto también a hacer lo mismo, a gastarse y desgastarse para que el mensaje salvador de Cristo llegue a todas las gentes. Tal vez hoy haya personas que -en este ambiente secularizado en el que estamos viviendo- no entiendan como algo que merece la pena vivir esta pasión por el Evangelio, esta forma de vivir propia del sacerdote católico; pero cuando el sacerdote logra vivir así es plenamente feliz, se siente real y plenamente realizado, y nada hay que llene más y mejor su vida. Por eso, una encuesta que publicaba recientemente la prestigiosa revista *Forbes* sobre en qué profesiones -en qué vocaciones- el hombre actual se sentía más a gusto/más feliz, ofrecía como resultado que los más satisfechos, felices, plenos eran los sacerdotes.

Me gustaría dirigir ahora unas palabras de corazón a corazón a los jóvenes de nuestra Iglesia particular: querido joven, piensa en el sacerdocio como una vida vivida con pasión por el Evangelio, al estilo de San Pablo, al estilo de tantos y tantos sacerdotes, muchísimos más de los que a veces te imaginas, de otro tiempo y del momento presente, que entregaron y siguen entregando su vida al servicio apasionado del Evangelio como verdaderos enamorados del Señor. 'Mira' al Señor, 'míralos a ellos' y tal vez descubras en tu corazón -mucho más claramente- la suave voz del Señor que también a ti te dice *"sígueme"* para gastar y desgastar tu vida amándole a Él y a la Humanidad entera.

A vosotros, queridos padres, os corresponde estimular a vuestros hijos en los más altos valores cristianos; ayudadles a huir del egoísmo y del materialismo que tantas veces ciegan el corazón humano y que dejan vacío el corazón. Animadles a plantearse su vida desde la entrega generosa en el camino al que Dios les llame; entre ellas, ayudadles a no 'apagar' la posible llamada que Cristo pueda hacerles para dedicarse de forma exclusiva y apasionada al servicio del Evangelio. Vosotros que deseáis más que nada en el mundo la auténtica felicidad de vuestros hijos ayudadles a responder sinceramente a esta pregunta: *"¿qué lugar en el mundo ha dispuesto para mí el Señor? ¿dónde voy ser realmente feliz?"*. Y feliz no primando, ante todo, los parámetros de la comodidad o del tener, por ejemplo, sino primando aquello que ayude a llenar la vida desde el amor a Dios y al prójimo.

Es verdad que para que alguien pueda encontrar su verdadera felicidad en la vocación al servicio del Evangelio, en la vocación sacerdotal, es imprescindible encontrarse con Cristo, tratar con Él, quedarse fascinado por su Persona y su mensaje, y descubrirlo a Él como *"el Camino, la Verdad y la Vida"* (Jn 14, 6). Esto supone un planteamiento creyente de la vida; supone, además, una valoración y un cultivo auténticos de la fe desde donde descubrir a Cristo, amarlo y sentirse llamado por Él; y supone, finalmente, una disponibilidad y una generosidad personales para olvidarse de uno mismo y ser capaz de entregar la vida en favor del bien de los hermanos.

Cristo sigue llamando hoy. El mundo, cualquier persona, ya sea mayor, joven o niño, sigue necesitando de otros que le muestren el camino del Evangelio y estén a su lado para apoyarles en el recorrido hasta encontrarse con el Señor. ¿No estarías dispuesto tú, querido joven, a ser uno de los predilectos del Señor, al servicio del Evangelio, logrando tu verdadera felicidad?

La Semana Santa: Semana del amor entregado

1 abril 2012

Queridos diocesanos:

Hoy comenzamos la Semana Santa, la Semana grande de nuestra fe, la Semana de nuestra salvación, la Semana en la que hacemos memoria viva y agradecida de la entrega del Señor por amor a los hombres, para que nosotros llegáramos a ser en plenitud hijos de Dios.

El Triduo Pascual es, sin ninguna duda, la celebración más conmovedora para todos nosotros, seguidores del Mesías; al contemplar un año más al Señor en estos días ninguno quedamos indiferentes.

Además, las celebraciones de la Semana Santa tienen en nuestros pueblos un arraigo especial y suscitan en nuestro interior una devoción extraordinaria, incluso en aquellos que por circunstancias de la vida o del ambiente social se han alejado de la vivencia de la fe en su vida ordinaria. Con muchos sucede que -en estos días- vuelve a renacer en ellos la vivencia religiosa de su niñez, cuando llevados de la mano de sus padres participaban en la celebración de los misterios de la Muerte y Resurrección del Señor, tanto en la liturgia como en las manifestaciones públicas de la fe, en las procesiones.

Sin ninguna duda, la Semana Santa -por su significado y contenido- puede ser llamada la **Semana del amor**: Semana del amor de Cristo que se entrega a la muerte por nuestra salvación; un amor entregado por su parte, sin mérito alguno por la nuestra, como puro don nacido de la inagotable generosidad del Señor que *"no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango pasando por uno de tantos y actuando como un hombre cualquiera se sometió incluso a la muerte*" (Flp 2, 7-9)

Contemplar la Semana Santa, especialmente el Triduo Santo, es volver a hacer presente la historia de la entrega total de Jesús por amor a los hombres. Él se sometió voluntariamente a la muerte por nosotros y lo hizo por puro amor, porque siendo nosotros pecadores quiso entregar su vida para abrirnos para siempre las puertas del Corazón de Dios.

El Señor nos ha rescatado del peso del pecado de nuestros primeros padres no a precio de oro o plata sino al precio de su Sangre derramada exclusivamente por amor, llevando a plenitud sus propias palabras: "*nadie tiene mayor amor que quién da la vida por sus amigos"* (Jn15, 13) Esto es pues lo que volvemos a recordar y agradecer en estos días, lo que vuelve a conmovernos hasta lo más profundo de nosotros mismos: el amor sin reservas, hasta las últimas consecuencias, del Hijo de Dios.

Por eso, nuestra participación en la Semana Santa no puede ser la de unos meros espectadores, que se quedan ensimismados ante el desfile precioso de carrozas con valiosísimas piezas escultóricas. ¡No! Nuestra participación no se puede limitar a ver pasar desde las esquinas las procesiones. El Señor nos pide que participemos con profunda piedad en las celebraciones litúrgicas, que vivamos recogidos y entregados a la oración, que le miremos a Él para llenarnos de Él. De este modo tendrá verdadero sentido que -aquello que hemos vivido en la liturgia y, sinceramente, desde lo más hondo del corazón- lo expresemos en las calles como manifestación pública de nuestra fe. Así, nuestras procesiones y todos los actos de piedad popular que, como cofrades o fieles vivamos en la calle, adquirirán auténtico sentido.

Hemos de hacer un sincero esfuerzo por dar sentido, hondura, coherencia a nuestra Semana Santa; hagamos que no resulte mero folklore turístico. La actualización de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor es tan importante que no puede ser reducida ni sustraída de su auténtico significado.

Aprovechemos esta Semana Santa para agradecer al Señor tanto amor; que este amor sea el que nos ayude a vivir estos días con un corazón lleno de gratitud hacia quién ha sido capaz de morir por todos, incluso por los que no creen en Él. Así mismo, unamos a la gratitud nuestro esfuerzo por regenerar nuestra fe, nuestra vida cristiana, por medio del perdón que el Señor nos ofrece en el Sacramento del perdón, para que -regenerados en Cristo y renacidos a la gracia por su perdón- vivamos todos los días de nuestra vida la filiación divina que Él nos ganó liberándonos de las ataduras del pecado.

¡Feliz Semana del amor! ¡Feliz Semana Santa para todos!

El Señor ha resucitado ¡Aleluya!

8 abril 2012

Queridos diocesanos:

Si el Jueves y el Viernes Santo contemplábamos y celebrábamos la entrega de Jesús por nosotros, la muerte por amor de nuestro Redentor, y nos conmovía tanto amor y tanta entrega, hoy celebramos su triunfo definitivo, su Resurrección. La Resurrección del Señor significa el triunfo de nuestro Salvador sobre la muerte y el pecado. Cristo, cargando sobre sí los pecados del mundo, ha vencido a la muerte y ha destruido definitivamente el pecado; nosotros ya no estamos condenados para siempre sino que -en Él y por Él- hemos sido salvados.

Éste gran anuncio que la Liturgia nos hacía en la Noche Santa de la Vigilia Pascual es y debe ser para nosotros la razón auténtica de nuestra alegría. La celebración de la Pascua de Resurrección deja traslucir por todos los poros la alegría del triunfo: lo que se podría considerar un fracaso se ha tornado triunfo; lo que se creía poder de la muerte se ha convertido en victoria de la vida. La muerte de Cristo muestra su plena fecundidad en la Resurrección.

Nos alegramos por el triunfo de nuestro Redentor; pero nos alegramos también por nuestro propio triunfo. En efecto, en su Resurrección hemos resucitado todos los que creemos en Él; su Resurrección da sentido a toda nuestra vida de discípulos y seguidores de Cristo porque, como decía san Pablo, si Cristo no hubiera resucitado, seríamos los más desgraciados (cfr. 1 Co 15, 19) pues estaríamos siguiendo a un muerto; pero no, Cristo ha resucitado y ya no muere más, la muerte no tiene dominio sobre Él y con Él nosotros hemos resucitado también.

Si la Resurrección de Cristo es y supone la resurrección de todos sus seguidores, quiere decir que nosotros -como discípulos suyos- hemos de vivir desde nuestra nueva condición de muertos al pecado y resucitados a una vida nueva según Dios. Así lo expresa San Pablo en la Carta a los Colosenses: *"Sepultados con Él en el Bautismo, con Él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que resucitó de entre los muertos"* (Col 2, 12); *"Así pues, si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con Él"* (Col 3, 1-5)

La Resurrección de Cristo debe impulsarnos a vivir desde nuestra condición de auténticos hijos de Dios; hemos resucitado con Él a una vida nueva de acuerdo con lo que Dios nos pide y con lo que exige nuestra condición bautismal para vivir como resucitados a la vida de la gracia. Por eso, conscientes del hecho más importante de la vida de Cristo, que es su Resurrección, se nos pide comprometernos a ser verdaderos discípulos suyos que encarnamos en nuestra vida los criterios y valores de Cristo, el estilo de vida que Él vivió. Sabemos que es Cristo resucitado el que envía a los apóstoles: *"Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo"* (Mt 28, 19-20)

Este mismo encargo nos lo hace a todos y cada uno de nosotros; nuestra fe no es algo que tengamos que vivir a escondidas y -como dice Benedicto XVI- guardárnosla para nosotros solos; al contrario, hemos de comunicarla y -como decía el Beato Juan Pablo II- llevar a Cristo y su mensaje al corazón del mundo.

Con Cristo resucitado -que permanece siempre a nuestro lado- hemos de decir al mundo y al hombre actual, como los apóstoles a los judíos: a Aquél a quien vosotros no conocéis, porque lo habéis desechado de vuestras vidas, Dios lo ha resucitado y está presente entre vosotros, se interesa por vuestras cosas y os ama.

Sintamos la alegría de la Pascua y digamos al mundo con nuestra vida que nos sentimos alegres y resucitados, y que merece la pena creer en Jesús porque Él y su Resurrección dan sentido a toda nuestra vida.

¡Feliz Pascua de Resurrección para todos!

La clase de Religión Católica y el Sacramento de la Confirmación

15 abril 2012

Queridos diocesanos:

El ritmo pastoral de nuestra Diócesis suele incluir en los meses iniciales o finales del Curso pastoral la administración a muchos jóvenes del Sacramento de la Confirmación que es uno de los tres Sacramentos de la Iniciación Cristiana junto con el Bautismo y la primera Eucaristía.

En efecto, a los bautizados *"el Sacramento de la Confirmación los une más íntimamente a la Iglesia y los enriquece con una fortaleza especial del Espíritu Santo. De esta forma quedan obligados aún más, como auténticos testigos de Cristo, a extender y defender la fe con sus palabras y sus obras" (LG 11; cf Ritual de la Confirmación, Prenotandos 2)* (*Catecismo* n. 1285). Por este Sacramento los ya bautizados reciben el don del Espíritu Santo, que fue enviado por el Señor a los apóstoles en el día de Pentecostés.

La preparación para la Confirmación debe tener como objetivo conducir al bautizado a una unión más íntima con Jesús para poder asumir mejor las responsabilidades apostólicas que conlleva la vida cristiana en la Iglesia. De ahí que la catequesis para la Confirmación deba centrarse en suscitar el sentido de la pertenencia a la Iglesia de Jesucristo, tanto a la Iglesia Universal y Diocesana como a la comunidad parroquial. La Parroquia, según el *Catecismo de la Iglesia Católica*, tiene una responsabilidad particular en la preparación de los confirmandos (cfr. n. 1309).

Es de valorar el esfuerzo y la buena voluntad de los sacerdotes, catequistas y demás agentes de pastoral en su empeño y paciencia por acompañar a los candidatos que se preparan al sacramento. Ahora bien, hemos de tener en cuenta que la tarea de educar en la fe se lleva a acabo a través de diversos canales, entre los que destacan la vivencia cristiana en la familia, la catequesis en la Parroquia y la clase de religión en el colegio o instituto; todos ellos son necesarios aunque tienen objetivos y medios diferentes. De ahí la **poca coherencia de quienes desean recibir el Sacramento de la Confirmación pero**, al

mismo tiempo, **se niegan a asistir a la clase de Religión** con el pretexto de que de esta forma tienen más tiempo para dedicar al resto de asignaturas. De esta manera, se devalúa el profundo significado y alcance de la formación religiosa en el ámbito de la esc

Teniendo presente lo anterior, y aunque el Directorio diocesano de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana no explicita la necesidad de asistir a la clase de Religión como requisito para recibir el Sacramento de la Confirmación, **quiero expresar mi convencimiento de la necesidad de la asistencia a clase de Religión como un medio más de formación previo a la recepción del Sacramento**. En el caso de que, por diversas circunstancias, el candidato no asistiera a la clase de Religión debería sopesarse su situación, tratar de convencerle de la contradicción de la misma y, en todo caso, sería exigible un complemento a ese déficit pues no es igual la situación objetiva del que asiste a la clase de Religión que la del que no asiste

Con esta breve carta quiero, pues, recordar a los padres, alumnos y profesores los derechos y deberes sobre la formación religiosa y su importancia como un medio más en la preparación de los candidatos a recibir la Confirmación. De manera especial, pido a los párrocos, quienes tan fielmente dirigen sus parroquias, que ayuden a los padres de familia a preparar a sus hijos para que reciban el Don del Espíritu Santo con las mejores disposiciones y la mejor preparación.

Que Dios os bendiga a todos.

En el III Domingo de Pascua: Nuestras comunidades y la primitiva comunidad cristiana

22 abril 2012

Queridos diocesanos:

El Tiempo pascual que estamos celebrando nos da la oportunidad de reconstruir y conocer la experiencia de la primitiva comunidad cristiana entorno a los apóstoles.

En el Evangelio que la Iglesia nos propone para el III Domingo de Pascua descubrimos en la primera comunidad **cuatro notas** que, de alguna forma, son -en numerosas ocasiones- el vivo retrato de nuestra misma experiencia de creyentes:

- Aquellos discípulos estaban **llenos de miedo**, con las puertas cerradas por miedo a los judíos; les asusta cualquier presencia o llamada, y temen que -por ser los seguidores de Jesús- les persigan.

- Eran personas **llenas de dudas**, pues llegan a confundir a Jesús con un fantasma, y no acaban de creerse su Presencia. Esto hace que Jesús tenga que mostrarles sus manos, pies y costado para que crean realmente que era Él.

- La nueva presencia de Jesús resucitado les hace **entender** todo lo que Él les había dicho sobre su muerte y resurrección; ahora, por fin, saben que está vivo.

- Cuando han entendido que Cristo ha resucitado se lanzan a **proclamarlo** 'a los cuatro vientos'; el Resucitado los ha transformado en valientes testigos de su resurrección.

Si estas cuatro notas las trasladásemos a nuestra experiencia de creyentes, podríamos ver que -en las dos primeras- coincidimos y nos identificamos con ellos, mientras que las otras dos son para nosotros una fuerte llamada.

En efecto, si de miedo se trata, nosotros damos la impresión -por nuestra forma de actuar- de que estamos llenos de toda clase de miedos (al ambiente, a confesarnos creyentes, al 'qué dirán', al compromiso cristiano, etc.); si, además, de dudas se trata, nosotros somos campeones pues dudamos de todo lo que no podemos comprobar experimentalmente; creemos pero no acabamos de estar plenamente convencidos. ¡Tantas de estas dudas vienen de nuestra falta de formación cristiana! A esta falta de formación debemos sumar el temor a los que opinan distinto que nosotros; el temor a ser señalados en un ambiente social en el que priman otros valores.

Vemos, pues, cómo en los miedos y en las dudas nos parecemos a aquellos discípulos asustados. Ahora bien, hay dos actitudes que se dieron en ellos y que nosotros necesitamos especialmente: por una parte, la Presencia del Señor les hizo cambiar de actitud, se dejan tocar por Él; por otra, dejan que Jesús les explique, comprenden el significado de todo lo sucedido y creen en Él.

Nosotros, cristianos del S. XXI, necesitamos urgentemente acercarnos a Jesús y dejarnos tocar por Él sin miedos; sentimos la necesidad de conocerlo con mayor profundidad y de formarnos cristianamente para poder dar razón de nuestra fe, sabiendo ofrecer razones para la esperanza a aquellos que desprecian nuestro modo de vivir, pensar y creer. Es urgente, hermanos, que nos formemos para que no nos hagan daño las opiniones contrarias infundadas y, así, nos mantengamos firmes en la fe.

Además, otra actitud que vemos en los protagonistas del Evangelio de este Domingo y que a nosotros nos falta es que -al encontrarse con Jesús- se transforman, convirtiéndose en sus testigos valientes, sin miedo a nada ni a nadie, proclamando a todos que Cristo vivo da sentido a toda vida. Nosotros hemos recibido la misma misión el día de nuestro Bautismo: vivir nuestra vida desde la fe, desde los valores del Evangelio, no guardárnosla sino comunicándola a los demás. Sí, también cada uno de nosotros debemos ir por el mundo entero y ser portadores de la vida y la Palabra del Señor, siendo testigos del Resucitado.

Vivamos en profundidad y con coherencia la fe, hermanos, y seamos testigos de que Cristo vive en nosotros y da sentido a toda nuestra vida.

¡Feliz Domingo de Pascua! Que la Paz del Resucitado inunde vuestros corazones.

En la XLIX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones: *"Las vocaciones, don de la caridad de Dios"*

29 abril 2012

Queridos diocesanos:

Este IV Domingo de Pascua, Domingo del Buen Pastor, celebramos la XLIX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones con el lema: *"Las vocaciones, don de la caridad de Dios"*.

La fuente de todo don perfecto es Dios-Amor. El don de la vocación procede de Dios; ha sido Él quien nos ha elegido desde siempre, *"antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor"* (Ef 1, 4) Y lo hizo movido exclusivamente por su amor incondicional. Él nos creó de la nada para llevarnos a la plenitud en Él.

Toda vocación nace de la iniciativa de Dios, es un don, un puro regalo del amor de Dios. Él es siempre quien da el primer paso, y no precisamente como exigencia o como consecuencia de nuestra valía o bondad personales, sino en virtud de su amor que ha sido derramado en nuestros corazones. Por eso, en el origen de toda llamada, de toda vocación, está la iniciativa del amor infinito de Dios que se manifiesta plenamente en Jesucristo. Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos con su amor.

Nuestra historia personal como cristianos -aunque, especialmente, las personas consagradas- es una historia de amor de Dios con cada uno de nosotros. Somos lo que somos no por nuestros méritos, por nuestra valía o nuestra bondad sino por la caridad divina. El amor que Él nos tiene se ha manifestado en la entrega total de Sí mismo; por ello, a eso mismo nos llama a nosotros: a la entrega total de todo lo que somos y tenemos para vivir nuestra fe, y para que los demás puedan descubrir a través nuestro el amor que Dios les tiene.

Esta conciencia del amor oblativo de Cristo y del amor de entrega que nos pide para con Él y para con los hermanos sólo se puede entender, vivir y alimentar desde la oración, desde el trato asiduo con Dios, verdadero Manantial que sacia nuestra sed espiritual más profunda.

Queridos sacerdotes, religiosos, padres, catequistas y todos cuantos tenemos la misión de transmitir el mensaje de Cristo a las futuras generaciones: es necesario que estemos muy atentos y prestemos verdadera atención a todos aquellos que en las comunidades parroquiales, las asociaciones y movimientos podamos percibir con signos de vocación al sacerdocio o a la vida consagrada para alentar, animar y alimentar esa incipiente vocación que Dios puede haber sembrado en sus corazones. Hemos de crear en la Iglesia diocesana las condiciones favorables para que puedan aflorar tantas respuestas generosas a la llamada del amor de Dios, de modo que puedan distinguir la llamada divina en medio de tantas voces, ruidos y *'cantos de sirena'*. Las Iglesias locales debemos aprender a ser lugares de discernimiento y de profunda verificación vocacional.

Además, todos debemos perder el miedo y hacer la propuesta explícita vocacional al sacerdocio o a la vida religiosa a los jóvenes que veamos con signos de vocación, aunque sean muy iniciales. Ahora bien, como os decía esta propuesta vocacional hemos de hacerla todos: los **sacerdotes, religiosos y religiosas** con nuestra palabra y con nuestras vidas vividas con alegría y hondura. Corresponde a los **catequistas** hablar a los jóvenes de lo importante que es para ellos el planteamiento de su propia vocación, para que la vida y la sociedad no les lleven por otros caminos lejos de la senda divina sino que sea Dios quien prime en sus vidas e inspire sus pasos cotidianos.

Sois vosotros, queridos **padres**, los que debéis hacer la propuesta vocacional a vuestros hijos, no mostrándoles como primer valor la posibilidad de vivir la vida desde la comodidad, el prestigio o el dinero sino desde la fe. Esta propuesta es, finalmente, tarea de toda la **comunidad cristiana**, con su valoración y aprecio por las vocaciones religiosas y sacerdotales, con nuestra oración constante por los llamados por Dios.

En esta XLIX Jornada Mundial de Oración por la Vocaciones pidamos especialmente por los jóvenes, para que sean generosos a la hora de plantearse y vivir su vida como respuesta a la vocación a la que Dios les llama; así mismo, pidamos al Buen Pastor que envío obreros a su Iglesia para que siga habiendo en nuestra comunidad personas que, con el testimonio de su vida y el ministerio de la Palabra, orienten a muchos que viven desorientados, sin Dios, hacia el único Dueño y Señor de nuestros corazones, de modo que se conviertan y se salven.

Que Dios os bendiga a todos.

VICARÍA GENERAL

CARTAS

Santa Misa Crismal

Soria, 12 de marzo de 2012

Muy estimados en el Señor:

El próximo **día 4 de abril**, Miércoles Santo, tendrá lugar la celebración de la **Santa Misa Crismal** en la **Catedral** de la Diócesis en El Burgo de Osma, a las **12.00h**.

Los sacerdotes, seculares y religiosos, estamos particularmente convocados a esta celebración eucarística pues tiene un profundo sentido sacerdotal que nos brinda una nueva ocasión para expresar nuestra comunión como Presbiterio diocesano con el Obispo.

Ese mismo día, previo a la Misa Crismal, los sacerdotes tendremos la **celebración comunitaria del Sacramento de la Penitencia**. Será, como siempre, en la **Capilla Mayor del Seminario**, a las **11.00h**., y la presidirá el Sr. Obispo.

La **comida fraterna** será en el **Seminario** a las **14.00h.** Por cuestiones organizativas, es necesario comunicarlo con antelación al Administrador (tel. 975 34 00 00) **antes del miércoles 28 de marzo**.

Por último, os recuerdo que la colecta del Viernes Santo será destinada al sostenimiento de los Santos Lugares y de las Comunidades católicas que viven en Tierra Santa.

A todos deseo una fructuosa preparación para las fiestas pascuales.

EL VICARIO GENERAL
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

Para preparar el Consejo presbiteral

Soria, 15 marzo 2012

Queridos hermanos:

Permitidme unas breves palabras para anunciaros que el próximo **17 de abril** tendrá lugar en la **Casa Diocesana de Soria** la segunda sesión del Consejo presbiteral del presente curso en el que tendremos como tema principal el estudio y reflexión del segundo capítulo de los *Lineamenta* para la XIII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos: *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana,* que se celebrará en Roma el próximo mes de octubre.

El pasado 8 de marzo la Comisión permanente del Consejo decidió que para esta segunda sesión se respondiese a las siguientes cuestiones, de manera que los respectivos representantes puedan presentar los resultados en la sesión plenaria del Consejo que tendrá lugar, como queda dicho, el próximo 17 de abril:

1 ¿Qué iniciativas concretas debemos proponer a los padres para que logren ser verdaderos educadores en la fe de sus hijos?

2 Los sacerdotes somos los principales agentes de la evangelización: ¿cómo estamos trabajando para garantizar una catequesis que ayude y facilite el encuentro de la persona con Jesucristo? Si apreciamos que a la catequesis le falta esta orientación esencial, ¿qué debemos y podemos hacer en este campo con los niños, jóvenes y adultos?

3 ¿Puede decirse que la urgencia de un nuevo anuncio misionero se ha transformado en un componente habitual de las acciones pastorales de las comunidades? ¿Existe la convicción de que la misión debe ser vivida también en nuestras comunidades cristianas locales, en nuestros contextos normales de vida?

Ruego, pues, a los Sres. Arciprestes que, en los próximos días, convoquen a los sacerdotes de su zona para debatir sobre el cuestionario que se adjunta.

Agradeciendo de antemano vuestra colaboración, recibid un cordial saludo,

EL VICARIO GENERAL
Gabriel-Ángel Rodríguez Millán

SECRETARÍA GENERAL

FE DE ERRATAS

En la Guía Diocesana 2012, publicada a comienzos del presente año, se omitió de forma involuntaria hacer mención de D. Floriano Lallana Carro como sacerdote integrante de la UAP El Burgo de Osma-Retortillo, junto a D. Emiliano del Cura, D. Vicente Molina y D. José Sala (cf. p. 128).

IN MEMORIAM

Sor Mª Jesús Yagüe Herrero, clarisa

El 6 de abril, Viernes Santo, cuando pasaban unos minutos de las once de la mañana, fallecía en el Monasterio de las Hermanas Clarisas de Soria la religiosa Sor María Jesús (en el siglo, Purificación) Yagüe Herrero a lo ochenta y ocho años de edad. Lo hacía tras haber recibido plenamente consciente los Sacramentos de la Penitencia, la Eucaristía y la Unción, y después de unas semanas de "*purificadora enfermedad*". Al día siguiente, en la mañana del Sábado Santo, tenía lugar el entierro de sus restos mortales. La celebración estuvo presidida por el P. Francisco Jimeno Martínez, delegado episcopal de vida consagrada y capellán del Monasterio; junto a él concelebraron otros cinco presbíteros diocesanos. Asistieron, así mismo, numerosos familiares de Sor Mª Jesús, entre los que se encontraba su hermana religiosa Sor Milagros, Hija de la Caridad de San Vicente de Paúl. La Santa Misa exequial se celebró el lunes de Pascua.

Sor Mª Jesús había nacido el 17 de febrero de 1924 en la soriana localidad de Navaleno (Soria). Educada en una familia humilde y de profundas raíces cristianas, pronto sintió la llamada a la vida consagrada e ingresó en el Monasterio clariano de Santo Domingo, donde entregó su vida durante más de sesenta años.

VIDA DIOCESANA

Familia y vocación

Alrededor de treinta personas participaron durante la mañana del sábado 3 de marzo en la Jornada de reflexión sobre el tema "Familia y vocación", organizada por las Delegaciones episcopales de pastoral vocacional, y de familia y vida. El encuentro comenzó con un momento de oración en la capilla de la Casa diocesana "Pío XII", donde se desarrolló la Jornada. Tras la oración, la primera parte de la mañana estuvo dedicada a reflexionar en torno al magisterio eclesial sobre la relación entre pastoral familiar y pastoral vocacional; los encargados de desarrollar el tema fueron Rubén Tejedor Montón, delegado de pastoral vocacional, y José Sevillano, responsable de pastoral familiar. Al finalizar la ponencia, los participantes mantuvieron un diálogo e hicieron algunas preguntas a los dos delegados.

Tras un descanso, el segundo bloque de la Jornada estuvo dedicado a escuchar el testimonio de dos matrimonios de Ágreda, ambos miembros del Camino Neocatecumenal: Mª Jesús y Gumersindo, casados desde hace 57 años y con 4 hijas, alguna de ellas dedicando su vida como misionera en Japón; y Jesús Ángel y Mª Jesús, con 7 hijos, dos de ellos llamados a la vida sacerdotal y formándose en dos Seminarios *Redemptoris Mater* en Brasil. Los dos testimonios, profundos y conmovedores, dieron pie a los participantes a entablar un diálogo con los matrimonios, con el cual concluyó la Jornada cerca de las dos de la tarde.

Mons. Melgar Viciosa clausura el triduo de la UNER

El Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, celebró en la capilla de la comunidad de las Misioneras Eucarísticas de Nazaret (Nazarenas) de Soria una solemne Eucaristía el sábado 3 de marzo, vísperas del día en el que se cumplían los 102 años de la fundación de la UNER. Junto al prelado diocesano concelebraron varios sacerdotes, entre los que se encontraban Julián Callejo Matute, asesor espiritual de la UNER, y Rubén Tejedor Montón, formador del Seminario, encargado de dirigir el triduo de reflexión y oración previo a la conmemoración del 4 de marzo. De este modo, la Santa Misa ponía el broche de oro al triduo que se había celebrado en las tardes de los días 29 de febrero, 1 y 2 de marzo. Al finalizar la celebración, el Obispo, juntamente con los sacerdotes, las nazarenas y las Marías de los Sagrarios, compartieron un distendido encuentro en los comedores de la casa.

Consagrado el altar del beato Palafox

En la mañana del domingo 4 de marzo, II Domingo de Cuaresma, el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, presidió la Santa Misa dentro de la cual se desarrolló el solemne rito de la consagración del altar del beato Palafox. Mons. Melgar Viciosa afirmó sentirse "*lleno de alegría por consagrar este altar sobre el que se ofrecerá cada día el sacrificio*

de Cristo [...] *ante el que nuestro beato Palafox se sentía tan profundamente conmovido* [...] *y que era su único Amor"*. En su homilía, el prelado oxomense-soriano invitó a los presentes a *"revivir la propia consagración bautismal, bebiendo cada vez más profundamente del manantial vivificante de la gracia de Dios"*. *"El rito de la consagración de este altar,* afirmó Mons. Melgar Viciosa, *debe suscitar en nosotros el compromiso de crecer en el amor, en el discipulado y en nuestra entrega para ser testigos de la fe y de nuestra confianza en el Señor en medio de nuestro mundo"*. Al finalizar su homilía, el Obispo diocesano pidió al beato Palafox, *"cuyos preciosos restos reposan en este altar, que nos ayude a vivir y valorar la Eucaristía, como él la vivió, y a renovar nuestra vida cristiana cada día* [...] *comprometiéndonos a compartir con los más pobres y necesitados todo cuanto somos y tenemos, a ejemplo de nuestro beato"*.

El rito de la consagración del altar, profuso en signos ricos y expresivos, comenzaba tras la Liturgia de la Palabra. Como en los momentos solemnes, se iniciaba con la invocación de los santos, las letanías. Seguidamente, el Obispo diocesano pronunció la oración consecratoria.

Los ritos siguientes querían expresar el rico significado del altar; en primer lugar, lo referido a las reliquias, que en este caso ya estaban colocadas debajo del altar. A continuación, Mons. Melgar Viciosa desarrolló los ritos de unción, incensación, revestimiento e iluminación del altar, que expresan con signos visibles algo de aquella acción invisible que Dios realiza por medio de la Iglesia cuando ésta celebra los sagrados misterios, en especial la Eucaristía. Los *Prenotandos* explican su sentido: en virtud de la unción con el crisma, el altar se convierte en símbolo de Cristo; por el incienso quemado sobre el altar se significa que el sacrificio de Cristo, que se perpetúa allí sacramentalmente, sube hasta Dios como suave aroma, y también para expresar que las oraciones de los fieles llegan hasta Dios; el revestimiento del altar indica que el altar cristiano es ara del sacrificio eucarístico y al mismo tiempo la mesa del Señor, alrededor de la cual los sacerdotes y los fieles celebran el memorial de la muerte y resurrección de Cristo y comen la Cena del Señor; finalmente, la iluminación del altar advierte que Cristo es la «luz para alumbrar a las naciones». El culmen del rito de consagración se produjo ya en la Liturgia Eucarística, "que hace patente el misterio central de Cristo que da sentido al altar consagrado".

Hay que recordar que, con motivo de la Beatificación del Obispo Palafox, sus reliquias fueron exhumadas del sepulcro donde se encontraban hasta el año pasado en la capilla de la Inmaculada o de Palafox y fueron depositadas en una urna nueva, que fue colocada, a su vez, en el nuevo altar que el domingo 4 de marzo se consagró.

Crónica de la Semana de pastoral vocacional

Del 12 al 19 de marzo, la Diócesis de Osma-Soria desplegaba un completo programa de actos, enmarcados dentro de la Semana de pastoral vocacional, destinados a presentar a los niños, adolescentes y jóvenes la vida como vocación, y a acercarles las vidas ejemplares y entregadas de tantos matrimonios, consagrados y sacerdotes que intentan vivir su llamada a la santidad en su vocación específica.

La Semana arrancaba el lunes 12 de marzo. En esa jornada, el delegado episcopal de pastoral vocacional mantuvo un diálogo vocacional con los niños y adolescentes de la

parroquia de San Leonardo de Yagüe. El martes 13, los catequizandos de San Esteban de Gormaz eran los protagonistas del día. En los salones parroquiales de esa parroquia se proyectaron dos vídeos (uno para los más pequeños; otro para los confirmandos) con interesantes mensajes vocacionales, con el fin de realizar un cine-fórum. El Cine Rex, de la ciudad de Soria, fue el centro de la jornada del miércoles 14 de marzo; allí se estrenó el exitoso film *Popieluszko*. La parroquia de Almazán fue el punto de encuentro para la cuarta jornada de la Semana de pastoral vocacional. Allí, en la capilla de la residencia de ancianos atendida por las Hijas de la Caridad, los niños que participan en la catequesis de primera Comunión y los de Confirmación mantuvieron un encuentro de oración, concluido con un gesto vocacional. El viernes 16 de marzo el encuentro tuvo lugar en los salones parroquiales de Ágreda. Allí, los adolescentes que asisten a la catequesis de Confirmación pudieron escuchar el impactante testimonio vocacional de un sacerdote que, antes de ser ordenado, formaba parte de violentos grupos de jóvenes relacionados con los cárteles de la droga colombianos. El domingo 18 de marzo la Iglesia diocesana volvía sus ojos hacia el Seminario para pedir en esta Jornada (el Día del Seminario) por los niños, adolescentes y jóvenes que en él se forman. Cientos de feligreses, amigos y bienhechores del Centro vocacional diocesano participaron en la Santa Misa que, con este motivo, presidió el Obispo, Mons. Melgar Viciosa, en la parroquia de Santa Bárbara, de la ciudad de Soria. La Semana de pastoral vocacional se cerraba el lunes 19 de marzo, Solemnidad de San José, en la parroquia de El Burgo de Osma. A las once de la mañana, en la ermita de San Antón, los burgenses pudieron orar ante el Santísimo Sacramento por las vocaciones, especialmente al ministerio ordenado. Al finalizar este encuentro de oración, el Obispo diocesano presidía la Santa Misa que ponía el punto y final a toda una Semana de concienciación vocacional en toda la Diócesis.

Osma-Soria celebró el Día del Seminario 2012

En la mañana del domingo 18 de marzo, el día previo a la Solemnidad litúrgica de San José, patrono de los Seminarios, la Diócesis de Osma-Soria celebró el Día del Seminario. Bajo el lema *"El sacerdote, pasión por el Evangelio"*, la Comunidad del Seminario diocesano invitó a toda la Comunidad cristiana diocesana, así como a los amigos y bienhechores de la Casa, a la celebración de la Santa Misa que presidió el Obispo oxomense-soriano, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, en la parroquia de Santa Bárbara, de la capital soriana. En la celebración eucarística, que dio comienzo a las doce de la mañana, participaron todos los seminaristas, así como los profesores del Centro vocacional y centenares de fieles que llenaron el templo soriano.

En la Santa Misa, junto al Obispo diocesano, concelebraron el Rector y Formadores del Seminario, así como el párroco de Santa Bárbara, Manuel Peñalba Zayas. Al término de la Santa Misa, que fue amenizada por el coro juvenil parroquial, el Obispo, los formadores y seminaristas, algunos catequistas, niños y jóvenes, y el párroco de Santa Bárbara compartieron un aperitivo en los salones parroquiales. Cerca de las tres de la tarde, ya de vuelta a El Burgo de Osma, Mons. Melgar Viciosa quiso compartir en los comedores del Seminario diocesano la comida con los seminaristas y sus formadores.

Celebrado el encuentro de matrimonios jóvenes en El Burgo de Osma (Soria)

El sábado 24 de marzo tuvo lugar en el Seminario diocesano Santo Domingo de Guzmán, de El Burgo de Osma, el encuentro de matrimonios jóvenes convocado y preparado por el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, juntamente con la Delegación diocesana de familia y vida, dirigida por José Sevillano y Belén Rubio. Medio centenar de personas, con una treintena de hijos, participaron en este encuentro que se celebra por segundo año consecutivo en la Diócesis oxomense-soriana.

La jornada arrancaba pasadas las once de la mañana. Durante toda la mañana, los matrimonios se dedicaron a orar, trabajar y reflexionar en torno a lo que significa la vivencia del matrimonio cristiano. Cerca de la una del mediodía daba comienzo el momento fuerte de la mañana: la celebración del Sacramento de la reconciliación. A las dos y media de la tarde, todos los participantes en el encuentro (los matrimonios, los sacerdotes, el Obispo, los niños, las cuidadoras que atendieron el servicio de guardería, etc.) compartieron la comida en los comedores del Seminario. La tarde, desde las cuatro hasta pasadas las seis, momento en el que daba comienzo la Santa Misa, estuvo dedicada fundamentalmente al diálogo en pareja. Durante más de una hora, los esposos se pudieron detener a reflexionar sobre el estado de su vida matrimonial, de la vivencia de la fe en la familia, del cuidado de los hijos, etc. para terminar realizando un proyecto de vida en común. La jornada ha concluía con la Santa Misa que presidió Mons. Melgar Viciosa en la capilla del Seminario Menor; de este modo, pasadas las siete de la tarde, se daba por concluido este encuentro de matrimonios.

Celebrada el Asamblea diocesana de ANFE

La ANFE (Adoración Nocturna Femenina) celebró el sábado 24 de marzo su Asamblea diocesana anual con una gran participación de adoradoras que se dieron cita en el salón de conferencias de la Casa diocesana "Pío XII", de la capital soriana. Durante la mañana de trabajo, oración y reflexión se hizo un resumen de los últimos cuatro años (2008-2011) y, según manifestaron algunas adoradoras, "*se recordó con especial gratitud e ilusión la solemne celebración del 25 aniversario de ANFE en la Diócesis, que tuvo lugar el 2010*". Hecho el balance de los últimos años, se procedió a la elección de nueva presidenta para el próximo cuatrienio, siendo reelegida Milagros Blasco Rodríguez.

Entre los actos de la jornada destacó la presentación a todas las asistentes de la Misión diocesana, el proyecto evangelizador en el que se haya embarcada la Diócesis de Osma-Soria, siendo muy bien acogido por las adoradoras. Ya por la tarde, en la celebración de la Santa Misa que presidió el sacerdote Lázaro Blasco Rodríguez, se impuso la insignia de adoradoras a dos jóvenes que se han unido "*a la gran familia de la Adoración*".

Bendición de mujeres embarazadas

El día 26 de marzo (por haber sido el día 25, Domingo de Cuaresma) la Iglesia celebró la Solemnidad de la Encarnación del Señor. Era deseo del Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, como ya se hiciera en los dos años anteriores, que en esta jornada la Iglesia diocesana tuviera un especial recuerdo y bendición para las madres en gestación y sus familias. Por eso, en ese día, a las siete de la tarde, el Obispo diocesano presidió la Santa Misa en la iglesia de San Juan de Rabanera, en la ciudad de Soria. En dicha celebración Mons. Melgar Viciosa bendijo a las embarazadas pidiendo la protección de la Virgen de la Esperanza durante el embarazo y el parto, como también a las familias que imploran a Dios la gracia de un hijo o están en proceso de adopción.

Para las familias de las parroquias de fuera de la capital soriana y que no pudieron acercarse a esta celebración, la Delegación de familia y vida envió una oración a los presbíteros diocesanos para que pudieran convocar a las madres en gestación en las diferentes iglesias parroquiales de la Diócesis y así pudieran bendecirlas al final de la Santa Misa de ese día.

Jornada de oración y convivencia

El viernes 30 de marzo, en la Casa diocesana "Pío XII" de Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa compartió una jornada de oración y convivencia con treinta y cinco familiares y personas que atienden a los sacerdotes de la Diócesis oxomense-soriana. A las doce del mediodía, Mons. Melgar Viciosa dirigió el retiro, en el que el prelado aprovechó para presentar la Misión diocesana "*invitándonos a acogerla y vivirla con ilusión, participar en ella y orar por ella*", según declaró el delegado episcopal del clero, Manuel Peñalba Zayas. Finalizado el tiempo de retiro, el Obispo diocesano presidió la Santa Misa, en la que se pidió "*por todos los sacerdotes, también por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, y -muy especialmente- por los frutos de nuestra Misión diocesana*".

Convivencia de adolescentes y jóvenes en el pórtico de la Semana Santa

Durante todo el sábado 31 de marzo, más de sesenta adolescentes y jóvenes de la Diócesis participaron en una convivencia, preparada y dirigida por el Obispo oxomense-soriano, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, juntamente con la Delegación episcopal de infancia y juventud.

Los jóvenes comenzaron a llegar al Seminario diocesano (lugar donde se desarrolló el encuentro) pasadas las diez y media de la mañana. A las once y cuarto, cuando llegaba el grupo más numeroso desde la capital soriana, daba comienzo la convivencia. A lo largo de la mañana, los adolescentes y jóvenes reflexionaron en torno a su vivencia concreta de la fe; oraron y participaron en la celebración del perdón. De este modo, guiados por la palabra del pastor diocesano, pusieron a punto su fe joven al inicio de la Semana Santa.

Tras la celebración del Sacramento de la misericordia, todos -junto al Obispo, algunos sacerdotes y catequistas que les acompañaban- compartieron la comida en los comedores del Seminario. Tras un tiempo de descanso, la tarde estuvoo dedicada -después de haber visto algunos videos significativos- a reflexionar y a conversar en torno al "*gran tesoro de la fe, para hacernos caer en la cuenta de que debemos darlo y anunciarlo a los demás sin miedos ni complejos, con alegría*". El broche de oro de la convivencia tuvo lugar a las seis de la tarde, momento en el que Mons. Melgar Viciosa presidió la Santa Misa acompañado por Jesús F. Hernández Peña, Vicario episcopal de pastoral, y de Rubén Tejedor Montón, Formador del Seminario Menor y delegado episcopal de pastoral vocacional.

Ochenta presbíteros renuevan sus promesas sacerdotales en la Misa Crismal

En la mañana del 4 de abril, Miércoles Santo, en la puerta del Triduo Pascual, la Iglesia que peregrina en Osma-Soria celebraba, como acto central de la jornada, la Santa Misa Crismal en la S. I. Catedral de El Burgo de Osma a las doce del mediodía. La solemne concelebración eucarística estuvo presidida por el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa. Con él concelebraron ochenta sacerdotes, además de algunos religiosos.

En el transcurso de la celebración todos los presbíteros presentes renovaron, junto a su Obispo, las promesas hechas el día de su ordenación sacerdotal. En su homilía, Mons. Melgar Viciosa agradecía a sus sacerdotes ser "*los grandes defensores de los pobres, de los que sufren, de los que están pasando por grandes necesidades [...] a quienes estamos llamados a llevar el consuelo y la esperanza divinos*". Así mismo, expresaba públicamente su reconocimiento y gratitud "*por los más de 27000_ que habéis entregado a Cáritas para que ésta siga siendo el abrazo de la Iglesia a los que más sufren y peor lo están pasando en nuestra sociedad Soriana*".

Antes, a las once de la mañana, los sacerdotes diocesanos estaban convocados a participar en la celebración del Sacramento del perdón que presidió Mons. Melgar Viciosa en la capilla de Santo Domingo del Seminario diocesano. Al finalizar la Santa Misa todos los presbíteros presentes pudieron compartir una comida de hermandad en los comedores del Seminario diocesano.

Profesión temporal en el Monasterio carmelitano de San José de El Burgo de Osma

En la tarde del 15 de abril, II Domingo de Pascua, la Hna. María Belén del Niño Jesús, ocd, emitía su Profesión temporal según la Regla de Santa Teresa en el Monasterio de San José, de El Burgo de Osma. Lo hacía en el marco de la Santa Misa que daba comienzo a las seis de la tarde y que presidió el Vicario General de la Diócesis de Osma-Soria, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán. Junto al Vicario General concelebraron diez presbíteros más, entre los que se encontraba el provincial de los Carmelitas, P. Pedro Tomás Navajas.

Después de ser proclamado el Evangelio, Rodríguez Millán preguntaba a la Hna. María Belén acerca de su intención. Acto seguido, el presidente de la celebración dirigía la homilía, tras la cual tenía lugar el rito de la Profesión temporal (por tres años). Tras interrogar a la neo-profesa, ésta emitió la profesión de votos de pobreza, castidad y obediencia en las manos de la priora de la comunidad. A continuación, el Vicario General hacía entrega de las Constituciones de la Orden; finalmente, el padrino de la Hna. María Belén, Ramón Hernández Lobato, colocaba la corona virginal en la cabeza de la profesa.

Una vez finalizada la Santa Misa, y antes de bendecir a los presentes, Rodríguez Millán entonaba el *Te Deum*, canto de acción de gracias a Dios, momento en el que la Hna. María Belén se postraba en tierra y dos de las hermanas de comunidad -mientras volteaban las campanas del Monasterio- esparcían flores y pétalos de rosa sobre la religiosa que permanecía tumbada en el suelo. La tarde concluía con un encuentro de fraternidad en el locutorio de las religiosas.

Inicio de la Visita Pastoral de Mons. Melgar Viciosa a las UAPs de Berlanga de Duero y Bayubas de Abajo

El domingo 15 de abril de 2012, II Domingo de Pascua, el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, inició la visita pastoral a las UAPs de Berlanga de Duero y de Bayubas de Abajo visitando las parroquias de San Pedro Apóstol, en Tajueco, y La Asunción de Nuestra Señora, en Bayubas de Abajo. Comenzaba así un periplo que se prolongará durante la mayoría de los fines de semana hasta el 1 de julio, jornada en la que la Visita Pastoral será clausurada en la colegiata de Berlanga de Duero.

El Obispo diocesano llegaba a Tajuelo cerca de las once de la mañana. Un arco de ramas verdes y flores anunciaba que aquella comunidad esperaba a su padre y pastor. Recibido cariñosamente a la entrada del pueblo por el párroco, David Igualador Martínez, y por un nutrido grupo de fieles, el prelado fue saludando a todos los congregados para, a continuación, ir en procesión hasta el atrio de la iglesia parroquial, donde estaba preparada una mesa con el hisopo y el acetre, y el *Lignum Crucis*. Allí, un anciano, poeta y natural del pueblo, regaló a Mons. Melgar Viciosa una poesía cantada que había preparado personalmente. Ya dentro del templo, el párroco dio la bienvenida al Obispo diocesano y elevó una oración a Dios por él. Seguidamente, el prelado presidió la Santa Misa. Al final de la celebración, le fueron presentados a Mons. Melgar Viciosa los libros parroquiales para ser firmados y dejar constancia así de la Visita Pastoral. Una foto de familia como recuerdo de ese día daba por finalizada la presencia del Obispo en aquella comunidad parroquial.

Desde Tajueco el prelado se trasladó a Bayubas de Abajo. Allí, el párroco, en el nombre de toda la comunidad cristiana, saludó al Obispo como "*al que viene en el nombre del Señor*", presentando a continuación a las autoridades y a los fieles que le esperaban en el atrio de la iglesia parroquial. Mons. Melgar Viciosa besó el *Lignum*

Crucis, asperjó a los fieles allí reunidos y les agradeció ser recibido *"con tanto cariño"*. En Bayubas de Abajo el Obispo presidió la Santa Misa. Durante su homilía instruyó a los presentes sobre *"el verdadero significado de la visita pastoral"* y les animó a que continuasen siendo *"verdaderos creyentes, que fueran progresando de día en día en la preciosa tarea de la fe, tratando de vivirla cada día de forma más auténtica"*. También en esta parroquia, terminada la Santa Misa, Mons. Melgar Viciosa firmó los libros parroquiales.

Presentación de la campaña *I go to Seminary* y del Preseminario

En la mañana del miércoles 18 de abril, el Rector del Seminario diocesano, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán, presentaba ante los medios de comunicación provinciales dos de los futuros proyectos del Centro vocacional: la campa *I go to Seminary* (Yo voy al Seminario) y el Preseminario. Lo hacía un día después de que el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, explicase ambos proyectos a los miembros del Consejo presbiteral diocesano.

La campaña *I go to Seminary* está pensada, señaló el Rector del Seminario, *"para hacer pensar a los padres en la posibilidad de ofrecer a sus hijos una enseñanza de calidad en el Seminario Menor, comunidad educativa, cristiana y vocacional destinada a cultivar las semillas de vocación de aquellos niños y jóvenes con inquietud por descubrir qué es lo que Dios quiere de ellos; un lugar y un espacio donde madurar como persona"*. El Seminario, recordó Rodríguez Millán, *"tiene como finalidad primordial, sin excluir otras, la educación de niños y adolescentes que pueden tener una inquietud vocacional"*. Se requieren, por lo tanto, *"una serie de condiciones indispensables para formar parte de esa comunidad: apertura a la formación humana, cristiana y vocacional; capacidades y aptitudes para el estudio; y madurez de acuerdo con la edad del candidato"*.

El Rector del Seminario también presentó ante los medios el Preseminario, *"un cauce de acompañamiento vocacional que el Seminario brinda a aquellos niños y adolescentes que viven ordinariamente con sus familias y que asisten un fin de semana al mes al Seminario Menor para convivir con los seminaristas menores y plantearse su posible vocación al sacerdocio"*. El Preseminario *"quiere atender a aquellos chicos que están cursando 5º o 6º de Primaria, ESO o Bachillerato en sus respectivos centros escolares, viven con sus familias y han manifestado alguna inquietud por la vocación sacerdotal o no descartan el planteamiento de la misma"*. *"El medio fundamental de esta experiencia lo constituyen los encuentros que, con una periodicidad mensual se realizan en el Seminario de El Burgo de Osma. En un clima de convivencia con los seminaristas menores y acompañados por los formadores, estos chicos conocen de primera mano cómo es la vida en el Seminario Menor y cómo hay muchos chicos de su edad que, sintiendo lo mismo que ellos, han respondido generosamente a la llamada del Señor"*. De ahí que, según ha dicho Rodríguez Millán, el Preseminario quiera ser*"la cantera de futuros seminaristas, de manera que los chavales que opten por entrar en el Seminario lo hayan conocido previamente y tengan claro el ideario del Centro"*.

V Centenario del nacimiento de Diego Laínez

Almazán, localidad donde nació Diego Laínez, acogió el sábado 21 de abril el acto de apertura del V Centenario del nacimiento del que fuera el segundo General de la Compañía de Jesús. Con este motivo, ciclos de conferencias, una exposición, una mesa redonda y distintas celebraciones religiosas conmemorativas se sucederán en Almazán, Soria y Madrid.

El acto de apertura se inició a las doce de la mañana con la celebración de la Santa Misa en la iglesia parroquial de San Pedro (en Almazán), presidida por el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa. Junto a él concelebraron, entre otros, los Vicarios General y de Patrimonio de la Diócesis, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán y Juan Carlos Atienza Ballano, respectivamente; los sacerdotes que atienden esa parroquia; el Asistente del P. General de los Jesuitas para Europa Meridional, P. Joaquín Barrero Díaz; y el Provincial de Castilla, P. Juan Antonio Guerrero Alves. Después de la celebración eucarística se inauguró una placa conmemorativa en el colegio público que lleva su nombre y que se asienta en el terreno de la casa donde nació. Concluyó el acto con una ofrenda floral del prelado oxomense-soriano y de algunas autoridades políticas ante la estatua de Laínez.

Continuación de la visita pastoral del Obispo

El 22 de abril de 2012, III Domingo de Pascua, el Obispo de Osma-Soria, Mons. Gerardo Melgar Viciosa, continuaba con la visita pastoral a las Unidades de Atención Pastoral de Berlanga de Duero y Bayubas de Abajo. En esta ocasión, el prelado oxomense-soriano visitaba las parroquias de los Santos Cipriano y Justina, en Arenillas, y de La Asunción de Nuestra Señora, en Caltojar.

Crónica del Encuentro diocesano de catequistas

El lunes 23 de abril, en el Colegio de los PP. Escolapios, de Soria, se celebró el XX Encuentro diocesano de catequistas. En la jornada (en la que participaron más de 120 catequistas procedentes de distintas parroquias de la Diócesis) se reflexionó en torno al tema: "*La Lectio divina en la catequesis*".

La jornada comenzó a las once de la mañana con una oración y la presentación de la jornada por parte de Mario Muñoz Barranco, delegado episcopal de catequesis. A continuación, tuvo lugar la primera de las dos charlas impartidas por Juan Echeverría, Coordinador de Proyectos de Sociedad Bíblica. En ella el ponente explicó minuciosamente en qué consistía el método de la *Lectio divina* y sus cinco pasos: lectura, meditación, oración, contemplación y acción. Después de un descansó llegó la segunda conferencia. En ella, el ponente aplicó el método de la *Lectio* a la parábola del tesoro escondido (Mt 13, 44). Posteriormente, le fueron formuladas al conferenciante distintas preguntas sobre el método de lectura explicado, especialmente sobre cómo aplicarlo a las catequesis con niños y jóvenes.

Una vez finalizada la mañana tuvo lugar la comida en el comedor del Colegio. Fue un momento para reponer fuerzas, pero sobre todo para dialogar y compartir experiencias entre todos los catequistas participantes en el encuentro. Después de una animada sobremesa nos dirigimos al templo parroquial en el que el Vicario episcopal de pastoral, Jesús F. Hernández Peña, invitó a los catequistas a colaborar la Misión diocesana, por tratarse de agentes de pastoral especialmente cualificadas para esta tarea. Llegadas las cuatro y media de la tarde tuvo lugar el momento central de la jornada, la celebración de la Santa Misa presidida por el Vicario General de la Diócesis, Gabriel-Ángel Rodríguez Millán (quién excusó la asistencia del prelado oxomense-soriano por hallarse en la XCIX Asamblea Plenario del Episcopado español). La celebración estuvo concelebrada por una docena de sacerdotes. En su homilía, Rodríguez Millán destacó la labor que llevan a cabo los catequistas y animó a todos a reflexionar para que el proceso de iniciación cristiana no se reduzca a una mera preparación para los Sacramentos.

Finalizada la Santa Misa, los participantes en el Encuentro emprendieron el regreso a sus lugares de origen *"llenos de gozo y alegría"*.

Iglesia
en España

OFICINA DE INFORMACIÓN

Nota final de la CCXXIII reunión de la Comisión Permanente de la CEE

1 marzo 2012

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXXIII reunión los días 28 y 29 de febrero de 2012.

Plan Pastoral

Uno de los temas del orden del día ha sido el nuevo Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española. El documento girará en torno a la nueva evangelización e integrará temas referentes a la Pastoral Juvenil, el Doctorado de San Juan de Ávila y el V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús. El texto pasa a la próxima Asamblea Plenaria para su estudio y eventual aprobación.

Segundo Catecismo de infancia: *Testigos del Señor*

El Presidente de la Subcomisión Episcopal de Catequesis, Mons. D. **Javier Salinas Viñals**, ha presentado el proyecto de un segundo catecismo de infancia-adolescencia, que podrá llevar por título *Testigos del Señor.* Este Catecismo irá destinado a niños de entre 10 y 14 años, para dar continuidad a *Jesús es el Señor,* concebido para la iniciación cristiana de los niños de 6 a 10 años y que fue aprobado por la Asamblea Plenaria en su reunión del 3 al 7 de marzo de 2008. El nuevo texto será presentado, previsiblemente, en la Comisión Permanente de otoño y posteriormente pasará a la Plenaria de noviembre.

Congreso de Pastoral Juvenil

Mons. D. **Carlos Osoro Sierra**, Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, ha presentado una serie de propuestas para la celebración de un Congreso Nacional de Pastoral Juvenil. La Permanente ha dado su visto bueno para que las propuestas pasen a la próxima Plenaria.

Congreso de Pastoral Hospitalaria

Mons. D. **Sebastián Taltavull Anglada**, Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral, ha presentado un proyecto para la celebración de un Congreso sobre Pastoral Hospitalaria. El Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios celebrará su Conferencia Internacional de este año sobre el tema *El Hospital, lugar para la Nueva Evangelización*. En este contexto, se propone el mencionado proyecto de Congreso, que trataría sobre la asistencia religiosa católica en los hospitales y se llevaría a cabo como acción de la Conferencia Episcopal Española a través de la Comisión Episcopal de Pastoral.

La próxima Asamblea Plenaria decidirá sobre el Congreso y sus posibles contenidos y fechas de realización.

Proyectos de iluminación de catedrales y otros templos

El pasado día 6 de febrero, el Cardenal Presidente de la CEE y el Presidente de la Fundación ENDESA firmaron un nuevo convenio (2012-2016) para la iluminación

de Catedrales y otros templos. La Comisión Permanente ha delegado en el Comité Ejecutivo que, en su próxima reunión, aprobará un primer grupo de proyectos concretos que se beneficiarán de este convenio.

Nuevos requisitos de la DECA

La Comisión Permanente ha aprobado los nuevos requisitos para la obtención de la DECA (Declaración Eclesiástica de Competencia Académica), expedida por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, y necesaria para ser Profesor de Religión Católica. En breve estarán disponibles en http://www.conferenciaepiscopal.es/index.php/deca-dei.html

Asamblea Plenaria, del 23 al 27 de abril

Los obispos han aprobado el orden del día de la XCIX Asamblea Plenaria, que se celebrará del 23 al 27 de abril de 2012. Por su parte, las Comisiones Episcopales han informado sobre el cumplimiento del Plan Pastoral vigente y se han revisado distintos asuntos de seguimiento.

Nombramiento Presidente Comité Nacional Diaconado Permanente

La Comisión Permanente ha nombrado al Obispo de Tenerife, Mons. D. **Bernardo Álvarez Afonso**, Presidente del Comité Nacional para el Diaconado Permanente.

Otros nombramientos

D. David González Fernández, laico de la Diócesis de Zamora, como Presidente General del *"Movimiento de Jóvenes Rurales Cristianos" (MJRC)*.

Dª Myriam Mª Inmaculada García Abrisqueta, laica de la Archidiócesis de Madrid, como Presidenta de *"Manos Unidas"*, prorrogando su mandato (que concluye el 19 de junio) hasta la celebración de la Asamblea Extraordinaria de dicha Asociación que tendrá lugar en el mes de octubre del año en curso.

D. Rafael Serrano Castro, laico de la Archidiócesis de Madrid, como Secretario General de *"Manos Unidas"*.

CONSEJO DE ECONOMÍA

Nota explicativa sobre los presupuestos de la Conferencia Episcopal Española y del Fondo Común Interdiocesano

1 marzo 2012

Presupuestos Conferencia Episcopal Española

INGRESOS

Nº CONCEPTO	AÑO 2012	AÑO 2011
1.- APORTACIONES DE LOS FIELES		
Donativos	5.000	5.000
2.- ASIGNACIÓN FONDO COMÚN		
FCI	2.439.080	2.439.080
3.- INGR. DE PATRIMONIO Y OTRAS ACTIVIDADES		
Alquileres Inmuebles	1.120.000	1.119.400
Financieros	100.000	150.000
Actividades económicas	537.000	506.100
4.- OTROS INGRESOS CORRIENTES		
Ingresos por Servicios	30.043	20.000
Ingresos de Instituciones Diocesanas	58.782	10.000
TOTAL INGRESOS ORDINARIOS	**4.289.905**	**4.249.580**

GASTOS

Nº CONCEPTO	AÑO 2012	AÑO 2010
1.- ACCIONES PASTORALES Y ASISTENCIALES		
Actividades pastorales	605.650	632.150
Ayuda a la Iglesia universal	217.650	217.650
Otras entregas a Instituciones Diocesanas	139.605	161.805
2.- RETRIBUCIÓN DEL CLERO		
Sueldos sacerdotales y religiosos	540.540	540.540
Seguridad Social	50.000	55.000
3.- RETRIBUCIÓN DE PERSONAL SEGLAR		
Salarios	1.529.460	1.448.935
Seguridad Social	300.000	320.000
4.- CONSERVACIÓN DE EDIFICIOS Y GASTOS DE FUNCIONAMIENTO	907.000	873.500
TOTAL GASTOS ORDINARIOS	**4.289.905**	**4.249.580**

Presupuestos Fondo Común Interdiocesano

El Fondo Común Interdiocesano se constituye a partir de dos partidas: Fondos provenientes de la Asignación Tributaria y aportaciones de las Diócesis en función de su capacidad potencial de comunicación de bienes

La crisis económica está teniendo un impacto relevante en la recaudación del IRPF y, concretamente en la cuota íntegra del impuesto, base de la asignación. Desde 1988 y hasta 2007, el IRPF creció en nuestro país a una tasa media anual del 7,7%, según datos de la agencia tributaria. Por el contrario, en los dos últimos años, la cuota íntegra ha descendido un 2,5% y un 2,3% respectivamente (una disminución acumulada de 3.800 millones de euros).

Esta situación de gran incertidumbre conlleva que a la fecha de la celebración de la Asamblea Plenaria de noviembre sea imposible disponer de una estimación fiable de los recursos económicos con los que se va a contar para elaborar el presupuesto del Fondo Común Interdiocesano.

Para el presente ejercicio 2012, el Consejo de Economía de la Conferencia Episcopal Española, según las directrices marcadas por la Asamblea Plenaria y a la luz de los datos de la Asignación Tributaria recientemente presentados, ha elaborado el presupuesto del Fondo Común Interdiocesano, manteniendo la misma cantidad de dotación inicial, a pesar de haber disminuido el importe recaudado en 1,2 millones.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que con cargo a los ingresos provenientes de la Asignación Tributaria (248,3 millones), además del reparto del Fondo Común (231,6 millones), se atiende a tres partidas:

- La aportación a las Cáritas Diocesanas. Dicha partida se ha incrementado en un 25% para este año 2012 hasta 5 millones de euros.
- Las campañas de comunicación (Asignación Tributaria y Día de la Iglesia Diocesana).
- La compensación del IVA, derivado de la renuncia a la exención prevista en los Acuerdos.

Ello supone necesariamente la reducción de las partidas destinadas a campañas de comunicación y a compensación por IVA (en total 11,7 millones).

A efectos informativos, conviene destacar que la renuncia a la exención por IVA por ejecuciones de obra supuso, en 2010, un incremento de gastos que ascendió a 26.841.549 €, correspondiendo 10.324.956 € a construcciones de templos nuevos y 16.516.593 € al IVA soportado en obras de rehabilitación. Los datos relativos a 2011 se están recibiendo en estas semanas. Para poder calcular el efecto total de la renuncia a la exención habría que sumar las cantidades derivadas de la renuncia a la no sujeción de IVA de los objetos destinados al culto (velas, ornamentos, bancos de iglesia, etc.), cuyo importe se desconoce.

En el apartado de gastos, hay que señalar que las partidas que figuran no son conceptos directo de gasto sino criterios de asignación de fondos a las Diócesis en función de sus necesidades objetivas. Cada Diócesis, una vez recibida la cantidad global por los distintos conceptos, procede a su reparto atendiendo a las normas propias de organización económica diocesana.

INGRESOS

Nº CONCEPTO	AÑO 2012	AÑO 2011
2.- FONDO COMÚN INTERDIOCESANO		
Asignación Tributaria	231.593.000	231.593.000
Aportación de las Diócesis	15.248.244	15.196.288
TOTAL INGRESOS ORDINARIOS	**246.841.244**	**246.789.288**

GASTOS

Nº CONCEPTO	AÑO 2012	AÑO 2011
1.- ACCIONES PASTORALES Y ASISTENCIALES		
Reparto Lineal	22.892.820	22.892.820
Actividades pastorales	35.209.740	35.149.776
Actividades asistenciales	1.654.236	1.654.236
Ayuda a la Iglesia universal	1.261.449	1.261.449
Instituciones Santa Sede	495.913	495.913
Otras entregas a Instituciones:		
- Presupuesto Conferencia Episcopal	2.585.425	2.585.425
- Ayuda Diócesis Insulares	523.735	523.735
- Conferencia de Religiosos	1.050.198	1.050.198
2.- RETRIBUCIÓN DEL CLERO		
Sueldos de Sacerdotes y Obispos	154.525.236	154.533.244
Seguridad Social y otras prestaciones sociales		
Sacerdotes y Obispos	18.224.108	18.224.108
4.- APORTACIONES A LOS CENTROS DE FORMACIÓN		
Seminario	2.714.098	2.714.098
Otros	5.695.286	5.695.286
TOTAL GASTOS ORDINARIOS	**246.841.244**	**246.789.288**

OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA CEE

Campaña del Seminario

13 de marzo de 2012

En el curso 2011-2012 se ha producido un aumento, en términos absolutos, de 51 seminaristas mayores, lo que supone un incremento porcentual del 4,2% respecto al curso inmediatamente anterior. El número total de seminaristas que hay en España, en el curso 2011-2012, es de 1.278.

Pasión por el Evangelio

Las diócesis españolas celebran el 19 de marzo, festividad de San José, el Día del Seminario. Este año se ha elegido como lema "Pasión por el Evangelio". Y como imagen, en el cartel, los jóvenes en Cuatro Vientos levantando la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud, momentos antes de que **Benedicto XVI** clausurara la JMJ de Madrid 2011.

Un día antes, el Papa se encontraba con los seminaristas españoles en la Catedral de La Almundena. En la homilia, el Santo Padre reconocía emocionado que al verlos, "compruebo de nuevo cómo Cristo sigue llamando a jóvenes discípulos para hacerlos apóstoles suyos, permaneciendo así viva la misión de la Iglesia y la oferta del Evangelio al mundo".

Una Jornada que se celebra desde el año 1935

El "Día del Seminario" se celebra desde el año 1935. Desde entonces, cada año la Jornada llega con un nuevo lema pero con el mismo objetivo, suscitar vocaciones sacerdotales mediante la sensibilización, dirigida a toda la sociedad, y en particular a las comunidades cristianas.

La mayoría de las diócesis celebran el "Día del Seminario" el 19 de marzo. Pero, como San José no es fiesta civil en todas las comunidades autónomas de España, desde hace un par de décadas se celebra el 19 de marzo y también el domingo más próximo. Con todo, la Iglesia ha conservado para la festividad de San José el carácter del día de precepto.

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE

Notificación sobre algunas obras del Prof. Andrés Torres Queiruga

30 marzo 2012

Introducción

1. En repetidas ocasiones han llegado a la Conferencia Episcopal Española consultas sobre la conformidad de los escritos del Prof. Rvdo. D. Andrés Torres Queiruga con la enseñanza de la Iglesia Católica. Tras un estudio de su abundante producción literaria, la Comisión Episcopal para la Doc-

trina de la Fe ha mantenido un diálogo extenso y detenido con el Autor, después del cual ha considerado necesario ofrecer una clarificación sobre su pensamiento teológico, tomando como referencia algunas de sus obras dedicadas a la Revelación [1], al diálogo de las Religiones [2], y a la Resurrección [3].

2. Un rasgo característico de los escritos del Profesor Torres Queiruga es la preocupación por "repensar" la enseñanza tradicional de la Iglesia con un doble propósito: mostrar de modo comprensible para el hombre de hoy en qué consiste la experiencia de la que habla el anuncio cristiano y expresan las formulaciones de la fe; y presentar una imagen de Dios que, en lugar de suscitar miedo, permita reconocerlo como "todo amor", y una imagen del cristianismo que le permita no ser excluido del diálogo cultural y religioso. Tal preocupación es, sin duda, loable, pero habría de realizarse siempre sin reducir la fe cristiana a las categorías de la cultura dominante que pudieran eliminar u oscurecer la novedad introducida por la Encarnación del Hijo de Dios.

1. El llamado "nuevo paradigma"

3. La preocupación por reformular el dogma lleva a Torres Queiruga a proponer un "nuevo paradigma", según el cual una noción correcta de creación debe respetar y fundar la autonomía de las leyes de la naturaleza [4], pues no sería necesario aceptar ya "intervenciones puntuales" de Dios en el mundo [5]. Esto lleva al Autor a rechazar los milagros e incluso la resurrección de Jesucristo como milagro susceptible de pruebas empíricas [6].

4. La enseñanza de la Iglesia sostiene la clara distinción entre el mundo y el Creador como fundamento de la posibilidad de que Dios intervenga más allá de las leyes que Él mismo ha establecido [7]. Como recordaba Juan Pablo II respecto a los milagros de Cristo: «Está claro que el verdadero obstáculo para aceptarlos como datos, ya de historia ya de fe, radica en el prejuicio antisobrenatural [...] Es el prejuicio de quien quisiera limitar el poder de Dios o restringirlo al orden natural de las cosas, casi como una auto-obligación de Dios a ceñirse a sus propias leyes. Pero esta concepción choca contra la más elemental idea filosófica y teológica de Dios, Ser infinito, subsistente y omnipotente, que no tiene límites, sino en el no-ser y, por tanto, en el absurdo» [8]. Es cierto que Dios actúa siempre sosteniendo y guiando al mundo, pero ello no excluye que establezca una relación viva con

[1] *Repensar la revelación. La revelación divina en la realización humana*, Trotta, Madrid 2008, 574 pp. [=*Revelación*].

[2] *Dialogo de las Religiones y autocomprensión cristiana*, Sal Terrae, Santander 2005, 151 pp. [= *Religiones*].

[3] *Repensar la resurrección. La diferencia cristiana en la continuidad de las religiones y de la cultura*, Trotta, Madrid ^{3}2005, 374 pp. [= *Resurrección*].

[4] *Resurrección*, 110-111.

[5] Cf. *Resurrección*, 104-105.

[6] Cf. *Resurrección*, 33.

[7] En el siglo XIX, el Concilio Vaticano I, en la Constitución *Dei Filius*, habló de los milagros como ayudas para la Revelación (cf. DH 3009) y declaró condenada la negación de su posibilidad (cf. DH 3034). En la época de la controversia modernista, de nuevo se tuvo que recordar esta verdad (cf. DH 3485). El Concilio Vaticano II ha vuelto a hablar de los milagros en la Constitución *Dei Verbum* 4.

[8] Juan Pablo II, *Catequesis* del 9-XII-1987, 7 en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, X, 3 (1987) 1359.

el hombre en la historia, en la que cabe una Revelación de Dios con nuevas palabras y obras que culmina en la Encarnación.

5. En este nuevo paradigma no parece quedar clara la distinción entre creación y salvación [9]. Explica el Autor: «Pero si tomamos en serio la relación Creador-creatura, debemos contar con que a la "naturaleza" de ésta pertenece Dios, no ciertamente como pertenencia mundana, sino como fundación trascendente de su mismo *ser*. Dios no está "fuera", pues *como Creador* está siempre sustentando a la creatura; y, creando *por amor*, no está jamás pasivo ni le es indiferente, sino que, por su parte, es presencia salvadora e iluminadora *desde siempre y para todo hombre y mujer*» [10].

6. Sin embargo, la enseñanza de la Iglesia nos recuerda que se debe salvaguardar la novedad de la vida en el Espíritu que Cristo nos alcanza. La explicación teológica del Autor sería aceptable siempre que no redujera la gracia y la bienaventuranza a un mero desarrollo de la naturaleza [11], como si la existencia cristiana consistiera simplemente en hacer explícito lo que ya está implícito. La Revelación expresa la novedad de la vida comunicada por el Espíritu Santo, presentándola como "una nueva creación" (cf. 1 Tm 3, 4-7; Ef 4, 17-24; 2 Cor 5, 17) [12]. La misma creación en Cristo (cf. Col 1,16) y la vocación de todo hombre a Dios (cf. GS 22) nos hablan de esa profunda y siempre novedosa perfección de la gracia como vocación última del hombre. De hecho, la conservación de las criaturas por parte de Dios [13] no agota toda la acción divina, pues «"sin el Creador la criatura se diluye"; menos aún ella puede alcanzar su fin último sin la ayuda de la gracia» [14].

2. Problemas referentes a la Revelación

7. Para exponer su paradigma, el Autor distingue entre la fe de la Iglesia y las diversas interpretaciones que pueden darse de ella, y aboga por la "remodelación en la estructura del conjunto" [15]. Según él,

[9] Cf. *Resurrección*, 12. En este sentido para el Autor toda la historia es historia de la salvación en cuanto el ser humano acoge la iniciativa de Dios (cf. *Revelación*, 423), pero esta iniciativa no puede consistir en intervenciones puntuales de Dios (cf. *Revelación*, 202) y se tiende a identificar con la conservación de la criatura por parte de Dios (cf. *Revelación*, 430).

[10] *Revelación,* 242.

[11] El Magisterio de la Iglesia tuvo que recordar en diversos contextos estas verdades, como en el Concilio de Vienne, cuando se enseña que no se puede alcanzar la bienaventuranza sin el don gratuito del *lumen gloriae* (cf. DH 895); o frente al sínodo de Pistoya, afirmando que la primera santificación del hombre que Dios le otorgó no era algo debido o consecuencia de su naturaleza (cf. DH 2616); o en la Encíclica *Humani generis* de Pío XII, sosteniendo que la creación de criaturas intelectuales no conlleva de por sí la ordenación a la visión beatífica (cf. DH 3891). Más recientemente, al investigar las causas de algunos errores en el campo de la oración cristiana, la Congregación para la Doctrina de la Fe recordó las desviaciones gnósticas para las que la gracia era un bien natural del alma, de modo que no haría falta implorarla a Dios como don (cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Orationis formas*, 8 en Id., *Documentos 1966-2007* (ed. E.Vadillo Romero) [=Doc.] 70, 15/463).

[12] Cf. Concilio de Trento, *Decreto sobre la justificación*, cap. 7 (DH 1528-1529).

[13] La presentación que hace el Autor de la conservación divina tiene alguna expresión confusa, como la citada afirmación de que a la "naturaleza" de la criatura pertenece Dios como fundación trascendente de su ser (cf. *Revelación,* 242), lo cual no muestra con claridad la distinción *re et essentia* entre Dios y las criaturas que enseña el Concilio Vaticano I (DH 3001; 3023-3025; cf. también DH 2846).

[14] *Catecismo de la Iglesia Católica* [= CCE] 308.

[15] *Resurrección*, 27.

«superada la concepción de la "revelación como dictado", somos muy conscientes del carácter necesariamente interpretado de toda la revelación bíblica; más aún, de la pluralidad de "teologías" que la habitan, con la consiguiente mediación de la cultura ambiental [...] podrían haber sido muy distintas de haberse extendido el evangelio en otros ámbitos [...] seguirían siendo "las mismas" – es decir, traducción de la misma experiencia fundamental -, pero resultaría, con toda seguridad, muy difícil ver su parecido con las actuales» [16]. También tiende a interpretar la infalibilidad como característica más de actuaciones que de proposiciones porque en realidad éstas requieren un contexto muy determinado vinculado a una serie de supuestos teóricos que «ni son ni pueden ser los nuestros» [17].

8. La enseñanza católica sobre la Revelación, expresada con la autoridad del Concilio Vaticano II, afirma que el lenguaje religioso no es simplemente la expresión de una experiencia determinada de Dios, sino que proporciona información objetiva sobre Él [18]. Si no fuera así, las formulaciones dogmáticas de la Iglesia dependerían completamente de la cultura de su entorno y se limitarían a ser meras aproximaciones a la verdad sobre Dios [19], que permanecería siempre oculto en un apofatismo radical [20]. La Iglesia ha enseñado los límites de nuestro lenguaje acerca de Dios [21], pero ha puesto en guardia ante tales extremos.

9. A partir de las premisas anteriores, la Revelación, según el Autor, se debe entender como un "caer en la cuenta" de lo que ya está en la persona: «Como Sócrates, el profeta o el fundador religioso no "meten" en sus oyentes algo externo que les sea ajeno, sino que les ayudan a caer en la cuenta, a "dar a luz" – "mayéutica" es el arte de la comadrona- lo que ellos o ellas ya son en su realidad más íntima, desde la presencia viva y actuante de Dios en la creación y en la historia (en esto ultimo radica la diferencia con la mayéutica griega)» [22].

10. El profesor Torres Queiruga quiere romper con una concepción de la Revela-

[16] *Religiones*, 96-97.

[17] *Revelación*, 491.

[18] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Notificación sobre la obra «Jesus Symbol of God» del P.Roger Haight, sj*, I (Doc. 104, 11/760).

[19] La Congregación para la Doctrina de la Fe en *Mysterium Ecclesiae* enseñó que las fórmulas dogmáticas no son meras aproximaciones (cf. Doc. 17, 20/83) y se ha opuesto a un relativismo dogmático tanto en la notificación sobre Leonardo Boff (cf. Doc. 58, 14/319) como en la *Dominus Iesus* 4 (cf. Doc. 90, 7-8/614-615). Este relativismo de hecho disuelve la verdad acerca de Dios en el entorno cultural y filosófico de cada momento, como se tuvo que recordar a Tissa Balasuriya (cf. Doc. 83, 19/568) y a Jon Sobrino (cf. Doc. 106, 10/770-771).

[20] Las indicaciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe acerca de las obras de Tony de Mello (cf. Doc. 85, 2/576) son muy significativas a este respecto, y no resulta extraño que el profesor Torres Queiruga haya dirigido la edición de sus obras completas y le cite elogiosamente en *Religiones*, 101, simplemente aludiendo a que se pueden haber producido algunos equívocos. El apofatismo radical de Tony de Mello parece ir más allá de "algunos equívocos".

[21] Uno de los textos más significativos y solemnes lo encontramos en la enseñanza trinitaria del Concilio IV de Letrán: «Entre el creador y la criatura no se puede señalar la semejanza sin dejar de señalar que la desemejanza es mayor» (DH 806); cf. CCE 39-43; Conferencia Episcopal Española, Instrucción Pastoral *Teología y Secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II* (30.3.2006) [= TYSE] 14.

ción como dictado [23] y la entiende como un descubrimiento de Dios ya presente y, en ese sentido, no más misteriosa que otro conocimiento: «Dios no necesita "llegar", porque ya está siempre. Por eso la revelación *efectiva* es siempre una experiencia ya realizada, algo con lo que el sujeto religioso se encuentra en el mismo acto de tomar conciencia de ella. [...] Tomada en esta estructura originaria y *bajo este aspecto*, la revelación no resulta ni más misteriosa ni menos simple que un acto cognoscitivo cualquiera» [24]. «Despertada por la palabra (*ex auditu*) la persona reconoce y confiesa *por sí misma* y en sí misma (*fides*) la presencia reveladora de Dios» [25], y en este proceso no se puede recurrir a intervenciones divinas concretas, pues cualquier novedad gratuita e inesperada en realidad ya está siempre presente [26]. En este contexto prácticamente se da coincidencia entre filosofía y teología, sin que se aprecien grandes diferencias entre razón y fe [27].

11. En la Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal Española *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II* (30-3-2006), n. 9, los obispos españoles afirman: «Resulta incompatible con la fe de la Iglesia considerar la Revelación, según sostienen algunos autores, como una mera percepción subjetiva por la cual "se cae en la cuenta" del Dios que nos habita y trata de manifestársenos. Aun cuando emplean un lenguaje que parece próximo al eclesial, se alejan, sin embargo, del sentir de la Iglesia. Es necesario reafirmar que la Revelación supone una novedad, porque forma parte del designio de Dios que "se ha dignado redimirnos y ha querido hacernos hijos suyos". Por ello, es erróneo entender la Revelación como el desarrollo inmanente de la religiosidad de los pueblos y considerar que todas las religiones son "reveladas", según el grado alcanzado en su historia, y, en ese mismo sentido, verdaderas y salvíficas».

12. Aunque el Autor afirme que el "caer en la cuenta" no debe entenderse como una mera percepción subjetiva y que debe considerarse algo profundamente real [28], es difícil ver en su explicación de qué modo la Revelación comunica una verdad salvífica con contenidos objetivos, que mueve al entendimiento y a la voluntad humanos para aceptar una verdad que supera la razón. La noción católica de Revelación, tal como ha sido presentada por los Concilios Vaticano I y II [29], y expuesta en el *Catecismo de la*

---

[22] *Religiones*, 16-17; cf. *Resurrección*, 33. También en *Revelación* este planteamiento aparece desarrollado con amplitud, aunque encontramos presentaciones sintéticas del mismo, como en *Revelación*, 425; 506-507 entre otros.

[23] Cf. *Revelación*, 109-110.

[24] *Revelación*, 201; cf. *ibid*. 239.

[25] *Revelación*, 135. Más adelante (p. 430) aclara que el *por sí misma* incluye fundada y promovida por Dios, pero con esto no se admite realmente que la revelación supere las fuerzas de la naturaleza (cf. CCE 50; 1998).

[26] Cf. *Revelación*, 225.

[27] Cf. *Revelación*, 432-433.

[28] Cf. A. Torres Queiruga, «Revelación como "caer na conta": razon teológica e maxisterio pastoral» en *Encrucillada* 149 (2006) 357-373.

[29] La hermenéutica de la contraposición entre ambos que propone el Autor no ayuda a la correcta comprensión de los mismos, cf. *Revelación*, 110.

Iglesia Católica [30] conlleva necesariamente esos elementos que el Autor parece excluir en su interpretación.

3. La perspectiva del llamado "pluralismo asimétrico"

13. El Autor propone una teología del "pluralismo asimétrico" para comprender la relación del cristianismo con las otras religiones, las cuales serían expresión de vivencias religiosas de diferente valor con relación al cristianismo; de ahí el carácter *asimétrico* de este pluralismo religioso, en el cual Cristo aparece como culminación de la experiencia religiosa. Según esta teología, el carácter de plenitud del cristianismo no excluye que las religiones no cristianas puedan haber captado aspectos del Misterio de Cristo que resulten complementarios del cristianismo [31]. De lo cual concluye el Autor que no se debería hacer del cristianismo la realización histórica «perfecta y acabada en todos los aspectos; ni mucho menos, considerar las demás como caminos hacia ella» [32]. Una comprensión así de la plenitud de la Revelación en Cristo, que el Autor dice no negar sino explicar, no parece compatible con lo que el Nuevo Testamento dice de Cristo como Palabra definitiva del Padre, de lo cual dan testimonio los evangelistas: *Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí. Si me conocierais a mí, conoceríais también a mi Padre* (Jn 14, 6-7).

14. Esta teología del pluralismo asimétrico entiende de modo analógico el concepto de "palabra de Dios" y coloca bajo el mismo las "revelaciones" presentes en las religiones no cristianas. La Declaración sobre la unicidad y universalidad de la mediación salvífica de Cristo y de la Iglesia, *Dominus Iesus*, siguiendo al Concilio Vaticano II, reconoce que los textos sagrados de otras religiones «contienen elementos, gracias a los cuales multitud de personas han podido y todavía hoy pueden alimentar y conservar su relación religiosa con Dios», de suerte que «no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres» (NA 2). Ahora bien, «la Tradición de la Iglesia reserva la calificación de textos inspirados a los libros canónicos del Antiguo y del Nuevo Testamento, en cuanto inspirados por el Espíritu Santo», por eso el Vaticano II concluye afirmando que estos libros «enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (DV 11) [33].

15. Según esto, la Iglesia valora lo que de positivo puede haber en otras tradiciones religiosas, pero mantiene siempre el carácter pleno y definitivo de la Revelación de Jesucristo [34]. Se debe recordar lo que la Congregación para la Doctrina de la Fe afirmó en su día sobre la obra del P. Dupuis: «Debe ser creído firmemente que Jesucristo es mediador, cumplimiento y plenitud de la revelación. Por lo tanto, es contrario a la fe de la Iglesia sostener que la revelación de o en Jesucristo sea limitada, incompleta e imperfecta. Si bien el pleno conocimiento de la revelación divina se tendrá solamente el día de la venida gloriosa del Señor, la revelación histórica de Jesucristo ofrece ya todo lo que es necesario para la salvación del hombre, y no necesita ser completada

[30] Cf. CCE 51-53; 153-159.

[31] *Religiones*, 89; cf. *Revelación*, 394.

[32] *Religiones*, 113.

[33] Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Dominus Jesus*, 8 (Doc. 90, 19-20/619).

[34] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Dominus Jesus*, 6 (Doc. 90, 13-14/617-618).

por otras religiones [...] es legítimo sostener que el Espíritu Santo actúa la salvación en los no cristianos también mediante aquellos elementos de verdad y bondad presentes en las distintas religiones; pero no tiene ningún fundamento en la teología católica considerar estas religiones, en cuanto tales, como vías de salvación, también porque en ellas hay lagunas, insuficiencias y errores acerca de las verdades fundamentales sobre Dios, el hombre y el mundo» [35].

16. La valoración de las religiones no cristianas propuesta por el profesor Torres Queiruga se entiende dentro de su esquema "no intervencionista", ya que si Dios se revelara a unos más que a otros sería injusto, de manera que todas las diferencias en este sentido deben ser atribuidas a "diferencias de captación" conforme a las cuales unos "caen en la cuenta" antes que otros [36]. El profesor Torres Queiruga incluso propone el abandono de la categoría bíblica de elección [37], por lo que puede suponer de favoritismo, de modo que a Dios nunca se le pueda atribuir el mal por conceder a unos más que a otros, lo cual no es compatible con la Historia de la Salvación cuya plenitud se da en Jesucristo. La voluntad salvífica universal conlleva que todo hombre, por medios que Dios conoce, puede alcanzar la salvación [38], lo cual no exige que Dios se tenga que revelar por igual a todos.

4. La resurrección de Jesucristo

17. Desde sus principios teológicos, Torres Queiruga propone una interpretación de la Resurrección en la que «lo que está en juego no son ajustes de detalle, sino la reestructuración del cuadro entero de la comprensión» [39], de modo que «responda a los parámetros de la cultura contemporánea» [40]. Para lograr este objetivo se acerca a los textos bíblicos con una actitud desmitologizadora. Para él una interpretación literal de los testimonios bíblicos no es aceptable, porque fueron escritos en un momento en que «el ambiente cultural era perfectamente receptivo para una comprensión de las manifestaciones de lo divino en la vida humana» [41] y desde una mentalidad «capaz de producir, leer y aceptar este tipo de narraciones» [42]. Desde estos principios, es coherente que el Autor acepte los planteamientos exegéticos más críticos en lo referente a la historicidad de los relatos pascuales, especialmente en lo que se refiere a las narraciones del hallazgo del sepulcro vacío [43] y de las apariciones del Resucitado [44].

18. Para el Autor, los únicos acontecimientos históricos que están en la base

[35] Doc. 93, 8.13/669-671.

[36] Cf. *Religiones*, 35-37; *Revelación*, 406-407.

[37] Cf. *Religiones*, 43-46; *Revelación*, 423.

[38] Cf. GS 22 y Congregación para la Doctrina de la Fe, Declaración *Dominus Iesus*, 21 (Doc. 90, 60/635).

[39] *Resurrección,* 31.

[40] *Resurrección,* 23.

[41] *Resurrección,* 57.

[42] *Resurrección,* 69.

[43] *Resurrección,* 86: «¿La resurrección como tal implica la necesidad de que el sepulcro quedase vacío?».

[44] *Resurrección,* 100: «hablar de una visión del resucitado tomando las palabras en el sentido normal carece sencillamente de sentido».

de la fe en la Resurrección son la muerte de Jesús y la fe pascual de los discípulos. Después de la muerte de Jesucristo no hay ningún acontecimiento nuevo en el que se pueda fundamentar el paso de la Cruz a la fe en la Resurrección: «La novedad no puede ser buscada directamente en acontecimientos empíricos o en modificaciones empíricas de la realidad mundana» [45]. Para Torres Queiruga «la muerte y la resurrección coinciden» [46]. «Puesto que la nueva cosmovisión, en la que ya no cabe un intervencionismo divino, está culturalmente asimilada por todos» [47], la fe pascual no puede fundamentarse en una intervención categorial de Dios, sino en una "experiencia nueva" que tuvieron los discípulos [48], que consistió en caer en la cuenta «de que Jesús no había quedado anulado por la muerte, sino que él mismo en persona seguía vivo y presente, aunque en un nuevo modo de existencia» [49]. Los discípulos llegaron a la fe en que Cristo había resucitado cuando «comprendieron y confesaron que Jesús de Nazaret, asesinado injustamente por su fidelidad, no quedó aniquilado por la muerte física, sino que en Él se cumplió de manera ejemplar el destino del justo: Que Dios lo resucitó y que por eso continúa vivo a pesar de su derrota aparente» [50]. Se trata de un "descubrimiento revelador" [51] al que llegaron por unos «acontecimientos y vivencias que, rompiendo la rutina de lo normal, abren los ojos y hacen caer en la cuenta» [52]. Torres Queiruga interpreta estas vivencias, individuales y colectivas que después de la Cruz conmovieron a los individuos y a la comunidad como «vivencias extáticas de una nueva presencia, procesos de conversión y rememoración íntimas, conmociones de sentimientos comunitarios, experiencias litúrgicas, imaginaciones catequéticas y recursos oratorios, reflexiones exegéticas y teológicas... Todo eso y mucho más debió de estar en acto en un momento de enorme receptividad y creatividad religiosa» [53].

19. Este modo de explicar el proceso por el que la comunidad llegó a la fe en la Resurrección de Cristo, lleva al Autor a negar su carácter histórico, aunque afirme la realidad de la misma: «Lo normal es no considerarla como acontecimiento "histórico" sin que esto implique, claro está, la negación de su realidad» [54]. Para él estamos ante un acontecimiento real pero puramente trascendente: «se trata del acto trascendente que sustenta creadoramente la persona de Jesús, impidiendo que sea aniquilada por la muerte» [55]. No parece respetar, por tanto, el

[45] *Resurrección,* 153.

[46] *Resurrección,* 173; cf. también pp. 205-207. En la p. 206 afirma: «la resurrección acontece en la misma cruz».

[47] *Resurrección,* 154.

[48] *Resurrección,* 152.

[49] *Resurrección,* 155.

[50] *Resurrección,* 161; cf. p. 176.

[51] *Resurrección,* 176.

[52] *Resurrección,* 177.

[53] *Resurrección,* 207; p. 209: «la comunidad descubrió la resurrección de Jesús».

[54] *Resurrección,* 26; p. 187: «La resurrección es real, pero no física».

[55] *Resurrección,* 113.

carácter único que tiene el hecho de la Resurrección, puesto que en él se unen historia y trascendencia, tiempo y eternidad. Esto es coherente con su esquema teológico en el que no caben más que dos tipos de acontecimientos: los que están sometidos en su realidad física a las leyes empíricas o los que están totalmente al margen de las leyes empíricas [56]. Este modo de interpretar la naturaleza del hecho de la Resurrección no concuerda con el *Catecismo de la Iglesia Católica*, que enseña que en este caso estamos ante un acontecimiento "histórico y trascendente", «real con manifestaciones históricamente comprobadas» [57].

20. Esto nos lleva a la cuestión central que no es otra que el contenido de la fe en la Resurrección. Para Torres Queiruga el acontecimiento de la Resurrección es una acción de Dios por la que impide que Jesús sea anulado por la muerte. La fe en la Resurrección no es aceptar la verdad de un acontecimiento histórico y del que haya manifestaciones históricamente comprobadas, sino tener la convicción de que Jesús está vivo, en un modo de vida en la que hay una ausencia de corporeidad. Por ello, la Resurrección del cuerpo no es un elemento esencial de la fe pascual [58]. Es más, en el pensamiento de Torres Queiruga, lo lógico es que el cuerpo no haya resucitado. Tampoco las apariciones son acontecimientos esenciales para la fe en la Resurrección. Son simplemente "algún tipo de experiencia singular" [59]. El problema, por tanto, no está sólo en que no acepte las apariciones como «manifestaciones históricamente comprobadas» de la Resurrección, sino en que para él estos acontecimientos no han podido ocurrir. Su modo de explicar la fe en la Resurrección de Cristo no incluye ni la resurrección del cuerpo ni las apariciones.

21. Estas afirmaciones del Profesor Torres Queiruga modifican sustancialmente la comprensión que la fe de la Iglesia mantiene a propósito de la Resurrección. El que la Resurrección del Señor no sea una simple revivificación de un cadáver, no conlleva necesariamente que sea algo ajeno a la historia y sin posibilidad de ser verificado por testigos de una manera objetiva. El *Catecismo de la Iglesia Católica,* que debe ser considerado «como regla segura para la enseñanza de la fe» [60], recoge de una manera muy precisa cómo se debe entender la Resurrección, las apariciones y el sepulcro vacío: «Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico» [61]. «Acontecimiento histórico demostrable por la señal del sepulcro vacío y por la realidad de los encuentros de los apóstoles con Cristo resucitado, no por ello la Resurrección pertenece menos al centro del Misterio de la fe en aquello que trasciende y sobrepasa a la historia» [62]. Concebir la Resurrección de otra manera

[56] *Resurrección,* 106: «Non datur tertium».

[57] CCE 639.

[58] *Resurrección,* 87: "sea cual fuere el destino del cuerpo físico –del cadáver-, *para la fe* el resultado es exactamente el mismo".

[59] *Resurrección,* 101.

[60] Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Fidei depositum* (11.10.1992), 4.

[61] CCE 643; cf. también CCE 645.

[62] CCE 657.

puede conducir a una cierta forma de gnosticismo [63].

5. Problemas de escatología

22. Respecto a la fe cristiana en la resurrección de los muertos, y apoyándose en lo que explicaba sobre la Resurrección de Cristo, el Autor niega que se deba distinguir entre un estado del alma separada y una resurrección final porque dichas afirmaciones, según él, se basaban en un esquema mítico, cuando en realidad simplemente hay que hablar de una solidaridad de todos los humanos vivos y difuntos: «la dificultad radical nacía de la vinculación de la resurrección con el cadáver, pues entonces el "alma" tendría que esperar al "cuerpo" para poder reestablecer su plena identidad. Al reconocer a la muerte como un tránsito actual al nuevo modo de ser, la dificultad desaparece por sí misma. Por eso el Resucitado está ya plenamente con Dios y plenamente con nosotros [...] Con lo cual se diluye igualmente un problema que fue muy vivo hace tan sólo unas décadas y que, en los términos en que se discutía, hoy nos resulta asombrosamente anacrónico: la discusión acerca del *estado intermedio*; es decir, de ese "tiempo/no tiempo" en que el "alma" esperaría la resurrección de los "cuerpos" al final del mundo [...] Estos símbolos [Parusía y juicio final] vehiculan en efecto un significado fundamental en la experiencia cristiana, pues aluden a la existencia de una *incompletud real y de una espera verdadera* también para los resucitados. De entrada, para ellos pudiera parecer anulada por el hecho de que la resurrección sea ya de todos y ya en la muerte. En realidad la verdad de esa espera sale reforzada. Porque al eliminar los esquemas míticos de resurrección general al final de los tiempos, se libera su auténtico sentido: el de una íntima comunión y solidaridad de todos los humanos vivos y difuntos; solidaridad que, fundada en Cristo (cf. Gal 3, 28), recoge en sí el pasado y anticipa el futuro, sin que ni siquiera la muerte sea capaz de romperla» [64]. En este sentido el Autor presenta la Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma a los cielos simplemente como una explicación paradigmática de una situación universal [65].

23. Estas afirmaciones del Profesor Torres Queiruga difícilmente resultan compatibles con la enseñanza de la Iglesia tal como la expuso la carta *Recentiores Episcoporum* de la Congregación para la Doctrina de la Fe: «3) La Iglesia afirma la supervivencia y la subsistencia, después de la muerte, de un elemento espiritual que está dotado de conciencia y de voluntad, de ma-

[63] «¿cómo no evocar los intentos de una «gnosis» que renacía continuamente bajo múltiples formas, deseando penetrar este misterio con todos los recursos del espíritu humano, esforzándose por reducirlo a las dimensiones de unas categorías plenamente humanas? Tentación muy comprensible, ciertamente, y sin duda inevitable, pero con una tendencia muy inquietante a vaciar imperceptiblemente todas las riquezas y la importancia de lo que, ante todo, es un hecho: la Resurrección del Salvador. También en nuestros días –y no es precisamente a vosotros a quienes debemos recordarlo– vemos cómo esta tendencia manifiesta sus últimas consecuencias dramáticas, llegándose a negar, incluso entre los fieles que se dicen cristianos, el valor histórico de los testimonios inspirados o, más recientemente, interpretando de forma puramente mítica, espiritual o moral, la Resurrección física de Jesús. ¿Cómo no nos ha de doler profundamente el efecto destructor que estas discusiones deletéreas tienen para tantos fieles?»: Pablo VI, *Discurso a los participantes en un symposium sobre la Resurrección de Jesucristo*, 2, en *AAS* 62 (1970).

[64] *Resurrección*, 227-228.

[65] Cf. *Resurrección*, 229-230.

nera que subsiste el mismo "yo" humano, carente mientras tanto del complemento de su cuerpo. Para designar este elemento la Iglesia emplea la palabra "alma", consagrada por el uso de la Sagrada Escritura y de la Tradición. [...] 5) La Iglesia, en conformidad con la Sagrada Escritura, espera «la gloriosa manifestación de Jesucristo nuestro Señor» (DV I, 4), considerada, por lo demás, como distinta y aplazada con respecto a la condición de los hombres inmediatamente después de la muerte. 6) La Iglesia, en su enseñanza sobre la condición del hombre después de la muerte, excluye toda explicación que quite sentido a la Asunción de la Virgen María en lo que tiene de único, o sea, el hecho de que la glorificación corpórea de la Virgen es la anticipación de la glorificación reservada a todos los elegidos» [66]. Por lo demás, la Resurrección de la carne conlleva la resurrección de *esta* carne, aunque resulte transformada, como recordó el segundo Concilio de Lyon [67] y recoge el *Catecismo de la Iglesia Católica* [68]. También sobre la cuestión del realismo de la resurrección de la carne se pronunció la Congregación para la Doctrina de la Fe en una Nota sobre las traducción de las palabras "carnis resurrectionem" del Símbolo apostólico: «Abandonar la fórmula "resurrección de la carne" conlleva el riesgo de apoyar las teorías actuales que ponen la resurrección en el momento de la muerte, excluyendo en la práctica la resurrección corporal, en concreto de esta carne» [69].

24. Respecto a la oración por los difuntos, el profesor Torres Queiruga sostiene que «no celebramos la eucaristía *por* nuestro hermano difunto, sino *con* nuestro hermano difunto (igual que no se celebra por Jesús, sino con Jesús)» [70]. En este sentido rechaza la objetividad de los textos de las plegarias e incluso de los mismos ritos fúnebres: «Verdaderamente, cuando la sensibilidad está medianamente alerta, asombra pensar que podamos tener la ocurrencia de intentar "convencerlo" a él, como si nuestro amor por los difuntos fuese mayor que el suyo o fuese más honda nuestra preocupación por su felicidad. Es claro que nadie pretende tal enormidad en su intención subjetiva, pero la *objetividad* de las plegarias y de los ritos procede demasiadas veces como si nosotros fuéramos los buenos, cariñosos y misericordiosos, que están esforzándose por conmover a un dios cruel, justiciero y terrible, a quien conviene "propiciar" por todos los medios» [71].

25. Sin embargo la Iglesia manifiesta su fe también en las fórmulas litúrgicas, de las que los ritos funerarios no son una excepción, sino más bien un lugar teológico para la escatología [72]. El Autor ha mostrado reticencias respecto a la oración de petición, pero la Iglesia ha entendido siempre, siguiendo el mandato del Señor, que este aspecto de la oración también debe cultivarse. En el *Catecismo de la Iglesia Católica [73]* encontramos una exposición de este tipo de oración, que no se puede entender como un "intento de convencer a Dios", presentación que su-

[66] Doc. 35, 14.16-17/173.

[67] Cf. DH 854.

[68] Cf. CCE 1017.

[69] Doc. 55, 7/280-281.

[70] *Resurrección*, 300.

[71] *Resurrección*, 302.

[72] Cf. Doc. 35, 15/173.

[73] Cf. CCE 2629-2633; 2738-2741.

pone más bien una caricatura. En realidad, se trata simplemente de alcanzar lo que Dios ha dispuesto que se realice mediante la plegaria [74], pues, según la providencia de Dios, determinados efectos se realizan con la colaboración de las criaturas, colaboración que incluye las oraciones [75]. En concreto, respecto al valor de la Eucaristía celebrada y ofrecida por los difuntos, además de la práctica inmemorial de la Iglesia, los Concilios de Florencia [76] y Trento [77] la han enseñado de manera explícita, insistiendo expresamente en su valor propiciatorio. Son, por tanto, verdaderos actos de solidaridad con los difuntos, en la comunión de los santos. El *Catecismo de la Iglesia Católica* [78] ha recordado de nuevo esta enseñanza, con una peculiar alusión al Concilio Vaticano II [79].

Conclusión

26. La Iglesia alienta la tarea de los teólogos y valora profundamente el empeño por comunicar la Palabra de Dios respondiendo a las inquietudes de nuestro tiempo. Sin embargo, no debe olvidarse que el uso de determinados instrumentos filosóficos o históricos debe estar guiado por la misma doctrina revelada. Es necesario profesar la fe de la Iglesia según la interpretación constante que Ésta ha mantenido, siendo conscientes de que el valor de las intervenciones magisteriales no es fruto de una teología opinable, sino de la asistencia del Espíritu Santo [80]. La noción de *cambio de paradigma* empleada por el profesor Torres Queiruga y las conclusiones que se siguen de ella no siempre son compatibles con la interpretación auténtica que ha dado la Iglesia a la Palabra de Dios escrita y transmitida.

27. A modo de síntesis, los elementos de la fe de la Iglesia que quedan distorsionados en los escritos del profesor Torres Queiruga son los siguientes:

La clara distinción entre el mundo y el Creador, y la posibilidad de que Dios intervenga en la historia y en el mundo más allá de las leyes que Él mismo ha establecido.

La novedad de la vida en el Espíritu que Cristo nos alcanza, con la consiguiente distinción entre naturaleza y gracia, entre creación y salvación. Así como, la necesidad de la gracia sobrenatural para alcanzar el fin último del hombre.

El carácter indeducible de la Revelación, mediante la cual Dios ha dado a conocer al hombre su designio salvífico, eligiendo a un pueblo y enviado a su Hijo al mundo.

La unicidad y universalidad de la Mediación salvífica de Cristo y de la Iglesia.

El realismo de la resurrección de Jesucristo, en cuanto acontecimiento histórico (milagroso) y trascendente.

El sentido genuino de la oración de petición, así como el valor de la intercesión y mediación de la Iglesia en su oración por los difuntos, especialmente en la Eucaristía.

La distinción real entre el momento de la muerte personal y el de la Parusía, entendida ésta como culminación y plenitud de la Historia y del mundo.

[74] Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* II-II 83 2.

[75] Cf. CCE 306-308.

[76] Cf. DH 1304.

[77] Cf. DH 1743; 1753; 1820.

[78] Cf. CCE 957-958.

[79] Cf. LG 50.

[80] Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Donum veritatis* 10. 34 (Doc. 71, 18. 60/483. 493).

28. Con la presente Notificación, la Comisión para la Doctrina de la Fe quiere salvaguardar aspectos esenciales de la doctrina de la Iglesia para evitar la confusión en el Pueblo de Dios y contribuir al fortalecimiento de su vida cristiana; espera igualmente que el Prof. A. Torres Queiruga siga clarificando su pensamiento y lo ponga en plena consonancia con la tradición de fe autorizadamente enseñada por el Magisterio de la Iglesia.

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, en su CCXXIII reunión, dio su aprobación a la publicación de la presente Nota en la sesión celebrada en Madrid el 29 de febrero de 2012.

† Adolfo González Montes,
Obispo de Almería, *Presidente*

José Rico Pavés,
Secretario

SECRETARÍA GENERAL

Nota sobre una Resolución del Tribunal Europeo de Derechos Humanos

13 abril 2012

La Conferencia Episcopal Española quiere mostrar su preocupación ante una decisión adoptada por los Jueces de la Sección Tercera del Tribunal Europeo de Derechos Humanos, en Estrasburgo, que, si fuera ratificada, afectaría negativamente a la autonomía y a la específica organización y funcionamiento de las Iglesias y Confesiones religiosas y, por tanto, al ejercicio del derecho fundamental de libertad religiosa en toda Europa.

Se trata de la denominada causa "S. P. contra Rumanía", promovida contra la Autoridad civil rumana, la cual no admitió inscribir como sindicato a un grupo de sacerdotes y laicos de la Iglesia ortodoxa, considerando que la creación de ese sindicato no es acorde con el ordenamiento jurídico canónico, europeo e internacional. Con su resolución del 31 de enero de 2012, la mencionada Sección del Tribunal de Estrasburgo ha sentenciado que la inadmisión del sindicato en cuestión sería contraria al derecho de libertad de asociación, sin haber ponderado adecuadamente el alcance del derecho primario de libertad religiosa. En estos días la Gran Sala del Tribunal decide si admite o no el recurso que ha sido presentado ante ella contra la resolución de la Sección Tercera.

Con pleno respeto a los derechos fundamentales de todos y a las decisiones judiciales que han de promoverlos, la Conferencia Episcopal Española espera que se revise la resolución emitida, por hallarse en franca contradicción con puntos fundamentales y perfectamente consolidados de la jurisprudencia del alto Tribunal europeo y porque, de confirmarse la sentencia, se pondría en cuestión la seguridad jurídica de un derecho fundamental como es el de la libertad religiosa.

OFICINA DE INFORMACIÓN

Nota de prensa final de la XCIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

27 abril 2012

Los obispos españoles han celebrado, del lunes 23 al viernes 27 de abril, la XCIX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Han participado 75 de los 76 obispos que hay actualmente en activo: 2 cardenales, 13 arzobispos más el Ordinario castrense, 53 diocesanos y 7 auxiliares. También han asistido varios obispos eméritos. No ha podido estar presente el Obispo de Girona, Mons. D. **Francesc Pardo Artigas**, quien representa a la CEE en el VII Congreso Mundial de Pastoral del Turismo que se celebra en Cancún (México) del 23 al 27 de abril. El Obispo de Orense, Mons. D. **José Leonardo Lemos Montanet**, ha participado por primera vez tras su ordenación episcopal el pasado 11 de febrero. El prelado ha quedado adscrito a la Subcomisión Episcopal de Catequesis.

La Asamblea ha tenido un recuerdo especial para los tres obispos fallecidos desde la última Plenaria. El 6 de abril falleció el Obispo emérito de Tenerife, Mons. D. **Felipe Fernández García**; el 18 de abril, el Obispo emérito de Tui-Vigo, Mons. D. **José Cerviño Cerviño**; y el pasado sábado, 21 de abril, el emérito de Calahorra y La Calzada-Logroño, Mons. D. **Ramón Búa Otero**. Asimismo, durante la reunión de la Asamblea Plenaria, los obispos han tenido noticia del fallecimiento de Mons. D. **José Mª Eguaras Iriarte**, presbítero, Canónigo de la Catedral de Málaga, que fue Vicesecretario para Asuntos Generales de la CEE, desde su constitución en 1966 hasta el año 1993, en que se jubiló. La Asamblea le ha recordado con gratitud y el Cardenal **Rouco** ha enviado una carta de pésame al Obispo de Málaga en nombre de los obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española.

Discurso inaugural del Cardenal Rouco

El Arzobispo de Madrid y Presidente de la CEE, Cardenal **Antonio Mª Rouco Varela**, adelantó en el discurso inaugural las líneas centrales del nuevo Plan Pastoral, el octavo en la historia de la CEE. Este Plan Pastoral se aprueba en el contexto de la "Nueva Evangelización" y del Año de la Fe, anunciado por **Benedicto XVI** y que comenzará el próximo 11 de octubre.

La coincidencia del quinquenio del nuevo Plan Pastoral con los cincuenta años del comienzo y de la clausura del Concilio Vaticano II proporciona una buena ocasión –tal y como subrayó el Cardenal **Rouco** - para "redoblar el empeño que venimos sosteniendo en la recepción cada vez más viva y fiel de sus enseñanzas".

El Cardenal **Rouco Varela** también se refirió en su discurso a la situación social que estamos atravesando y afirmó que "es nuestro deber ayudar al análisis cultural y moral necesario para llegar al fondo de las causas de la situación dificilísima que vivimos". En este sentido advirtió que "si no se sigue el camino que hace posible la caridad no será posible una buena solución de la crisis" y que "sin fe no

puede haber verdadera caridad, capaz de despejar los obstáculos para esa imprescindible libertad espiritual que da frutos abundantes de justicia, solidaridad y paz".

Los obispos se han hecho eco en la Asamblea de estas palabras del Cardenal y han reconocido expresamente el gran trabajo que, en particular en esta difícil coyuntura, se viene haciendo en las Cáritas parroquiales, diocesanas y Federación Española, así como el empeño de solidaridad cristiana de otras instituciones católicas y de los fieles. Los obispos apelan a seguir en la práctica de la comunicación cristiana de bienes para seguir ayudando espiritual y materialmente a las personas más afectadas por la crisis.

Saludo del Nuncio

El Nuncio de Su Santidad en España, Mons. D. **Renzo Fratini**, en su saludo a la Plenaria, resaltó la importancia de distintos temas que ha abordado la Asamblea estos días. Mons. **Fratini** manifestó su alegría por la próxima Declaración del Doctorado de san **Juan de Ávila** que será "sin duda un gran bien para toda la Iglesia".

Nuevos Leccionarios para el Año Litúrgico 2012-2013

La Asamblea Plenaria ha aprobado los Leccionarios básicos que se usarán el próximo Año Litúrgico 2012-2013 en la celebración de la Santa Misa. Estos nuevos leccionarios incorporan el texto de la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española*. Se trata del Leccionario dominical y festivo del Ciclo C (III), el Leccionario ferial para los años impares (IV impar) y el Leccionario para las ferias de Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua (VII). También se ha aprobado la nueva traducción de los *Praenotanda*, que se incluyen en todos los Leccionarios. Todo ha de recibir ahora la *recognitio* de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

Plan Pastoral de la CEE

Los obispos han aprobado el Plan Pastoral de la CEE que lleva por título, "La nueva evangelización desde la Palabra de Dios. *Por tu Palabra, echaré las redes* (Lc 5,5)", que tendrá vigencia hasta el año 2015.

El nuevo Plan Pastoral está inspirado por las recientes visitas del Papa **Benedicto XVI** a España. De hecho, los obispos decidieron aplazar su redacción con el fin de incluir las enseñanzas que el Santo Padre impartió durante la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011. Otros acontecimientos que han estado presentes en la redacción del Plan son la anunciada proclamación de san **Juan Ávila** como Doctor de la Iglesia; la próxima celebración del quinto centenario del nacimiento de santa **Teresa de Jesús**; y la publicación de la *Sagrada Biblia. Versión oficial de la CEE*.

El Plan Pastoral se desarrolla dentro del período en el que conmemoraremos el 50º aniversario de la apertura y de la clausura del Concilio Vaticano II. El Año de la fe, convocado por **Benedicto XVI**, será ocasión propicia para volver sobre el Concilio. Por ello, el Plan prevé que en los próximos años se vuelva a impulsar la recepción de la herencia conciliar, mostrando la riqueza de los textos conciliares en continuidad con la Tradición viva de la Iglesia. En este sentido, el Plan Pastoral recoge como acción culminante del quinquenio la celebración, en el año 2015, de un Congreso que conmemore el 50º aniversario del Concilio.

En el contexto del mencionado Año de la Fe, el Plan Pastoral recuerda,

con palabras del Papa **Benedicto XVI**, que "por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores". La Iglesia que peregrina en España ha sido agraciada con un gran número de estos testigos privilegiados del Señor y en particular se destaca en el texto del Plan Pastoral a los mártires del siglo XX que son grandes intercesores y "un estímulo muy valioso para una profesión de fe íntegra y valerosa". Unos mil de ellos ya han sido canonizados o beatificados y otro buen número será beatificado próximamente. En concreto, el Plan recoge como otra de sus acciones la preparación y celebración, en Octubre de 2013, de una ceremonia de beatificación de mártires del siglo XX en España. El lugar en el que se realizará se decidirá oportunamente.

El texto del Plan Pastoral, que ahora ha sido aprobado, se hará público una vez introducidas las aportaciones que los obispos han hecho en esta Asamblea Plenaria.

Mensaje sobre el Doctorado de San Juan de Ávila

La Plenaria ha aprobado un breve Mensaje, dirigido a todo el pueblo de Dios, con motivo de la próxima proclamación de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal. En el texto, se explica qué es un Doctor de la Iglesia, se presentan los rasgos fundamentales de la vida y obra del Maestro Ávila, y se invita a peregrinar a Roma para asistir a la celebración de su proclamación como Doctor de la Iglesia. Se adjunta el texto íntegro del Mensaje.

Con el mismo motivo, la Asamblea ha aprobado también un Comunicado más amplio, que se publicará próximamente.

Congreso de Pastoral Juvenil en Valencia

Los obispos han conocido los últimos preparativos para la celebración de un Congreso Nacional de Pastoral Juvenil, que estaba incluido en el anterior Plan Pastoral de la CEE y que decidió aplazarse hasta después de la JMJ Madrid 2011. Está dirigido a agentes de pastoral juvenil, lleva por lema *También vosotros daréis testimonio* (Jn 15, 27) y se celebrará en Valencia del 1 al 4 de noviembre de 2012.

Otros documentos de la CEE

La Plenaria ha aprobado los documentos "La verdad del amor humano. Orientaciones sobre el amor conyugal, la ideología de género y la legislación familiar", que ha presentado la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar y «Vocaciones sacerdotales para el siglo XXI», que ha presentado la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades. Estos textos tendrán la autoría de la Asamblea Plenaria, pero pasarán a la próxima reunión de la Comisión Permanente, quien dará su aprobación a las últimas redacciones hechas con las aportaciones que los obispos han realizado en estos días.

Otros temas del orden del día

En la Asamblea se ha informado también sobre diversos asuntos de seguimiento y sobre las actividades de las distintas Comisiones Episcopales. Además, se han aprobado las intenciones de la CEE para el Apostolado de la Oración para 2013.

Por otra parte, se ha erigido canónicamente y se han aprobado los estatutos de las Fundaciones privadas "Fundación Educativa Escolapias", "Fundación Escolapias Montal" y "Fundació Escolàpies". Y se ha aprobado la modificación de los estatutos del Movimiento Familiar Cristiano y de Manos Unidas.

XCIX ASAMBLEA PLENARIA DE LA CEE

Mensaje con motivo de la Declaración de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal

27 abril 2012

Queridos hermanos:

El Papa Benedicto XVI proclamará próximamente a San Juan de Ávila Doctor de la Iglesia Universal. Así lo anunció en la memorable Jornada Mundial de la Juventud, celebrada en Madrid, donde nos invitó a "volver la mirada" hacia el Santo y a perseverar en la misma fe de la que él fue Maestro.

Pero, ¿quién es San Juan de Ávila?, ¿cuál es la actualidad de su vida y de su mensaje?, ¿qué significa que vaya a ser proclamado Doctor de la Iglesia?

Rasgos biográficos

Messor eram (Fui segador). El epitafio que aparece en su sepulcro refleja a la perfección quién fue San Juan de Ávila: un predicador que siempre ponía en el centro de su mensaje a Cristo Crucificado y que buscaba con sus palabras, sencillas y profundas, tocar el corazón y mover a la conversión de quien le estaba escuchando.

Juan de Ávila nació en 1499 ó 1500 en Almodóvar del Campo (Ciudad Real), donde creció y se formó en un ambiente cristiano. Estudió Leyes en la Universidad de Salamanca y Artes y Teología en la de Alcalá. Fue ordenado sacerdote en 1526. Celebró su primera misa solemne en su pueblo natal y lo festejó invitando a los pobres a su mesa y repartiendo entre ellos su cuantiosa herencia.

Cuando estaba a punto de embarcar para irse a América, el Arzobispo de Sevilla cambió sus planes. Éste quedó encantando con su actividad evangelizadora y le pidió que se quedase a ejercer el ministerio en España. Juan de Ávila recorrió pueblos y ciudades de Andalucía, La Mancha y Extremadura. Residió en Granada, donde ya figura con el título de Maestro; y permaneció durante los últimos quince años de su vida en Córdoba, diócesis de la que fue presbítero. Murió en Montilla, el 10 de mayo de 1569. Allí se veneran sus reliquias en el Santuario que lleva su nombre.

San Juan de Ávila fue un gran conocedor de la Sagrada Escritura. Sobre él se decía que si, por desgracia, la Biblia se llegara a perder, él solo la restituiría a la Iglesia, porque se la sabía de memoria. Y fue también un gran escritor. Entre sus libros principales se encuentra el tratado de vida espiritual *Audi, filia*, que comenzó a escribir cuando estuvo recluido en la cárcel inquisitorial de Sevilla, debido a acusaciones infundadas de las que salió completamente absuelto. Además, entre otras obras, escribió el *Tratado del amor de Dios,* el *Tratado sobre el Sacerdocio, la Doctrina Cristiana* (un Catecismo que podría ser recitado y cantado), dos importantes *Memoriales* que tuvieron notoria influencia en el Concilio de Trento, las *Advertencias al Concilio de Toledo*, numerosos *Sermones*, *Pláticas espirituales* y un espléndido *Epistolario*.

Originalidad y actualidad de un Maestro

La originalidad del Maestro Ávila se halla en su constante referencia a la Palabra de Dios; en su consistente y actualizado

saber teológico; en la seguridad de su enseñanza y en el cabal conocimiento de los Padres, de los santos y de los grandes teólogos.

Gozó del particular carisma de sabiduría, fruto del Espíritu Santo, y convencido de la llamada a la santidad de todos los fieles del pueblo de Dios, promovió las distintas vocaciones en la Iglesia: laicales, a la vida consagrada y al sacerdocio.

Desprendido, generoso y, sobre todo, enamorado de Dios, vivió desposeído de los bienes materiales, pero con el corazón lleno de fe y de entusiasmo evangelizador, dedicado por entero a la oración, al estudio, a la predicación y a la formación de los pastores del pueblo de Dios. Para ello fundó una quincena de colegios, precedentes de los actuales Seminarios, y la universidad de Baeza (Jaén).

En sus discípulos dejó una profunda huella por su amor al sacerdocio y su entrega total y desinteresada al servicio de la Iglesia. Centrado en el que el llamaba "el beneficio de Cristo", podemos calificarlo como el Doctor del amor de Dios a los hombres en Cristo Jesús; el maestro y el místico del beneficio de la redención. Estas son sus palabras: "Grande misericordia y grande favor fue sacarnos de las miserias y del captiverio en que estábamos, y sacarnos para hacernos no siervos, sino hijos".

Fue Maestro y testigo de vida cristiana; contemporáneo de un buen número de santos que encontraron en él amistad, consejo y acompañamiento espiritual como, por ejemplo, San Ignacio de Loyola, San Juan de Dios, San Francisco de Borja, San Pedro de Ribera, San Juan de la Cruz, San Pedro de Alcántara, Santo Tomás de Villanueva, o la misma Santa Teresa de Jesús.

Otro español, Doctor de la Iglesia

Un Doctor de la Iglesia es quien ha estudiado y contemplado con singular clarividencia los misterios de la fe, es capaz de exponerlos a los fieles de tal modo que les sirvan de guía en su formación y en su vida espiritual, y ha vivido de forma coherente con su enseñanza.

Hasta el momento, los Doctores de la Iglesia son 33. Entre ellos, se encuentran otros tres españoles: San Isidoro de Sevilla, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

San Juan de Ávila fue declarado patrono del clero secular de España en 1946 por Pío XII y canonizado en 1970 por Pablo VI.

Peregrinación a Roma y celebraciones en España

Invitamos a todo el pueblo de Dios a participar en los actos que tendrán lugar en Roma, con motivo del gran acontecimiento que supondrá la proclamación de San Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal. Se anunciará cómo hacerlo cuando el Papa decida la fecha de los actos. También en España se organizarán celebraciones oportunamente.

En http://sanjuandeavila.conferenciaepiscopal.es se puede obtener información sobre su figura y sobre las actividades previstas con motivo de su doctorado.

El testimonio de fe del Santo Maestro sigue vivo y su voz se alza potente, humilde y actualísima ahora, en este momento crucial en que nos apremia la urgencia de una nueva evangelización. Porque pasan los tiempos, pero los verdaderos creyentes como él son siempre contemporáneos.

Concluimos haciendo nuestra la súplica del San Juan de Ávila en una de sus cartas (n. 21) y pidiendo al Señor que el *Doctor del amor de Dios* nos ayude a acrecentar este amor y a fortalecer nuestra fe:

"La fe es sosiego del corazón.

No hay cosa que tanto os conviene tener para llegar al fin de la jornada en que Dios os puso como de corazón confiar en Él".

Iglesia Universal

SANTO PADRE

Discurso en la ceremonia de bienvenida con motivo del viaje apostólico a México

Aeropuerto de Guanajuato (León, México), 23 de marzo de 2012

Excelentísimo Señor Presidente de la República,

Señores Cardenales,

Venerados hermanos en el Episcopado y el Sacerdocio,

Distinguidas autoridades,

Amado pueblo de Guanajuato y de México entero

Me siento muy feliz de estar aquí, y doy gracias a Dios por haberme permitido realizar el deseo, guardado en mi corazón desde hace mucho tiempo, de poder confirmar en la fe al Pueblo de Dios de esta gran nación en su propia tierra. Es proverbial el fervor del pueblo mexicano con el Sucesor de Pedro, que lo tiene siempre muy presente en su oración. Lo digo en este lugar, considerado el centro geográfico de su territorio, al cual ya quiso venir desde su primer viaje mi venerado predecesor, el beato Juan Pablo II. Al no poder hacerlo, dejó en aquella ocasión un mensaje de aliento y bendición cuando sobrevolaba su espacio aéreo. Hoy me siento dichoso de hacerme eco de sus palabras, en suelo firme y entre ustedes: Agradezco - decía en su mensaje - el afecto al Papa y la fidelidad al Señor de los fieles del Bajío y de Guanajuato. Que Dios les acompañe siempre (cf. *Telegrama*, 30 enero 1979).

Con este recuerdo entrañable, le doy las gracias, Señor Presidente, por su cálido recibimiento, y saludo con deferencia a su distinguida esposa y demás autoridades que han querido honrarme con su presencia. Un saludo muy especial a Monseñor José Guadalupe Martín Rábago, Arzobispo de León, así como a Monseñor Carlos Aguiar Retes, Arzobispo de Tlalnepantla, y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano y del Consejo Episcopal Latinoamericano. Con esta breve visita, deseo estrechar las manos de todos los mexicanos y abarcar a las naciones y pueblos latinoamericanos, bien representados aquí por tantos obispos, precisamente en este lugar en el que el majestuoso monumento a Cristo Rey, en el cerro del Cubilete, da muestra de la raigambre de la fe católica entre los mexicanos, que se acogen a su constante bendición en todas sus vicisitudes.

México, y la mayoría de los pueblos latinoamericanos, han conmemorado el bicentenario de su independencia, o lo están haciendo en estos años. Muchas han sido las celebraciones religiosas para dar gracias a Dios por este momento tan importante y significativo. Y en ellas, como se hizo en la Santa Misa en la Basílica de San Pedro, en Roma, en la solemnidad de Nuestra Señora de Guadalupe, se invocó con fervor a María Santísima, que hizo ver con dulzura cómo el Señor ama a todos y se entregó por ellos sin distinciones. Nuestra Madre del cielo ha seguido velando por la fe de sus hijos también en la formación de estas naciones, y lo sigue haciendo hoy ante los nuevos desafíos que se les presentan.

Vengo como peregrino de la fe, de la esperanza y de la caridad. Deseo confirmar en la fe a los creyentes en Cristo, afianzarlos en ella y animarlos a revitalizarla con la escucha de la Palabra de Dios, los sacramentos y la coherencia de vida. Así podrán compartirla con los demás, como misioneros entre sus hermanos, y ser fermento en la sociedad, contribuyendo a una convivencia respetuosa y pacífica, basada en la inigualable dignidad de toda persona humana, creada por Dios, y que ningún poder tiene derecho a olvidar o despreciar. Esta dignidad se expresa de manera eminente en el derecho fundamental a la libertad religiosa, en su genuino sentido y en su plena integridad.

Como peregrino de la esperanza, les digo con san Pablo: «No se entristezcan como los que no tienen esperanza» (*1 Ts* 4,13). La confianza en Dios ofrece la certeza de encontrarlo, de recibir su gracia, y en ello se basa la esperanza de quien cree. Y, sabiendo esto, se esfuerza en transformar también las estructuras y acontecimientos presentes poco gratos, que parecen inconmovibles e insuperables, ayudando a quien no encuentra en la vida sentido ni porvenir. Sí, la esperanza cambia la existencia concreta de cada hombre y cada mujer de manera real (cf. *Spe salvi*, 2). La esperanza apunta a «un cielo nuevo y una tierra nueva» (*Ap* 21,1), tratando de ir haciendo palpable ya ahora algunos de sus reflejos. Además, cuando arraiga en un pueblo, cuando se comparte, se difunde como la luz que despeja las tinieblas que ofuscan y atenazan. Este país, este Continente, está llamado a vivir la esperanza en Dios como una convicción profunda, convirtiéndola en una actitud del corazón y en un compromiso concreto de caminar juntos hacia un mundo mejor. Como ya dije en Roma, «continúen avanzando sin desfallecer en la construcción de una sociedad cimentada en el desarrollo del bien, el triunfo del amor y la difusión de la justicia» (*Homilía en la solemnidad de Nuestra Señor de Guadalupe*, Roma, 12 diciembre 2011).

Junto a la fe y la esperanza, el creyente en Cristo, y la Iglesia en su conjunto, vive y practica la caridad como elemento esencial de su misión. En su acepción primera, la caridad «es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación» (*Deus caritas est*, 31,a), como es socorrer a los que padecen hambre, carecen de cobijo, están enfermos o necesitados en algún aspecto de su existencia. Nadie queda excluido por su origen o creencias de esta misión de la Iglesia, que no entra en competencia con otras iniciativas privadas o públicas, es más, ella colabora gustosa con quienes persiguen estos mismos fines. Tampoco pretende otra cosa que hacer de manera desinteresada y respetuosa el bien al menesteroso, a quien tantas veces lo que más le falta es precisamente una muestra de amor auténtico.

Señor Presidente, amigos todos: en estos días pediré encarecidamente al Señor y a la Virgen de Guadalupe por este pueblo, para que haga honor a la fe recibida y a sus mejores tradiciones; y rezaré especialmente por quienes más lo precisan, particularmente por los que sufren a causa de antiguas y nuevas rivalidades, resentimientos y formas de violencia. Ya sé que estoy en un país orgulloso de su hospitalidad y deseoso de que nadie se sienta extraño en su tierra. Lo sé, lo sabía ya, pero ahora lo veo y lo siento muy dentro del corazón. Espero con toda mi alma que lo sientan también tantos mexicanos que viven fuera de su patria natal, pero que nunca la olvidan y desean verla crecer en la concordia y en un auténtico desarrollo integral. Muchas gracias.

Homilía con motivo de la celebración de vísperas con los obispos de México, América Latina y Caribe

Catedral de León (México), 25 de marzo de 2012

Señores Cardenales,

Queridos hermanos en el Episcopado

Es un gran gozo rezar con todos ustedes en esta Basílica-Catedral de León, dedicada a Nuestra Señora de la Luz. En la bella imagen que se venera en este templo, la Santísima Virgen tiene en una mano a su Hijo con gran ternura, y extiende la otra para socorrer a los pecadores. Así ve a María la Iglesia de todos los tiempos, que la alaba por habernos dado al Redentor, y se confía a ella por ser la Madre que su divino Hijo nos dejó desde la cruz. Por eso, nosotros la imploramos frecuentemente como «esperanza nuestra», porque nos ha mostrado a Jesús y transmitido las grandezas que Dios ha hecho y hace con la humanidad, de una manera sencilla, como explicándolas a los pequeños de la casa.

Un signo decisivo de estas grandezas nos la ofrece la lectura breve que hemos proclamado en estas Vísperas. Los habitantes de Jerusalén y sus jefes no reconocieron a Cristo, pero, al condenarlo a muerte, dieron cumplimiento de hecho a las palabras de los profetas (cf. *Hch* 13,27). Sí, la maldad y la ignorancia de los hombres no es capaz de frenar el plan divino de salvación, la redención. El mal no puede tanto.

Otra maravilla de Dios nos la recuerda el segundo salmo que acabamos de recitar: Las «peñas» se transforman «en estanques, el pedernal en manantiales de agua» (*Sal* 113,8). Lo que podría ser piedra de tropiezo y de escándalo, con el triunfo de Jesús sobre la muerte se convierte en piedra angular: «Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente» (*Sal* 117,23). No hay motivos, pues, para rendirse al despotismo del mal. Y pidamos al Señor Resucitado que manifieste su fuerza en nuestras debilidades y penurias.

Esperaba con gran ilusión este encuentro con ustedes, Pastores de la Iglesia de Cristo que peregrina en México y en los diversos países de este gran Continente, como una ocasión para mirar juntos a Cristo que les ha encomendado la hermosa tarea de anunciar el evangelio en estos pueblos de recia raigambre católica. La situación actual de sus diócesis plantea ciertamente retos y dificultades de muy diversa índole. Pero, sabiendo que el Señor ha resucitado, podemos proseguir confiados, con la convicción de que el mal no tiene la última palabra de la historia, y que Dios es capaz de abrir nuevos espacios a una esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5,5).

Agradezco el cordial saludo que me ha dirigido el Señor Arzobispo de Tlalnepantla y Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano y del Consejo Episcopal Latinoamericano, haciéndose intérprete y portavoz de todos. Y les ruego a ustedes, Pastores de las diversas Iglesias particulares, que, al regresar a sus sedes, trasmitan a sus fieles el afecto entrañable del Papa, que lleva muy dentro de su corazón todos sus sufrimientos y aspiraciones.

Al ver en sus rostros el reflejo de las preocupaciones de la grey que apacientan, me vienen a la mente las Asambleas del Sínodo de los Obispos, en las que los participantes aplauden cuando intervienen quienes ejercen su ministerio en situaciones particularmente dolorosas para la vida y la misión de la Iglesia. Ese gesto brota de la

fe en el Señor, y significa fraternidad en los trabajos apostólicos, así como gratitud y admiración por los que siembran el evangelio entre espinas, unas en forma de persecución, otras de marginación o menosprecio. Tampoco faltan preocupaciones por la carencia de medios y recursos humanos, o las trabas impuestas a la libertad de la Iglesia en el cumplimiento de su misión.

El Sucesor de Pedro participa de estos sentimientos y agradece su solicitud pastoral paciente y humilde. Ustedes no están solos en los contratiempos, como tampoco lo están en los logros evangelizadores. Todos estamos unidos en los padecimientos y en la consolación (cf. *2 Co* 1,5). Sepan que cuentan con un lugar destacado en la plegaria de quien recibió de Cristo el encargo de confirmar en la fe a sus hermanos (cf. *Lc* 22,31), que les anima también en la misión de hacer que nuestro Señor Jesucristo sea cada vez más conocido, amado y seguido en estas tierras, sin dejarse amedrentar por las contrariedades.

La fe católica ha marcado significativamente la vida, costumbres e historia de este Continente, en el que muchas de sus naciones están conmemorando el bicentenario de su independencia. Es un momento histórico en el que siguió brillando el nombre de Cristo, llegado aquí por obra de insignes y abnegados misioneros, que lo proclamaron con audacia y sabiduría. Ellos lo dieron todo por Cristo, mostrando que el hombre encuentra en él su consistencia y la fuerza necesaria para vivir en plenitud y edificar una sociedad digna del ser humano, como su Creador lo ha querido. Aquel ideal de no anteponer nada al Señor, y de hacer penetrante la Palabra de Dios en todos, sirviéndose de los propios signos y mejores tradiciones, sigue siendo una valiosa orientación para los Pastores de hoy.

Las iniciativas que se realicen con motivo del *Año de la fe* deben estar encaminadas a conducir a los hombres hacia Cristo, cuya gracia les permitirá dejar las cadenas del pecado que los esclaviza y avanzar hacia la libertad auténtica y responsable. A esto está ayudando también la *Misión continental* promovida en Aparecida, que tantos frutos de renovación eclesial está ya cosechando en las Iglesias particulares de América Latina y el Caribe. Entre ellos, el estudio, la difusión y meditación de la Sagrada Escritura, que anuncia el amor de Dios y nuestra salvación. En este sentido, los exhorto a seguir abriendo los tesoros del evangelio, a fin de que se conviertan en potencia de esperanza, libertad y salvación para todos los hombres (cf. *Rm* 1,16). Y sean también fieles testigos e intérpretes de la palabra del Hijo encarnado, que vivió para cumplir la voluntad del Padre y, siendo hombre con los hombres, se desvivió por ellos hasta la muerte.

Queridos hermanos en el Episcopado, en el horizonte pastoral y evangelizador que se abre ante nosotros, es de capital relevancia cuidar con gran esmero de los seminaristas, animándolos a que no se precien «de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado» (*1 Co* 2,2). No menos fundamental es la cercanía a los presbíteros, a los que nunca debe faltar la comprensión y el aliento de su Obispo y, si fuera necesario, también su paterna admonición sobre actitudes improcedentes. Son sus primeros colaboradores en la comunión sacramental del sacerdocio, a los que han de mostrar una constante y privilegiada cercanía. Igualmente cabe decir de las diversas formas de vida consagrada, cuyos carismas han de ser valorados con gratitud y acompañados con responsabilidad y respeto al don recibido. Y una atención cada vez más especial se debe a los laicos más comprometidos en la catequesis, la animación litúrgica, la acción caritativa y el compromiso social. Su formación en la fe es cru-

cial para hacer presente y fecundo el evangelio en la sociedad de hoy. Y no es justo que se sientan tratados como quienes apenas cuentan en la Iglesia, no obstante la ilusión que ponen en trabajar en ella según su propia vocación, y el gran sacrificio que a veces les supone esta dedicación. En todo esto, es particularmente importante para los Pastores que reine un espíritu de comunión entre sacerdotes, religiosos y laicos, evitando divisiones estériles, críticas y recelos nocivos.

Con estos vivos deseos, les invito a ser vigías que proclamen día y noche la gloria de Dios, que es la vida del hombre. Estén del lado de quienes son marginados por la fuerza, el poder o una riqueza que ignora a quienes carecen de casi todo. La Iglesia no puede separar la alabanza de Dios del servicio a los hombres. El único Dios Padre y Creador es el que nos ha constituido hermanos: ser hombre es ser hermano y guardián del prójimo. En este camino, junto a toda la humanidad, la Iglesia tiene que revivir y actualizar lo que fue Jesús: el Buen Samaritano, que viniendo de lejos se insertó en la historia de los hombres, nos levantó y se ocupó de nuestra curación.

Queridos hermanos en el Episcopado, la Iglesia en América Latina, que muchas veces se ha unido a Jesucristo en su pasión, ha de seguir siendo semilla de esperanza, que permita ver a todos cómo los frutos de la resurrección alcanzan y enriquecen estas tierras.

Que la Madre de Dios, en su advocación de María Santísima de la Luz, disipe las tinieblas de nuestro mundo y alumbre nuestro camino, para que podamos confirmar en la fe al pueblo latinoamericano en sus fatigas y anhelos, con entereza, valentía y fe firme en quien todo lo puede y a todos ama hasta el extremo.

Amén.

Discurso en la ceremonia de bienvenida con motivo del viaje apostólico a Cuba

Aeropuerto internacional de Santiago de Cuba, 26 de marzo de 2012

Señor Presidente,

Señores Cardenales y Hermanos en el Episcopado,

Excelentísimas Autoridades,

Miembros del Cuerpo Diplomático,

Señores y señoras,

Queridos amigos cubanos:

Le agradezco, Señor Presidente, su acogida y sus corteses palabras de bienvenida, con las que ha querido transmitir también los sentimientos de respeto de parte del gobierno y el pueblo cubano hacia el Sucesor de Pedro. Saludo a las Autoridades que nos acompañan, así como a los miembros del Cuerpo Diplomático aquí presentes. Dirijo un caluroso saludo al Señor Arzobispo de Santiago de Cuba y Presidente de la Conferencia Episcopal, Monseñor Dionisio Guillermo García Ibáñez, al Señor Arzobispo de La Habana, Cardenal Jaime Ortega y Alamino, y a los demás hermanos Obispos de Cuba, a los que manifiesto toda mi cercanía espiritual. Saludo en fin con todo el afecto de mi corazón a los fieles de la Iglesia católica en Cuba, a los queridos habi-

tantes de esta hermosa isla y a todos los cubanos, allá donde se encuentren. Los tengo siempre muy presentes en mi corazón y en mi oración, y más aún en los días en que se acercaba el momento tan deseado de visitarles, y que gracias a la bondad divina he podido realizar.

Al hallarme entre ustedes, no puedo dejar de recordar la histórica visita a Cuba de mi Predecesor, el Beato Juan Pablo II, que ha dejado una huella imborrable en el alma de los cubanos. Para muchos, creyentes o no, su ejemplo y sus enseñanzas constituyen una guía luminosa que les orienta tanto en la vida personal como en la actuación pública al servicio del bien común de la Nación. En efecto, su paso por la isla fue como una suave brisa de aire fresco que dio nuevo vigor a la Iglesia en Cuba, despertando en muchos una renovada conciencia de la importancia de la fe, alentando a abrir los corazones a Cristo, al mismo tiempo que alumbró la esperanza e impulsó el deseo de trabajar audazmente por un futuro mejor. Uno de los frutos importantes de aquella visita fue la inauguración de una nueva etapa en las relaciones entre la Iglesia y el Estado cubano, con un espíritu de mayor colaboración y confianza, si bien todavía quedan muchos aspectos en los que se puede y debe avanzar, especialmente por cuanto se refiere a la aportación imprescindible que la religión está llamada a desempeñar en el ámbito público de la sociedad.

Me complace vivamente unirme a vuestra alegría con motivo de la celebración del cuatrocientos aniversario del hallazgo de la bendita imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre. Su entrañable figura ha estado desde el principio muy presente tanto en la vida personal de los cubanos como en los grandes acontecimientos del País, de modo muy particular durante su independencia, siendo venerada por todos como verdadera madre del pueblo cubano. La devoción a «la Virgen Mambisa» ha sostenido la fe y ha alentado la defensa y promoción de cuanto dignifica la condición humana y sus derechos fundamentales; y continúa haciéndolo aún hoy con más fuerza, dando así testimonio visible de la fecundidad de la predicación del evangelio en estas tierras, y de las profundas raíces cristianas que conforman la identidad más honda del alma cubana. Siguiendo la estela de tantos peregrinos a lo largo de estos siglos, también yo deseo ir a El Cobre a postrarme a los pies de la Madre de Dios, para agradecerle sus desvelos por todos sus hijos cubanos y pedirle su intercesión para que guíe los destinos de esta amada Nación por los caminos de la justicia, la paz, la libertad y la reconciliación.

Vengo a Cuba como peregrino de la caridad, para confirmar a mis hermanos en la fe y alentarles en la esperanza, que nace de la presencia del amor de Dios en nuestras vidas. Llevo en mi corazón las justas aspiraciones y legítimos deseos de todos los cubanos, dondequiera que se encuentren, sus sufrimientos y alegrías, sus preocupaciones y anhelos más nobles, y de modo especial de los jóvenes y los ancianos, de los adolescentes y los niños, de los enfermos y los trabajadores, de los presos y sus familiares, así como de los pobres y necesitados.

Muchas partes del mundo viven hoy un momento de especial dificultad económica, que no pocos concuerdan en situar en una profunda crisis de tipo espiritual y moral, que ha dejado al hombre vacío de valores y desprotegido frente a la ambición y el egoísmo de ciertos poderes que no tienen en cuenta el bien auténtico de las personas y las familias. No se puede seguir por más tiempo en la misma dirección cultural y moral que ha causado la dolorosa situación que tantos experimentan. En cambio, el progreso verdadero tiene necesidad de una ética que coloque en el centro a la persona hu-

mana y tenga en cuenta sus exigencias más auténticas, de modo especial su dimensión espiritual y religiosa. Por eso, en el corazón y el pensamiento de muchos, se abre paso cada vez más la certeza de que la regeneración de las sociedades y del mundo requiere hombres rectos, de firmes convicciones morales y altos valores de fondo que no sean manipulables por estrechos intereses, y que respondan a la naturaleza inmutable y trascendente del ser humano.

Queridos amigos, estoy convencido de que Cuba, en este momento especialmente importante de su historia, está mirando ya al mañana, y para ello se esfuerza por renovar y ensanchar sus horizontes, a lo que cooperará ese inmenso patrimonio de valores espirituales y morales que han ido conformando su identidad más genuina, y que se encuentran esculpidos en la obra y la vida de muchos insignes padres de la patria, como el Beato José Olallo y Valdés, el Siervo de Dios Félix Varela o el prócer José Martí. La Iglesia, por su parte, ha sabido contribuir diligentemente al cultivo de esos valores mediante su generosa y abnegada misión pastoral, y renueva sus propósitos de seguir trabajando sin descanso por servir mejor a todos los cubanos.

Ruego al Señor que bendiga copiosamente a esta tierra y a sus hijos, en particular a los que se sienten desfavorecidos, a los marginados y a cuantos sufren en el cuerpo o en el espíritu, al mismo tiempo que, por intercesión de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, conceda a todos un futuro lleno de esperanza, solidaridad y concordia. Muchas gracias.

Homilía en la Misa con motivo del 400º aniversario del hallazgo de la Virgen de la Caridad del cobre

Plaza Antonio Maceo (Santiago de Cuba), 26 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Doy gracias a Dios que me ha permitido venir hasta ustedes y realizar este tan deseado viaje. Saludo a Monseñor Dionisio García Ibáñez, Arzobispo de Santiago de Cuba, agradeciéndole sus amables palabras de acogida en nombre de todos; saludo asimismo a los obispos cubanos y a los venidos de otros lugares, así como a los sacerdotes, religiosos, seminaristas y fieles laicos presentes en esta celebración. No puedo olvidar a los que por enfermedad, avanzada edad u otros motivos, no han podido estar aquí con nosotros. Saludo también a las autoridades que han querido gentilmente acompañarnos.

Esta santa Misa, que tengo la alegría de presidir por primera vez en mi visita pastoral a este país, se inserta en el contexto del Año Jubilar mariano, convocado para honrar y venerar a la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, en el cuatrocientos aniversario del hallazgo y presencia de su venerada imagen en estas tierras benditas. No ignoro el sacrificio y dedicación con que se ha preparado este jubileo, especialmente en lo espiritual. Me ha llenado de emoción conocer el fervor con el que María ha sido saludada e invocada por tantos cubanos, en su peregrinación por todos los rincones y lugares de la Isla.

Estos acontecimientos importantes de la Iglesia en Cuba se ven iluminados con in-

usitado resplandor por la fiesta que hoy celebra la Iglesia universal: la anunciación del Señor a la Virgen María. En efecto, la encarnación del Hijo de Dios es el misterio central de la fe cristiana, y en él, María ocupa un puesto de primer orden. Pero, ¿cuál es el significado de este misterio? Y, ¿cuál es la importancia que tiene para nuestra vida concreta?

Veamos ante todo qué significa la encarnación. En el evangelio de san Lucas hemos escuchado las palabras del ángel a María: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios» (*Lc* 1,35). En María, el Hijo de Dios se hace hombre, cumpliéndose así la profecía de Isaías: «Mirad, la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa «Dios-con-nosotros»» (*Is* 7,14). Sí, Jesús, el Verbo hecho carne, es el Dios-con-nosotros, que ha venido a habitar entre nosotros y a compartir nuestra misma condición humana. El apóstol san Juan lo expresa de la siguiente manera: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (*Jn* 1,14). La expresión «se hizo carne» apunta a la realidad humana más concreta y tangible. En Cristo, Dios ha venido realmente al mundo, ha entrado en nuestra historia, ha puesto su morada entre nosotros, cumpliéndose así la íntima aspiración del ser humano de que el mundo sea realmente un hogar para el hombre. En cambio, cuando Dios es arrojado fuera, el mundo se convierte en un lugar inhóspito para el hombre, frustrando al mismo tiempo la verdadera vocación de la creación de ser espacio para la alianza, para el «sí» del amor entre Dios y la humanidad que le responde. Y así hizo María como primicia de los creyentes con su «sí» al Señor sin reservas.

Por eso, al contemplar el misterio de la encarnación no podemos dejar de dirigir a ella nuestros ojos, para llenarnos de asombro, de gratitud y amor al ver cómo nuestro Dios, al entrar en el mundo, ha querido contar con el consentimiento libre de una criatura suya. Sólo cuando la Virgen respondió al ángel, «aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (*Lc* 1,38), a partir de ese momento el Verbo eterno del Padre comenzó su existencia humana en el tiempo. Resulta conmovedor ver cómo Dios no sólo respeta la libertad humana, sino que parece necesitarla. Y vemos también cómo el comienzo de la existencia terrena del Hijo de Dios está marcado por un doble «sí» a la voluntad salvífica del Padre, el de Cristo y el de María. Esta obediencia a Dios es la que abre las puertas del mundo a la verdad, a la salvación. En efecto, Dios nos ha creado como fruto de su amor infinito, por eso vivir conforme a su voluntad es el camino para encontrar nuestra genuina identidad, la verdad de nuestro ser, mientras que apartarse de Dios nos aleja de nosotros mismos y nos precipita en el vacío. La obediencia en la fe es la verdadera libertad, la auténtica redención, que nos permite unirnos al amor de Jesús en su esfuerzo por conformarse a la voluntad del Padre. La redención es siempre este proceso de llevar la voluntad humana a la plena comunión con la voluntad divina (cf. *Lectio divina con el clero de Roma*, 18 febrero 2010).

Queridos hermanos, hoy alabamos a la Virgen Santísima por su fe y con santa Isabel le decimos también nosotros: «Bienaventurada la que ha creído» (*Lc* 1,45). Como dice san Agustín, María concibió antes a Cristo por la fe en su corazón que físicamente en su vientre; María creyó y se cumplió en ella lo que creía (cf. *Sermón* 215, 4: *PL* 38,1074). Pidamos nosotros al Señor que nos aumente la fe, que la haga activa y fecunda en el amor. Pidámosle que sepamos como ella acoger en nuestro corazón la palabra de Dios y llevarla a la práctica con docilidad y constancia.

La Virgen María, por su papel insustituible en el misterio de Cristo, representa

la imagen y el modelo de la Iglesia. También la Iglesia, al igual que hizo la Madre de Cristo, está llamada a acoger en sí el misterio de Dios que viene a habitar en ella. Queridos hermanos, sé con cuánto esfuerzo, audacia y abnegación trabajan cada día para que, en las circunstancias concretas de su País, y en este tiempo de la historia, la Iglesia refleje cada vez más su verdadero rostro como lugar en el que Dios se acerca y encuentra con los hombres. La Iglesia, cuerpo vivo de Cristo, tiene la misión de prolongar en la tierra la presencia salvífica de Dios, de abrir el mundo a algo más grande que sí mismo, al amor y la luz de Dios. Vale la pena, queridos hermanos, dedicar toda la vida a Cristo, crecer cada día en su amistad y sentirse llamado a anunciar la belleza y bondad de su vida a todos los hombres, nuestros hermanos. Les aliento en su tarea de sembrar el mundo con la Palabra de Dios y de ofrecer a todos el alimento verdadero del cuerpo de Cristo. Cercana ya la Pascua, decidámonos sin miedos ni complejos a seguir a Jesús en su camino hacia la cruz. Aceptemos con paciencia y fe cualquier contrariedad o aflicción, con la convicción de que, en su resurrección, él ha derrotado el poder del mal que todo lo oscurece, y ha hecho amanecer un mundo nuevo, el mundo de Dios, de la luz, de la verdad y la alegría. El Señor no dejará de bendecir con frutos abundantes la generosidad de su entrega.

El misterio de la encarnación, en el que Dios se hace cercano a nosotros, nos muestra también la dignidad incomparable de toda vida humana. Por eso, en su proyecto de amor, desde la creación, Dios ha encomendado a la familia fundada en el matrimonio la altísima misión de ser célula fundamental de la sociedad y verdadera Iglesia doméstica. Con esta certeza, ustedes, queridos esposos, han de ser, de modo especial para sus hijos, signo real y visible del amor de Cristo por la Iglesia. Cuba tiene necesidad del testimonio de su fidelidad, de su unidad, de su capacidad de acoger la vida humana, especialmente la más indefensa y necesitada.

Queridos hermanos, ante la mirada de la Virgen de la Caridad del Cobre, deseo hacer un llamado para que den nuevo vigor a su fe, para que vivan de Cristo y para Cristo, y con las armas de la paz, el perdón y la comprensión, luchen para construir una sociedad abierta y renovada, una sociedad mejor, más digna del hombre, que refleje más la bondad de Dios.

Amén.

Homilía con motivo de la Santa Misa concelebrada con los obispos cubanos

Plaza de la Revolución (La Habana), 28 de marzo de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

«Bendito eres, Señor Dios..., bendito tu nombre santo y glorioso» (*Dn* 3,52). Este himno de bendición del libro de Daniel resuena hoy en nuestra liturgia invitándonos reiteradamente a bendecir y alabar a Dios. Somos parte de la multitud de ese coro que celebra al Señor sin cesar. Nos unimos a este concierto de acción de gracias, y ofrecemos nuestra voz alegre y confiada, que busca cimentar en el amor y la verdad el camino de la fe.

«Bendito sea Dios» que nos reúne en esta emblemática plaza, para que ahondemos más profundamente en su vida. Siento una gran alegría de encontrarme hoy entre ustedes y presidir esta Santa Misa en el corazón de este Año jubilar dedicado a la Virgen de la Caridad del Cobre.

Saludo cordialmente al Cardenal Jaime Ortega y Alamino, Arzobispo de La Habana, y le agradezco las corteses palabras que me ha dirigido en nombre de todos. Extiendo mi saludo a los Señores Cardenales, a mis hermanos Obispos de Cuba y de otros países, que han querido participar en esta solemne celebración. Saludo también a los sacerdotes, seminaristas, religiosos y a todos los fieles aquí congregados, así como a las Autoridades que nos acompañan.

En la primera lectura proclamada, los tres jóvenes, perseguidos por el soberano babilonio, prefieren afrontar la muerte abrasados por el fuego antes que traicionar su conciencia y su fe. Ellos encontraron la fuerza de «alabar, glorificar y bendecir a Dios» en la convicción de que el Señor del cosmos y la historia no los abandonaría a la muerte y a la nada. En efecto, Dios nunca abandona a sus hijos, nunca los olvida. Él está por encima de nosotros y es capaz de salvarnos con su poder. Al mismo tiempo, es cercano a su pueblo y, por su Hijo Jesucristo, ha deseado poner su morada entre nosotros.

«Si os mantenéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (*Jn* 8,31). En este texto del Evangelio que se ha proclamado, Jesús se revela como el Hijo de Dios Padre, el Salvador, el único que puede mostrar la verdad y dar la genuina libertad. Su enseñanza provoca resistencia e inquietud entre sus interlocutores, y Él los acusa de buscar su muerte, aludiendo al supremo sacrificio en la cruz, ya cercano. Aun así, los conmina a creer, a mantener la Palabra, para conocer la verdad que redime y dignifica.

En efecto, la verdad es un anhelo del ser humano, y buscarla siempre supone un ejercicio de auténtica libertad. Muchos, sin embargo, prefieren los atajos e intentan eludir esta tarea. Algunos, como Poncio Pilato, ironizan con la posibilidad de poder conocer la verdad (cf. *Jn* 18, 38), proclamando la incapacidad del hombre para alcanzarla o negando que exista una verdad para todos. Esta actitud, como en el caso del escepticismo y el relativismo, produce un cambio en el corazón, haciéndolos fríos, vacilantes, distantes de los demás y encerrados en sí mismos. Personas que se lavan las manos como el gobernador romano y dejan correr el agua de la historia sin comprometerse.

Por otra parte, hay otros que interpretan mal esta búsqueda de la verdad, llevándolos a la irracionalidad y al fanatismo, encerrándose en «su verdad» e intentando imponerla a los demás. Son como aquellos legalistas obcecados que, al ver a Jesús golpeado y sangrante, gritan enfurecidos: «¡Crucifícalo!» (cf. *Jn* 19, 6). Sin embargo, quien actúa irracionalmente no puede llegar a ser discípulo de Jesús. Fe y razón son necesarias y complementarias en la búsqueda de la verdad. Dios creó al hombre con una innata vocación a la verdad y para esto lo dotó de razón. No es ciertamente la irracionalidad, sino el afán de verdad, lo que promueve la fe cristiana. Todo ser humano ha de indagar la verdad y optar por ella cuando la encuentra, aun a riesgo de afrontar sacrificios.

Además, la verdad sobre el hombre es un presupuesto ineludible para alcanzar la libertad, pues en ella descubrimos los fundamentos de una ética con la que todos pueden confrontarse, y que contiene formulaciones claras y precisas sobre la vida y la muerte, los deberes y los derechos, el matrimonio, la familia y la sociedad, en definitiva, sobre la dignidad inviolable del ser humano. Este patrimonio ético es lo que

puede acercar a todas las culturas, pueblos y religiones, las autoridades y los ciudadanos, y a los ciudadanos entre sí, a los creyentes en Cristo con quienes no creen en él.

El cristianismo, al resaltar los valores que sustentan la ética, no impone, sino que propone la invitación de Cristo a conocer la verdad que hace libres. El creyente está llamado a ofrecerla a sus contemporáneos, como lo hizo el Señor, incluso ante el sombrío presagio del rechazo y de la cruz. El encuentro personal con quien es la verdad en persona nos impulsa a compartir este tesoro con los demás, especialmente con el testimonio.

Queridos amigos, no vacilen en seguir a Jesucristo. En él hallamos la verdad sobre Dios y sobre el hombre. Él nos ayuda a derrotar nuestros egoísmos, a salir de nuestras ambiciones y a vencer lo que nos oprime. El que obra el mal, el que comete pecado, es esclavo del pecado y nunca alcanzará la libertad (cf. *Jn* 8,34). Sólo renunciando al odio y a nuestro corazón duro y ciego seremos libres, y una vida nueva brotará en nosotros.

Convencido de que Cristo es la verdadera medida del hombre, y sabiendo que en él se encuentra la fuerza necesaria para afrontar toda prueba, deseo anunciarles abiertamente al Señor Jesús como Camino, Verdad y Vida. En él todos hallarán la plena libertad, la luz para entender con hondura la realidad y transformarla con el poder renovador del amor.

La Iglesia vive para hacer partícipes a los demás de lo único que ella tiene, y que no es sino Cristo, esperanza de la gloria (cf. *Col* 1,27). Para poder ejercer esta tarea, ha de contar con la esencial libertad religiosa, que consiste en poder proclamar y celebrar la fe también públicamente, llevando el mensaje de amor, reconciliación y paz que Jesús trajo al mundo. Es de reconocer con alegría que en Cuba se han ido dando pasos para que la Iglesia lleve a cabo su misión insoslayable de expresar pública y abiertamente su fe. Sin embargo, es preciso seguir adelante, y deseo animar a las instancias gubernamentales de la Nación a reforzar lo ya alcanzado y a avanzar por este camino de genuino servicio al bien común de toda la sociedad cubana.

El derecho a la libertad religiosa, tanto en su dimensión individual como comunitaria, manifiesta la unidad de la persona humana, que es ciudadano y creyente a la vez. Legitima también que los creyentes ofrezcan una contribución a la edificación de la sociedad. Su refuerzo consolida la convivencia, alimenta la esperanza en un mundo mejor, crea condiciones propicias para la paz y el desarrollo armónico, al mismo tiempo que establece bases firmes para afianzar los derechos de las generaciones futuras.

Cuando la Iglesia pone de relieve este derecho, no está reclamando privilegio alguno. Pretende sólo ser fiel al mandato de su divino fundador, consciente de que donde Cristo se hace presente, el hombre crece en humanidad y encuentra su consistencia. Por eso, ella busca dar este testimonio en su predicación y enseñanza, tanto en la catequesis como en ámbitos escolares y universitarios. Es de esperar que pronto llegue aquí también el momento de que la Iglesia pueda llevar a los campos del saber los beneficios de la misión que su Señor le encomendó y que nunca puede descuidar.

Ejemplo preclaro de esta labor fue el insigne sacerdote Félix Varela, educador y maestro, hijo ilustre de esta ciudad de La Habana, que ha pasado a la historia de Cuba como el primero que enseñó a pensar a su pueblo. El Padre Varela nos presenta el camino para una verdadera transformación social: formar hombres virtuosos para forjar una nación digna y libre, ya que esta trasformación dependerá de la vida espiritual del hombre, pues «no hay patria sin virtud»

(*Cartas a Elpidio*, carta sexta, Madrid 1836, 220). Cuba y el mundo necesitan cambios, pero éstos se darán sólo si cada uno está en condiciones de preguntarse por la verdad y se decide a tomar el camino del amor, sembrando reconciliación y fraternidad.

Invocando la materna protección de María Santísima, pidamos que cada vez que participemos en la Eucaristía nos hagamos también testigos de la caridad, que responde al mal con el bien (cf. *Rm* 12,21), ofreciéndonos como hostia viva a quien amorosamente se entregó por nosotros. Caminemos a la luz de Cristo, que es el que puede destruir la tiniebla del error. Supliquémosle que, con el valor y la reciedumbre de los santos, lleguemos a dar una respuesta libre, generosa y coherente a Dios, sin miedos ni rencores.

Amén.

Mensaje con motivo de la XXVII Jornada Mundial de la Juventud

1 de abril de 2012

«¡Alegraos siempre en el Señor!» (*Flp* 4,4)

Queridos jóvenes:

Me alegro de dirigirme de nuevo a vosotros con ocasión de la XXVII Jornada Mundial de la Juventud. El recuerdo del encuentro de Madrid el pasado mes de agosto sigue muy presente en mi corazón. Ha sido un momento extraordinario de gracia, durante el cual el Señor ha bendecido a los jóvenes allí presentes, venidos del mundo entero. Doy gracias a Dios por los muchos frutos que ha suscitado en aquellas jornadas y que en el futuro seguirán multiplicándose entre los jóvenes y las comunidades a las que pertenecen. Ahora nos estamos dirigiendo ya hacia la próxima cita en Río de Janeiro en el año 2013, que tendrá como tema «¡Id y haced discípulos a todos los pueblos!» (cf. *Mt* 28,19).

Este año, el tema de la Jornada Mundial de la Juventud nos lo da la exhortación de la *Carta del apóstol san Pablo a los Filipenses*: «¡Alegraos siempre en el Señor!» (4,4). En efecto, La alegría es un elemento central de la experiencia cristiana. También experimentamos en cada Jornada Mundial de la Juventud una alegría intensa, la alegría de la comunión, la alegría de ser cristianos, la alegría de la fe. Esta es una de las características de estos encuentros. Vemos la fuerza atrayente que ella tiene: en un mundo marcado a menudo por la tristeza y la inquietud, la alegría es un testimonio importante de la belleza y fiabilidad de la fe cristiana.

La Iglesia tiene la vocación de llevar la alegría al mundo, una alegría auténtica y duradera, aquella que los ángeles anunciaron a los pastores de Belén en la noche del nacimiento de Jesús (cf. *Lc* 2,10). Dios no sólo ha hablado, no sólo ha cumplido signos prodigiosos en la historia de la humanidad, sino que se ha hecho tan cercano que ha llegado a hacerse uno de nosotros, recorriendo las etapas de la vida entera del hom-

bre. En el difícil contexto actual, muchos jóvenes en vuestro entorno tienen una inmensa necesidad de sentir que el mensaje cristiano es un mensaje de alegría y esperanza. Quisiera reflexionar ahora con vosotros sobre esta alegría, sobre los caminos para encontrarla, para que podáis vivirla cada vez con mayor profundidad y ser mensajeros de ella entre los que os rodean.

1. Nuestro corazón está hecho para la alegría

La aspiración a la alegría está grabada en lo más íntimo del ser humano. Más allá de las satisfacciones inmediatas y pasajeras, nuestro corazón busca la alegría profunda, plena y perdurable, que pueda dar «sabor» a la existencia. Y esto vale sobre todo para vosotros, porque la juventud es un período de un continuo descubrimiento de la vida, del mundo, de los demás y de sí mismo. Es un tiempo de apertura hacia el futuro, donde se manifiestan los grandes deseos de felicidad, de amistad, del compartir y de verdad; donde uno es impulsado por ideales y se conciben proyectos.

Cada día el Señor nos ofrece tantas alegrías sencillas: la alegría de vivir, la alegría ante la belleza de la naturaleza, la alegría de un trabajo bien hecho, la alegría del servicio, la alegría del amor sincero y puro. Y si miramos con atención, existen tantos motivos para la alegría: los hermosos momentos de la vida familiar, la amistad compartida, el descubrimiento de las propias capacidades personales y la consecución de buenos resultados, el aprecio que otros nos tienen, la posibilidad de expresarse y sentirse comprendidos, la sensación de ser útiles para el prójimo. Y, además, la adquisición de nuevos conocimientos mediante los estudios, el descubrimiento de nuevas dimensiones a través de viajes y encuentros, la posibilidad de hacer proyectos para el futuro. También pueden producir en nosotros una verdadera alegría la experiencia de leer una obra literaria, de admirar una obra maestra del arte, de escuchar e interpretar la música o ver una película.

Pero cada día hay tantas dificultades con las que nos encontramos en nuestro corazón, tenemos tantas preocupaciones por el futuro, que nos podemos preguntar si la alegría plena y duradera a la cual aspiramos no es quizá una ilusión y una huída de la realidad. Hay muchos jóvenes que se preguntan: ¿es verdaderamente posible hoy en día la alegría plena? Esta búsqueda sigue varios caminos, algunos de los cuales se manifiestan como erróneos, o por lo menos peligrosos. Pero, ¿cómo podemos distinguir las alegrías verdaderamente duraderas de los placeres inmediatos y engañosos? ¿Cómo podemos encontrar en la vida la verdadera alegría, aquella que dura y no nos abandona ni en los momentos más difíciles?

2. Dios es la fuente de la verdadera alegría

En realidad, todas las alegrías auténticas, ya sean las pequeñas del día a día o las grandes de la vida, tienen su origen en Dios, aunque no lo parezca a primera vista, porque Dios es comunión de amor eterno, es alegría infinita que no se encierra en sí misma, sino que se difunde en aquellos que Él ama y que le aman. Dios nos ha creado a su imagen por amor y para derramar sobre nosotros su amor, para colmarnos de su presencia y su gracia. Dios quiere hacernos partícipes de su alegría, divina y eterna, haciendo que descubramos que el valor y el sentido profundo de nuestra vida está en el ser aceptados, acogidos y amados por Él, y no con una acogida frágil como puede ser la humana, sino con una acogida incondicional como lo es la divina: yo soy amado, tengo un puesto en el mundo y en la historia, soy amado personalmente por Dios. Y si Dios me acepta, me ama y estoy seguro de ello,

entonces sabré con claridad y certeza que es bueno que yo sea, que exista.

Este amor infinito de Dios para con cada uno de nosotros se manifiesta de modo pleno en Jesucristo. En Él se encuentra la alegría que buscamos. En el Evangelio vemos cómo los hechos que marcan el inicio de la vida de Jesús se caracterizan por la alegría. Cuando el arcángel Gabriel anuncia a la Virgen María que será madre del Salvador, comienza con esta palabra: «¡Alégrate!» (*Lc* 1,28). En el nacimiento de Jesús, el Ángel del Señor dice a los pastores: «Os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor» (*Lc* 2,11). Y los Magos que buscaban al niño, «al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría» (*Mt* 2,10). El motivo de esta alegría es, por lo tanto, la cercanía de Dios, que se ha hecho uno de nosotros. Esto es lo que san Pablo quiso decir cuando escribía a los cristianos de Filipos: «Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos. Que vuestra mesura la conozca todo el mundo. El Señor está cerca» (*Flp* 4,4-5). La primera causa de nuestra alegría es la cercanía del Señor, que me acoge y me ama.

En efecto, el encuentro con Jesús produce siempre una gran alegría interior. Lo podemos ver en muchos episodios de los Evangelios. Recordemos la visita de Jesús a Zaqueo, un recaudador de impuestos deshonesto, un pecador público, a quien Jesús dice: «Es necesario que hoy me quede en tu casa». Y san Lucas dice que Zaqueo «lo recibió muy contento» (*Lc* 19,5-6). Es la alegría del encuentro con el Señor; es sentir el amor de Dios que puede transformar toda la existencia y traer la salvación. Zaqueo decide cambiar de vida y dar la mitad de sus bienes a los pobres.

En la hora de la pasión de Jesús, este amor se manifiesta con toda su fuerza. Él, en los últimos momentos de su vida terrena, en la cena con sus amigos, dice: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor... Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud» (*Jn* 15,9.11). Jesús quiere introducir a sus discípulos y a cada uno de nosotros en la alegría plena, la que Él comparte con el Padre, para que el amor con que el Padre le ama esté en nosotros (cf. *Jn* 17,26). La alegría cristiana es abrirse a este amor de Dios y pertenecer a Él.

Los Evangelios relatan que María Magdalena y otras mujeres fueron a visitar el sepulcro donde habían puesto a Jesús después de su muerte y recibieron de un Ángel una noticia desconcertante, la de su resurrección. Entonces, así escribe el Evangelista, abandonaron el sepulcro a toda prisa, «llenas de miedo y de alegría», y corrieron a anunciar la feliz noticia a los discípulos. Jesús salió a su encuentro y dijo: «Alegraos» (*Mt* 28,8-9). Es la alegría de la salvación que se les ofrece: Cristo es el viviente, es el que ha vencido el mal, el pecado y la muerte. Él está presente en medio de nosotros como el Resucitado, hasta el final de los tiempos (cf. *Mt* 28,21). El mal no tiene la última palabra sobre nuestra vida, sino que la fe en Cristo Salvador nos dice que el amor de Dios es el que vence.

Esta profunda alegría es fruto del Espíritu Santo que nos hace hijos de Dios, capaces de vivir y gustar su bondad, de dirigirnos a Él con la expresión «Abba», Padre (cf. *Rm* 8,15). La alegría es signo de su presencia y su acción en nosotros.

3. Conservar en el corazón la alegría cristiana

Aquí nos preguntamos: ¿Cómo podemos recibir y conservar este don de la alegría profunda, de la alegría espiritual?

Un Salmo dice: «Sea el Señor tu delicia, y él te dará lo que pide tu corazón» (*Sal* 37,4). Jesús explica que «El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo» (*Mt* 13,44). Encontrar y conservar la alegría espiritual surge del encuentro con el Señor, que pide que le sigamos, que nos decidamos con determinación, poniendo toda nuestra confianza en Él. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de arriesgar vuestra vida abriéndola a Jesucristo y su Evangelio; es el camino para tener la paz y la verdadera felicidad dentro de nosotros mismos, es el camino para la verdadera realización de nuestra existencia de hijos de Dios, creados a su imagen y semejanza.

Buscar la alegría en el Señor: la alegría es fruto de la fe, es reconocer cada día su presencia, su amistad: «El Señor está cerca» (*Flp* 4,5); es volver a poner nuestra confianza en Él, es crecer en su conocimiento y en su amor. El «Año de la Fe», que iniciaremos dentro de pocos meses, nos ayudará y estimulará. Queridos amigos, aprended a ver cómo actúa Dios en vuestras vidas, descubridlo oculto en el corazón de los acontecimientos de cada día. Creed que Él es siempre fiel a la alianza que ha sellado con vosotros el día de vuestro Bautismo. Sabed que jamás os abandonará. Dirigid a menudo vuestra mirada hacia Él. En la cruz entregó su vida porque os ama. La contemplación de un amor tan grande da a nuestros corazones una esperanza y una alegría que nada puede destruir. Un cristiano nunca puede estar triste porque ha encontrado a Cristo, que ha dado la vida por él.

Buscar al Señor, encontrarlo, significa también acoger su Palabra, que es alegría para el corazón. El profeta Jeremías escribe: «Si encontraba tus palabras, las devoraba: tus palabras me servían de gozo, eran la alegría de mi corazón» (*Jr* 15,16). Aprended a leer y meditar la Sagrada Escritura; allí encontraréis una respuesta a las preguntas más profundas sobre la verdad que anida en vuestro corazón y vuestra mente. La Palabra de Dios hace que descubramos las maravillas que Dios ha obrado en la historia del hombre y que, llenos de alegría, proclamemos en alabanza y adoración: «Venid, aclamemos al Señor... postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro» (*Sal* 95,1.6).

La Liturgia en particular, es el lugar por excelencia donde se manifiesta la alegría que la Iglesia recibe del Señor y transmite al mundo. Cada domingo, en la Eucaristía, las comunidades cristianas celebran el Misterio central de la salvación: la muerte y resurrección de Cristo. Este es un momento fundamental para el camino de cada discípulo del Señor, donde se hace presente su sacrificio de amor; es el día en el que encontramos al Cristo Resucitado, escuchamos su Palabra, nos alimentamos de su Cuerpo y su Sangre. Un Salmo afirma: «Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo» (*Sal* 118,24). En la noche de Pascua, la Iglesia canta el *Exultet*, expresión de alegría por la victoria de Jesucristo sobre el pecado y la muerte: «¡Exulte el coro de los ángeles... Goce la tierra inundada de tanta claridad... resuene este templo con las aclamaciones del pueblo en fiesta!». La alegría cristiana nace del saberse amados por un Dios que se ha hecho hombre, que ha dado su vida por nosotros y ha vencido el mal y la muerte; es vivir por amor a él. Santa Teresa del Niño Jesús, joven carmelita, escribió: «Jesús, mi alegría es amarte a ti» (*Poesía* 45/7).

4. La alegría del amor

Queridos amigos, la alegría está íntimamente unida al amor; ambos son frutos inseparables del Espíritu Santo (cf. *Ga 5*,23). El amor produce alegría, y la alegría

es una forma del amor. La beata Madre Teresa de Calcuta, recordando las palabras de Jesús: «hay más dicha en dar que en recibir» (*Hch* 20,35), decía: «La alegría es una red de amor para capturar las almas. Dios ama al que da con alegría. Y quien da con alegría da más». El siervo de Dios Pablo VI escribió: «En el mismo Dios, todo es alegría porque todo es un don» (Ex. ap. *Gaudete in Domino*, 9 mayo 1975).

Pensando en los diferentes ámbitos de vuestra vida, quisiera deciros que amar significa constancia, fidelidad, tener fe en los compromisos. Y esto, en primer lugar, con las amistades. Nuestros amigos esperan que seamos sinceros, leales, fieles, porque el verdadero amor es perseverante también y sobre todo en las dificultades. Y lo mismo vale para el trabajo, los estudios y los servicios que desempeñáis. La fidelidad y la perseverancia en el bien llevan a la alegría, aunque ésta no sea siempre inmediata.

Para entrar en la alegría del amor, estamos llamados también a ser generosos, a no conformarnos con dar el mínimo, sino a comprometernos a fondo, con una atención especial por los más necesitados. El mundo necesita hombres y mujeres competentes y generosos, que se pongan al servicio del bien común. Esforzaos por estudiar con seriedad; cultivad vuestros talentos y ponedlos desde ahora al servicio del prójimo. Buscad el modo de contribuir, allí donde estéis, a que la sociedad sea más justa y humana. Que toda vuestra vida esté impulsada por el espíritu de servicio, y no por la búsqueda del poder, del éxito material y del dinero.

A propósito de generosidad, tengo que mencionar una alegría especial; es la que se siente cuando se responde a la vocación de entregar toda la vida al Señor. Queridos jóvenes, no tengáis miedo de la llamada de Cristo a la vida religiosa, monástica, misionera o al sacerdocio. Tened la certeza de que colma de alegría a los que, dedicándole la vida desde esta perspectiva, responden a su invitación a dejar todo para quedarse con Él y dedicarse con todo el corazón al servicio de los demás. Del mismo modo, es grande la alegría que Él regala al hombre y a la mujer que se donan totalmente el uno al otro en el matrimonio para formar una familia y convertirse en signo del amor de Cristo por su Iglesia.

Quisiera mencionar un tercer elemento para entrar en la alegría del amor: hacer que crezca en vuestra vida y en la vida de vuestras comunidades la comunión fraterna. Hay vínculo estrecho entre la comunión y la alegría. No en vano san Pablo escribía su exhortación en plural; es decir, no se dirige a cada uno en singular, sino que afirma: «Alegraos siempre en el Señor» (*Flp* 4,4). Sólo juntos, viviendo en comunión fraterna, podemos experimentar esta alegría. El libro de los *Hechos de los Apóstoles* describe así la primera comunidad cristiana: «Partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón» (*Hch* 2,46). Empleaos también vosotros a fondo para que las comunidades cristianas puedan ser lugares privilegiados en que se comparta, se atienda y cuiden unos a otros.

5. La alegría de la conversión

Queridos amigos, para vivir la verdadera alegría también hay que identificar las tentaciones que la alejan. La cultura actual lleva a menudo a buscar metas, realizaciones y placeres inmediatos, favoreciendo más la inconstancia que la perseverancia en el esfuerzo y la fidelidad a los compromisos. Los mensajes que recibís empujar a entrar en la lógica del consumo, prometiendo una felicidad artificial. La experiencia enseña que el poseer no coincide con la alegría. Hay tantas personas que, a

pesar de tener bienes materiales en abundancia, a menudo están oprimidas por la desesperación, la tristeza y sienten un vacío en la vida. Para permanecer en la alegría, estamos llamados a vivir en el amor y la verdad, a vivir en Dios.

La voluntad de Dios es que nosotros seamos felices. Por ello nos ha dado las indicaciones concretas para nuestro camino: los Mandamientos. Cumpliéndolos encontramos el camino de la vida y de la felicidad. Aunque a primera vista puedan parecer un conjunto de prohibiciones, casi un obstáculo a la libertad, si los meditamos más atentamente a la luz del Mensaje de Cristo, representan un conjunto de reglas de vida esenciales y valiosas que conducen a una existencia feliz, realizada según el proyecto de Dios. Cuántas veces, en cambio, constatamos que construir ignorando a Dios y su voluntad nos lleva a la desilusión, la tristeza y al sentimiento de derrota. La experiencia del pecado como rechazo a seguirle, como ofensa a su amistad, ensombrece nuestro corazón.

Pero aunque a veces el camino cristiano no es fácil y el compromiso de fidelidad al amor del Señor encuentra obstáculos o registra caídas, Dios, en su misericordia, no nos abandona, sino que nos ofrece siempre la posibilidad de volver a Él, de reconciliarnos con Él, de experimentar la alegría de su amor que perdona y vuelve a acoger.

Queridos jóvenes, ¡recurrid a menudo al Sacramento de la Penitencia y la Reconciliación! Es el Sacramento de la alegría reencontrada. Pedid al Espíritu Santo la luz para saber reconocer vuestro pecado y la capacidad de pedir perdón a Dios acercándoos a este Sacramento con constancia, serenidad y confianza. El Señor os abrirá siempre sus brazos, os purificará y os llenará de su alegría: habrá alegría en el cielo por un solo pecador que se convierte (cf. *Lc* 15,7).

6. La alegría en las pruebas

Al final puede que quede en nuestro corazón la pregunta de si es posible vivir de verdad con alegría incluso en medio de tantas pruebas de la vida, especialmente las más dolorosas y misteriosas; de si seguir al Señor y fiarse de Él da siempre la felicidad.

La respuesta nos la pueden dar algunas experiencias de jóvenes como vosotros que han encontrado precisamente en Cristo la luz que permite dar fuerza y esperanza, también en medio de situaciones muy difíciles. El beato Pier Giorgio Frassati (1901-1925) experimentó tantas pruebas en su breve existencia; una de ellas concernía su vida sentimental, que le había herido profundamente. Precisamente en esta situación, escribió a su hermana: «Tú me preguntas si soy alegre; y ¿cómo no podría serlo? Mientras la fe me de la fuerza estaré siempre alegre. Un católico no puede por menos de ser alegre... El fin para el cual hemos sido creados nos indica el camino que, aunque esté sembrado de espinas, no es un camino triste, es alegre incluso también a través del dolor» (*Carta a la hermana Luciana*, Turín, 14 febrero 1925). Y el beato Juan Pablo II, al presentarlo como modelo, dijo de él: «Era un joven de una alegría contagiosa, una alegría que superaba también tantas dificultades de su vida» (*Discurso a los jóvenes*, Turín, 13 abril 1980).

Más cercana a nosotros, la joven Chiara Badano (1971-1990), recientemente beatificada, experimentó cómo el dolor puede ser transfigurado por el amor y estar habitado por la alegría. A la edad de 18 años, en un momento en el que el cáncer le hacía sufrir de modo particular, rezó al Espíritu Santo para que intercediera por los jóvenes de su Movimiento. Además de su curación, pidió a Dios que iluminara con su Espíritu a todos aquellos jóvenes, que les diera la sabiduría y la luz: «Fue un mo-

mento de Dios: sufría mucho físicamente, pero el alma cantaba» (*Carta a Chiara Lubich*, Sassello, 20 de diciembre de 1989). La clave de su paz y alegría era la plena confianza en el Señor y la aceptación de la enfermedad como misteriosa expresión de su voluntad para su bien y el de los demás. A menudo repetía: «Jesús, si tú lo quieres, yo también lo quiero».

Son dos sencillos testimonios, entre otros muchos, que muestran cómo el cristiano auténtico no está nunca desesperado o triste, incluso ante las pruebas más duras, y muestran que la alegría cristiana no es una huida de la realidad, sino una fuerza sobrenatural para hacer frente y vivir las dificultades cotidianas. Sabemos que Cristo crucificado y resucitado está con nosotros, es el amigo siempre fiel. Cuando participamos en sus sufrimientos, participamos también en su alegría. Con Él y en Él, el sufrimiento se transforma en amor. Y ahí se encuentra la alegría (cf. *Col* 1,24).

7. Testigos de la alegría

Queridos amigos, para concluir quisiera alentaros a ser misioneros de la alegría. No se puede ser feliz si los demás no lo son. Por ello, hay que compartir la alegría. Id a contar a los demás jóvenes vuestra alegría de haber encontrado aquel tesoro precioso que es Jesús mismo. No podemos conservar para nosotros la alegría de la fe; para que ésta pueda permanecer en nosotros, tenemos que transmitirla. San Juan afirma: «Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros... Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo» (*1Jn* 1,3-4).

A veces se presenta una imagen del Cristianismo como una propuesta de vida que oprime nuestra libertad, que va contra nuestro deseo de felicidad y alegría. Pero esto no corresponde a la verdad. Los cristianos son hombres y mujeres verdaderamente felices, porque saben que nunca están solos, sino que siempre están sostenidos por las manos de Dios. Sobre todo vosotros, jóvenes discípulos de Cristo, tenéis la tarea de mostrar al mundo que la fe trae una felicidad y alegría verdadera, plena y duradera. Y si el modo de vivir de los cristianos parece a veces cansado y aburrido, entonces sed vosotros los primeros en dar testimonio del rostro alegre y feliz de la fe. El Evangelio es la «buena noticia» de que Dios nos ama y que cada uno de nosotros es importante para Él. Mostrad al mundo que esto de verdad es así.

Por lo tanto, sed misioneros entusiasmados de la nueva evangelización. Llevad a los que sufren, a los que están buscando, la alegría que Jesús quiere regalar. Llevadla a vuestras familias, a vuestras escuelas y universidades, a vuestros lugares de trabajo y a vuestros grupos de amigos, allí donde vivís. Veréis que es contagiosa. Y recibiréis el ciento por uno: la alegría de la salvación para vosotros mismos, la alegría de ver la Misericordia de Dios que obra en los corazones. En el día de vuestro encuentro definitivo con el Señor, Él podrá deciros: «¡Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu señor!» (*Mt* 25,21).

Que la Virgen María os acompañe en este camino. Ella acogió al Señor dentro de sí y lo anunció con un canto de alabanza y alegría, el *Magníficat*: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador» (*Lc* 1,46-47). María respondió plenamente al amor de Dios dedicando a Él su vida en un servicio humilde y total. Es llamada «causa de nuestra alegría» porque nos ha dado a Jesús. Que Ella os introduzca en aquella alegría que nadie os podrá quitar.

Homilía en la Misa Crismal

Basílica Vaticana, 5 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas

En esta Santa Misa, nuestra mente retorna hacia aquel momento en el que el Obispo, por la imposición de las manos y la oración, nos introdujo en el sacerdocio de Jesucristo, de forma que fuéramos «santificados en la verdad» (*Jn* 17,19), como Jesús había pedido al Padre para nosotros en la oración sacerdotal. Él mismo es la verdad. Nos ha consagrado, es decir, entregado para siempre a Dios, para que pudiéramos servir a los hombres partiendo de Dios y por él. Pero, ¿somos también consagrados en la realidad de nuestra vida? ¿Somos hombres que obran partiendo de Dios y en comunión con Jesucristo? Con esta pregunta, el Señor se pone ante nosotros y nosotros ante él: «¿Queréis uniros más fuertemente a Cristo y configuraros con él, renunciando a vosotros mismos y reafirmando la promesa de cumplir los sagrados deberes que, por amor a Cristo, aceptasteis gozosos el día de vuestra ordenación para el servicio de la Iglesia?». Así interrogaré singularmente a cada uno de vosotros y también a mí mismo después de la homilía. Con esto se expresan sobre todo dos cosas: se requiere un vínculo interior, más aún, una configuración con Cristo y, con ello, la necesidad de una superación de nosotros mismos, una renuncia a aquello que es solamente nuestro, a la tan invocada autorrealización. Se pide que nosotros, que yo, no reclame mi vida para mí mismo, sino que la ponga a disposición de otro, de Cristo. Que no me pregunte: ¿Qué gano yo?, sino más bien: ¿Qué puedo dar yo por él y también por los demás? O, todavía más concretamente: ¿Cómo debe llevarse a cabo esta configuración con Cristo, que no domina, sino que sirve; que no recibe, sino que da?; ¿cómo debe realizarse en la situación a menudo dramática de la Iglesia de hoy? Recientemente, un grupo de sacerdotes ha publicado en un país europeo una llamada a la desobediencia, aportando al mismo tiempo ejemplos concretos de cómo se puede expresar esta desobediencia, que debería ignorar incluso decisiones definitivas del Magisterio; por ejemplo, en la cuestión sobre la ordenación de las mujeres, sobre la que el beato Papa Juan Pablo II ha declarado de manera irrevocable que la Iglesia no ha recibido del Señor ninguna autoridad sobre esto. Pero la desobediencia, ¿es un camino para renovar la Iglesia? Queremos creer a los autores de esta llamada cuando afirman que les mueve la solicitud por la Iglesia; su convencimiento de que se deba afrontar la lentitud de las instituciones con medios drásticos para abrir caminos nuevos, para volver a poner a la Iglesia a la altura de los tiempos. Pero la desobediencia, ¿es verdaderamente un camino? ¿Se puede ver en esto algo de la configuración con Cristo, que es el presupuesto de toda renovación, o no es más bien sólo un afán desesperado de hacer algo, de transformar la Iglesia según nuestros deseos y nuestras ideas?

Pero no simplifiquemos demasiado el problema. ¿Acaso Cristo no ha corregido las tradiciones humanas que amenazaban con sofocar la palabra y la voluntad de Dios? Sí, lo ha hecho para despertar nuevamente la obediencia a la verdadera voluntad de Dios, a su palabra siempre válida. A él le preocupaba precisamente la verdadera obediencia, frente al arbitrio del hombre. Y no lo olvidemos: Él era el Hijo, con la autoridad y la responsabilidad singular de desvelar la auténtica voluntad de Dios, para abrir de ese

modo el camino de la Palabra de Dios al mundo de los gentiles. Y, en fin, ha concretizado su mandato con la propia obediencia y humildad hasta la cruz, haciendo así creíble su misión. No mi voluntad, sino la tuya: ésta es la palabra que revela al Hijo, su humildad y a la vez su divinidad, y nos indica el camino.

Dejémonos interrogar todavía una vez más. Con estas consideraciones, ¿acaso no se defiende de hecho el inmovilismo, el agarrotamiento de la tradición? No. Mirando a la historia de la época post-conciliar, se puede reconocer la dinámica de la verdadera renovación, que frecuentemente ha adquirido formas inesperadas en momentos llenos de vida y que hace casi tangible la inagotable vivacidad de la Iglesia, la presencia y la acción eficaz del Espíritu Santo. Y si miramos a las personas, por las cuales han brotado y brotan estos ríos frescos de vida, vemos también que, para una nueva fecundidad, es necesario estar llenos de la alegría de la fe, de la radicalidad de la obediencia, del dinamismo de la esperanza y de la fuerza del amor.

Queridos amigos, queda claro que la configuración con Cristo es el presupuesto y la base de toda renovación. Pero tal vez la figura de Cristo nos parece a veces demasiado elevada y demasiado grande como para atrevernos a adoptarla como criterio de medida para nosotros. El Señor lo sabe. Por eso nos ha proporcionado «traducciones» con niveles de grandeza más accesibles y más cercanos. Precisamente por esta razón, Pablo decía sin timidez a sus comunidades: Imitadme a mí, pero yo pertenezco a Cristo. Él era para sus fieles una «traducción» del estilo de vida de Cristo, que ellos podían ver y a la cual se podían asociar. Desde Pablo, y a lo largo de la historia, se nos han dado continuamente estas «traducciones» del camino de Jesús en figuras vivas de la historia. Nosotros, los sacerdotes, podemos pensar en una gran multitud de sacerdotes santos, que nos han precedido para indicarnos la senda: comenzando por Policarpo de Esmirna e Ignacio de Antioquia, pasando por grandes Pastores como Ambrosio, Agustín y Gregorio Magno, hasta Ignacio de Loyola, Carlos Borromeo, Juan María Vianney, hasta los sacerdotes mártires del s. XX y, por último, el Papa Juan Pablo II que, en la actividad y en el sufrimiento, ha sido un ejemplo para nosotros en la configuración con Cristo, como «don y misterio». Los santos nos indican cómo funciona la renovación y cómo podemos ponernos a su servicio. Y nos permiten comprender también que Dios no mira los grandes números ni los éxitos exteriores, sino que remite sus victorias al humilde signo del grano de mostaza.

Queridos amigos, quisiera mencionar brevemente todavía dos palabras clave de la renovación de las promesas sacerdotales, que deberían inducirnos a reflexionar en este momento de la Iglesia y de nuestra propia vida. Ante todo, el recuerdo de que somos – como dice Pablo – «administradores de los misterios de Dios» (*1Co* 4,1) y que nos corresponde el ministerio de la enseñanza, el *munus docendi*, que es una parte de esa administración de los misterios de Dios, en los que él nos muestra su rostro y su corazón, para entregarse a nosotros. En el encuentro de los cardenales con ocasión del último consistorio, varios Pastores, basándose en su experiencia, han hablado de un analfabetismo religioso que se difunde en medio de nuestra sociedad tan inteligente. Los elementos fundamentales de la fe, que antes sabía cualquier niño, son cada vez menos conocidos. Pero para poder vivir y amar nuestra fe, para poder amar a Dios y llegar por tanto a ser capaces de escucharlo del modo justo, debemos saber qué es lo que Dios nos ha dicho; nuestra razón y nuestro corazón han de ser interpelados por su palabra. El *Año de la Fe,* el recuerdo de la apertura del

Concilio Vaticano II hace 50 años, debe ser para nosotros una ocasión para anunciar el mensaje de la fe con un nuevo celo y con una nueva alegría. Naturalmente, este mensaje lo encontramos primaria y fundamentalmente en la Sagrada Escritura, que nunca leeremos y meditaremos suficientemente. Pero todos tenemos experiencia de que necesitamos ayuda para transmitirla rectamente en el presente, de manera que mueva verdaderamente nuestro corazón. Esta ayuda la encontramos en primer lugar en la palabra de la Iglesia docente: los textos del Concilio Vaticano II y el *Catecismo de la Iglesia Católica* son los instrumentos esenciales que nos indican de modo auténtico lo que la Iglesia cree a partir de la Palabra de Dios. Y, naturalmente, también forma parte de ellos todo el tesoro de documentos que el Papa Juan Pablo II nos ha dejado y que todavía están lejos de ser aprovechados plenamente.

Todo anuncio nuestro debe confrontarse con la palabra de Jesucristo: «Mi doctrina no es mía» (*Jn* 7,16). No anunciamos teorías y opiniones privadas, sino la fe de la Iglesia, de la cual somos servidores. Pero esto, naturalmente, en modo alguno significa que yo no sostenga esta doctrina con todo mi ser y no esté firmemente anclado en ella. En este contexto, siempre me vienen a la mente aquellas palabras de san Agustín: ¿Qué es tan mío como yo mismo? ¿Qué es tan menos mío como yo mismo? No me pertenezco y llego a ser yo mismo precisamente por el hecho de que voy más allá de mí mismo y, mediante la superación de mí mismo, consigo insertarme en Cristo y en su cuerpo, que es la Iglesia. Si no nos anunciamos a nosotros mismos e interiormente hemos llegado a ser uno con aquél que nos ha llamado como mensajeros suyos, de manera que estamos modelados por la fe y la vivimos, entonces nuestra predicación será creíble. No hago publicidad de mí, sino que me doy a mí mismo. El Cura de Ars, lo sabemos, no era un docto, un intelectual. Pero con su anuncio llegaba al corazón de la gente, porque él mismo había sido tocado en su corazón.

La última palabra clave a la que quisiera aludir todavía se llama celo por las almas (*animarum zelus*). Es una expresión fuera de moda que ya casi no se usa hoy. En algunos ambientes, la palabra alma es considerada incluso un término prohibido, porque – se dice – expresaría un dualismo entre el cuerpo y el alma, dividiendo falsamente al hombre. Evidentemente, el hombre es una unidad, destinada a la eternidad en cuerpo y alma. Pero esto no puede significar que ya no tengamos alma, un principio constitutivo que garantiza la unidad del hombre en su vida y más allá de su muerte terrena. Y, como sacerdotes, nos preocupamos naturalmente por el hombre entero, también por sus necesidades físicas: de los hambrientos, los enfermos, los sin techo. Pero no sólo nos preocupamos de su cuerpo, sino también precisamente de las necesidades del alma del hombre: de las personas que sufren por la violación de un derecho o por un amor destruido; de las personas que se encuentran en la oscuridad respecto a la verdad; que sufren por la ausencia de verdad y de amor. Nos preocupamos por la salvación de los hombres en cuerpo y alma. Y, en cuanto sacerdotes de Jesucristo, lo hacemos con celo. Nadie debe tener nunca la sensación de que cumplimos concienzudamente nuestro horario de trabajo, pero que antes y después sólo nos pertenecemos a nosotros mismos. Un sacerdote no se pertenece jamás a sí mismo. Las personas han de percibir nuestro celo, mediante el cual damos un testimonio creíble del evangelio de Jesucristo. Pidamos al Señor que nos colme con la alegría de su mensaje, para que con gozoso celo podamos servir a su verdad y a su amor. Amén.

Mensaje pascual y Bendición "Urbi et orbi"

Basílica Vaticana, 8 de abril de 2012

Queridos hermanos y hermanas de Roma y del mundo entero

«Surrexit Christus, spes mea» – «Resucitó Cristo, mi esperanza» (Secuencia pascual).

Llegue a todos vosotros la voz exultante de la Iglesia, con las palabras que el antiguo himno pone en labios de María Magdalena, la primera en encontrar en la maña de Pascua a Jesús resucitado. Ella corrió hacia los otros discípulos y, con el corazón sobrecogido, les anunció: «He visto al Señor» (*Jn* 20,18). También nosotros, que hemos atravesado el desierto de la Cuaresma y los días dolorosos de la Pasión, hoy abrimos las puertas al grito de victoria: «¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado verdaderamente!».

Todo cristiano revive la experiencia de María Magdalena. Es un encuentro que cambia la vida: el encuentro con un hombre único, que nos hace sentir toda la bondad y la verdad de Dios, que nos libra del mal, no de un modo superficial, momentáneo, sino que nos libra de él radicalmente, nos cura completamente y nos devuelve nuestra dignidad. He aquí porqué la Magdalena llama a Jesús «mi esperanza»: porque ha sido Él quien la ha hecho renacer, le ha dado un futuro nuevo, una existencia buena, libre del mal. «Cristo, mi esperanza», significa que cada deseo mío de bien encuentra en Él una posibilidad real: con Él puedo esperar que mi vida sea buena y sea plena, eterna, porque es Dios mismo que se ha hecho cercano hasta entrar en nuestra humanidad.

Pero María Magdalena, como los otros discípulos, han tenido que ver a Jesús rechazado por los jefes del pueblo, capturado, flagelado, condenado a muerte y crucificado. Debe haber sido insoportable ver la Bondad en persona sometida a la maldad humana, la Verdad escarnecida por la mentira, la Misericordia injuriada por la venganza. Con la muerte de Jesús, parecía fracasar la esperanza de cuantos confiaron en Él. Pero aquella fe nunca dejó de faltar completamente: sobre todo en el corazón de la Virgen María, la madre de Jesús, la llama quedó encendida con viveza también en la oscuridad de la noche. En este mundo, la esperanza no puede dejar de hacer cuentas con la dureza del mal. No es solamente el muro de la muerte lo que la obstaculiza, sino más aún las puntas aguzadas de la envidia y el orgullo, de la mentira y de la violencia. Jesús ha pasado por esta trama mortal, para abrirnos el paso hacia el reino de la vida. Hubo un momento en el que Jesús aparecía derrotado: las tinieblas habían invadido la tierra, el silencio de Dios era total, la esperanza una palabra que ya parecía vana.

Y he aquí que, al alba del día después del sábado, se encuentra el sepulcro vacío. Después, Jesús se manifiesta a la Magdalena, a las otras mujeres, a los discípulos. La fe renace más viva y más fuerte que nunca, ya invencible, porque fundada en una experiencia decisiva: «Lucharon vida y muerte / en singular batalla, / y, muerto el que es Vida, triunfante se levanta». Las señales de la resurrección testimonian la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio, de la misericordia sobre la venganza: «Mi Señor glorioso, / la tumba abandonada, / los ángeles testigos, / sudarios y mortaja».

Queridos hermanos y hermanas: si Jesús ha resucitado, entonces – y sólo entonces – ha ocurrido algo realmente nuevo, que cambia la condición del hombre y del mundo. Entonces Él, Jesús, es alguien del que podemos fiarnos de modo absoluto, y no solamente confiar en su mensaje, sino precisamente *en Él*, porque el resucitado no pertenece al *pasado*, sino que *está presente* hoy, vivo. Cristo es esperanza y consuelo de modo particular para las comunidades cristianas que más pruebas padecen a causa de la fe, por discriminaciones y persecuciones. Y está presente como fuerza de esperanza a través de su Iglesia, cercano a cada situación humana de sufrimiento e injusticia.

Que Cristo resucitado otorgue esperanza a Oriente Próximo, para que todos los componentes étnicos, culturales y religiosos de esa Región colaboren en favor del bien común y el respeto de los derechos humanos. En particular, que en Siria cese el derramamiento de sangre y se emprenda sin demora la vía del respeto, del diálogo y de la reconciliación, como auspicia también la comunidad internacional. Y que los numerosos prófugos provenientes de ese país y necesitados de asistencia humanitaria, encuentren la acogida y solidaridad que alivien sus penosos sufrimientos. Que la victoria pascual aliente al pueblo iraquí a no escatimar ningún esfuerzo para avanzar en el camino de la estabilidad y del desarrollo. Y, en Tierra Santa, que israelíes y palestinos reemprendan el proceso de paz.

Que el Señor, vencedor del mal y de la muerte, sustente a las comunidades cristianas del Continente africano, las dé esperanza para afrontar las dificultades y las haga agentes de paz y artífices del desarrollo de las sociedades a las que pertenecen.

Que Jesús resucitado reconforte a las poblaciones del Cuerno de África y favorezca su reconciliación; que ayude a la Región de los Grandes Lagos, a Sudán y Sudán del Sur, concediendo a sus respectivos habitantes la fuerza del perdón. Y que a Malí, que atraviesa un momento político delicado, Cristo glorioso le dé paz y estabilidad. Que a Nigeria, teatro en los últimos tiempos de sangrientos atentados terroristas, la alegría pascual le infunda las energías necesarias para recomenzar a construir una sociedad pacífica y respetuosa de la libertad religiosa de todos sus ciudadanos.

Feliz Pascua a todos.